

1809, una isla desierta en medio del Mediterráneo,
5.000 hombres y 21 mujeres abandonados a su suerte.
¿Por qué la historia los ha olvidado?

ELISA SEBBEL

LA PRISIONERA DEL MAR



LA PRISIONERA DEL MAR

ELISA SEBBEL

Traducción de Marta Bertran Alcázar
y Rosa Bertran Alcázar



Rocaeditorial

Título original: *La prisonnière de la mer*

© 2019, Mazarine / Librairie Arthème Fayard

Primera edición en este formato: febrero de 2020

© de la traducción: 2020, Marta Bertran Alcázar y Rosa Bertran Alcázar

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18014-31-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA PRISIONERA DEL MAR

Elisa Sebbel

1809. Las guerras napoleónicas hacen estragos. Mientras creen ser repatriados a Francia, 5000 soldados del ejército napoleónico, perdedores de la gran batalla de Bailén, son recluidos en la isla de Cabrera, en las Islas Baleares. Para sobrevivir, raciones insuficientes de comida, agua escasa y cobijos precarios que ellos mismos tienen que construirse.

Les acompañan 21 mujeres, entre las cuales, Héloïse, cantinera de dieciocho años cuyo marido ha sucumbido en el mar, llevándose consigo la despreocupación y la inocencia de la joven. Si la guerra ya había lastimado a los hombres, la desesperación del cautiverio les hace perder la razón. Por suerte, Henri, cirujano del ejército, se encariña con Héloïse y le ofrece protección. Entre privaciones, epidemias y tempestades, se acumulan los muertos, mengua la esperanza, y Héloïse solo piensa en escapar de una vez de ese infierno, hasta la llegada de nuevos prisioneros y de Louis, que va a cambiarlo todo.

A fuerza de tenacidad, ¿logrará salvarse la joven? Pues si el amor es un cautiverio voluntario, el mar ya la hizo prisionera...

ACERCA DE LA AUTORA

Elisa Sebbel vive en Mallorca, donde es profesora en la Universidad de las Islas Baleares. Es doctora en Literatura francesa. *La prisionera del mar*, su primera novela, que fue descubierta en el marco del Mazarine Book Day 2018 y por la que se le otorgó la «mención especial del jurado», descubre un drama olvidado de nuestra historia.

ACERCA DE LA OBRA

«Cuando me di la vuelta hacia el mar, ya no quedaba ninguna señal de los buques españoles que nos habían traído a la isla. Aquel que conservaba los últimos recuerdos de mi querido Armand había desaparecido antes incluso de haber tenido tiempo de despedirme de él. Por vez primera desde hacía meses, una lágrima, tan solo una pequeñísima gota salada, se escapó del rabillo de mi ojo derecho, esa misma que no había podido derramar cuando murió mi compañero. Dejé que fuera resbalando suavemente, cálida, por mi cara. Cuando estuvo a punto de caer en el vacío, la recogí con el índice y le di un beso. Con ese gesto, el hijo de Marie se despertó. Lo mecí cariñosamente apretándolo en mis brazos. Ese pedacito de vida estaba ahí y me necesitaba. La vida ahuyentaba a la muerte, pero la tristeza no se desvanecía.»

Para mis abuelas,
para mi madre,
para mi hermana,
para mi hija,
para todas las mujeres que aman,
que luchan y que sobreviven.

I

Cabrera, 5 de mayo de 1809

Hacia unas horas que me había dormido. La fiebre y el intenso dolor que habían nacido en el fondo de mi vientre habían acabado venciendo mi cuerpo magullado. Cuando por fin abrí los ojos, me pareció estar soñando. Los espectros de ese barco, que unas horas antes yacían sin vida sobre el puente, habían recobrado no sé de qué forma un último aliento de fuerza. Mis compañeros, víctimas de un repentino delirio, no cesaban de desgañitarse: «¡Tierra! ¡Tierra!», de pie, con los brazos en alto, bailando casi de alegría.

Yo también me levanté. Un enorme peñasco pelado se alzaba ante nosotros. ¿Iban a abandonarnos allí? ¿En esa isla estéril, en esa roca desnuda en medio de los escarpados acantilados que las olas golpeaban sin cesar? ¡Allí! ¡Sin nada! El entusiasmo de los prisioneros no se podía entender. ¿Se habían vuelto locos? ¿Solo pensar en poner pie en tierra después de cuatro meses a bordo de navíos infames les había hecho olvidar lo esencial? No íbamos a ver nuestra querida Francia tan pronto. Es más: ¿volveríamos a verla algún día?

Estaba al límite de mis fuerzas. El cansancio había agotado mi moral y mis esperanzas se habían desvanecido. Ya no quedaba nada de la alegre cantinera de buen corazón y un optimismo inquebrantable. Había quedado sepultada bajo el cadáver de su amado esposo.

Después de haber pasado un estrecho canal entre dos promontorios verticales, la fragata echó el ancla en una gran bahía semicircular que quedaba protegida por unas colinas de crestas recortadas y de áridas laderas, moteadas aquí y allá por unos pocos matorrales bajos. Otras cuatro embarcaciones nos habían adelantado, y la costa se había llenado de chalupas que desembarcaban su carga humana sin demora, afanándose por desembarazarse de esos enemigos que nadie quería. De pronto me acordé de Marie y de sus recién nacidos y rápidamente bajé a la cala para ayudarla. Se había adormecido con sus bebés pegados todavía al pecho. Henri, el cirujano que había asistido en su alumbramiento, la miraba con un aire tiernamente preocupado. Ante la escena tan dulce que se producía en esa bodega nauseabunda, se me encogió el corazón.

Los españoles nos descargaron rápidamente a unos metros de la ribera. Nuestros carceleros se daban prisa en abandonarnos, pues el sol iba descendiendo en el horizonte. Me quité las polainas y los zapatos, me los colgué alrededor del cuello y me subí la falda para no mojarla. Tras el olor fétido de los barcos-prisión, que mezclaba la acritud de la orina y del vómito con el de los cuerpos en descomposición, el sople puro de la orilla me sentó maravillosamente bien.

Por vez primera desde hacía meses respiré a pleno pulmón y cerré los ojos un instante. La suave arena se deslizaba bajo mis pies, el agua fresca y viva me hacía volver a la vida. En la

playa, los soldados se embriagaban con el aire fresco y el espacio. Algunos se echaban en ese suelo firme con la voluntad de sentirlo plenamente bajo su cuerpo. Otros corrían, saltaban, se abrazaban. Ansiosos de vida, ansiosos de esperanza, ansiosos de tierra. Los oficiales dejaron que sus hombres se abandonaran a ese repentino regocijo. No se hacían muchas ilusiones, pero ¿por qué privarles de ese pequeño momento de felicidad?

Después, como es natural, las unidades se organizaron. Los alemanes, los polacos, los suizos, los italianos, los belgas, los gendarmes, los guardias de París, los marinos de la guardia, la primera legión, la tercera, la cuarta, la quinta, el regimiento 121, fueron cada uno por su lado para buscar un lugar donde pasar la noche. Henri me ofreció uno de los bebés dormidos de Marie y seguimos a nuestro regimiento de dragones. Nos anunciaron que los enfermos podían dirigirse a la fortaleza en ruinas, visible en lo alto del promontorio y ocupada ya por los oficiales primeros. Pero Marie no tenía fuerzas para cubrir los quinientos metros de ascensión abrupta y Henri prefería mantenerla a su lado para velar por ella. Así pues, tendríamos que dormir al raso con los nuestros.

Cuando me di la vuelta hacia el mar, ya no quedaba ninguna señal de los buques españoles que nos habían traído a la isla. Aquel que conservaba los últimos recuerdos de mi querido Armand había desaparecido antes incluso de haber tenido tiempo de despedirme de él. Por vez primera desde hacía meses, una lágrima, tan solo una pequeñísima gota salada, se escapó de mi ojo derecho, esa misma lágrima que no había podido derramar cuando murió mi compañero. Dejé que fuera resbalando suavemente, cálida, por mi cara. Cuando estuvo a punto de caer en el vacío, la recogí con el índice y le di un beso. Con ese gesto, el hijo de Marie se despertó. Lo mecí cariñosamente apretándolo entre mis brazos. Ese pedacito de vida estaba ahí y me necesitaba. La vida ahuyentaba a la muerte, pero la tristeza no se desvanecía.

El regimiento se instaló en un terreno yermo entre la playa y la colina. Cada uno buscó un lugar donde echarse entre las rocas y los macizos cubiertos de maleza que poblaban el suelo calcáreo. Finalmente, Henri encontró una pequeña explanada en la que poder instalar a la joven madre. Mientras los hombres empezaban a juntar ramas secas para encender un fuego, yo me fui a buscar hierbas y hojas para confeccionar una cuna para los pequeños. Un oficial español se había apiadado de ellos y le había regalado una manta a Marie, pero ¿bastaría para protegerlos de la humedad de la noche? Hice varios viajes, arrancando y cortando directamente con la mano lo que me parecía más adecuado. Mis manos delgadas, llenas de grietas, me escocían; mis piernas, que habían perdido toda su musculatura por falta de ejercicio en los pontones y la fragata, temblaban; y la cabeza, que no se había acostumbrado todavía a la estabilidad de la tierra firme, me daba vueltas. Pero al entrar en un sendero, bien escondido en medio de media docena de pequeñas rocas, ¡qué feliz sorpresa! Un bonito plantón de peonías rosa me estaba esperando. Recogí tres o cuatro que perfumaron el aire con su suave aroma a canela. Tan contenta como si hubiese encontrado una moneda de oro, corrí a entregárselas a mi amiga.

Al verlas, Marie prorrumpió en lágrimas. Su estado le había devuelto las emociones, mientras que a todos nosotros la guerra nos había aseptizado el corazón. Permaneció largo rato admirándolas, acercando de vez en cuando el rostro a los estambres amarillos y respirando profundamente mientras sonreía. Había recogido suficientes briznas de hierba y ramitas para hacer un jergón lo bastante grueso para los niños y para su madre. El mío era un poco más delgado. El sol se ponía tras la montaña pelada y una buena hoguera nos daba calor. Reunidos a su alrededor, engullimos con dificultad las pocas galletas marineras que los españoles nos habían distribuido en

la embarcación y que el agua solo había reblandecido ligeramente. Precavidos y acostumbrados a la miseria, guardamos unas cuantas para el día siguiente y sobre todo para la joven madre. Un cabo entonó una canción popular, un tambor le acompañó y, al poco, les siguió toda la guarnición. Extenuada, me acosté, cerré los ojos y el olor familiar del fuego me trasladó a otros tiempos.

Allí estaba Armand, alto, robusto, con el cuerpo llenando todo el vano de la puerta. Su rostro moreno mostraba una crispación que no era normal en él, pues era una persona jovial que siempre acostumbraba a estar contento al volver a su nuevo hogar después de una dura jornada de trabajo. Me besó suavemente en la mejilla y se sentó sin decir ni una palabra. Como cada noche, le serví un plato de sopa. La comió con lentitud, luego carraspeó, sin que pudiese articular ni un solo sonido.

Me puse a temblar. Ya sabía lo que me iba a anunciar. Hacía meses que lo temía. De ahí que hubiera adelantado nuestra boda, a pesar del desacuerdo con mi madre. Ella pensaba que mejor me hubiera casado con un propietario y no con un cortijero. Quise huir de ese destino, pero nadie puede escapar de él. Había llegado su turno. El 7 de abril de 1807, Napoleón había llamado anticipadamente a la quinta de 1808. Su ejército, continuamente en guerra, necesitaba nuevos brazos: 80 000 hombres defenderían las fronteras y las costas del nuevo gran imperio en Alemania, en Prusia, en Polonia. Nos habíamos casado demasiado tarde. Esa misma mañana Armand se había presentado en el ayuntamiento de Senlis, pero no había reunido fuerzas suficientes para volver a casa hasta la noche. ¿Cómo anunciarme que le había tocado el número malo, que tendría que ocuparme de la granja yo sola? ¿Cómo iba a sobrevivir durante ese largo tiempo?

Entreabrió de nuevo la boca, en vano. Rompí ese pesado silencio reteniendo las lágrimas y le dije que no importaba, que si le enviaban a la guerra, yo le seguiría. Me respondió que de ninguna manera, que sentía mucho haberme arrebatado a mi familia, con la que me había enfadado, para tener que abandonarme ahora, pero que una chica de diecisiete años no tenía nada que hacer en un ejército y que prefería saber que me las apañaría ahí en su tierra que tenerme a su lado bajo la amenaza del peligro. No me atreví a añadir nada y nos acostamos en silencio, uno en brazos del otro.

Llegó el terrible día de la partida. Armand tenía que ir a pie hasta el punto de encuentro de los reclutas que iban a presentarse en el depósito de la primera legión de reserva en Lille. Me agarré a él llorando a lágrima viva, sin conformarme con dejarle irse. Alzó mi cabeza, sumergió su intensa mirada en la mía y me dijo con un tono pretendidamente ligero:

—No te preocupes. No es más que una tropa de reserva. No se envía a la guerra a hombres sin experiencia. Ya lo verás, estaré de vuelta dentro de nada.

Me acarició dulcemente la mejilla y me dio un largo beso, uno de esos besos que dejan sin respiración. Aprovechando mi aturdimiento, me soltó y se fue con paso decidido sin volverse. La imagen de su macuto permaneció grabada en mi retina durante mucho tiempo.

Luego volví a sentirme feliz. Era otoño. Me había reunido con mi Armand en Ruan, donde la primera legión se había detenido un par de días antes de continuar hacia España para encarar un nuevo frente. Al enterarme por un vecino desertor de que estaría allí los próximos días, no había tenido ninguna duda. Rápidamente había cogido lo estrictamente necesario en una bolsa, había

reunido todo mi dinero, había confiado las llaves de casa a mi hermana y me había lanzado a la carretera. Ya no podía vivir sin él, en medio de esa angustia cotidiana que consumía mi salud desde hacía cuatro meses.

Armand estaba tan contento de verme que se echó a llorar. En la pequeña habitación de un albergue rústico de la ciudad me tomó con fuerza, como no lo había hecho nunca. Permanecimos durante dos días así encerrados, cuerpo contra cuerpo, como si ya no existiera nada más que nuestro sabor salado, nuestro olor almizclado y nuestra piel ardiente. Ese día decidimos no abandonarnos nunca más.

El invierno, la primavera y luego el otoño se habían sucedido, y yo ya no podía más con esas marchas interminables de Bayona a Andalucía, con esa España que nos detestaba, con los tiroteos, con las matanzas que nos esperaban a cada vuelta del camino, con el barro, el hielo, la lluvia o el calor insoportable. Las reservas de alimentos habían disminuido. Los refuerzos habían tardado en llegar. Esa avanzada sobre Cádiz, allí donde nuestros generales pensaban poder apoderarse fácilmente del puerto antes que los ingleses, se había convertido en un verdadero descenso a los infiernos. El miedo crecía en mí a medida que nos acercábamos. Ese 18 de julio de 1808, un mal presentimiento no se apartaba de mi mente, pero Armand, confiado, me estrechó fuertemente entre sus brazos, repitiéndome siempre:

—¿Acaso el gran Ejército Imperial fue vencido alguna vez? ¿Acaso no somos dueños de la mitad del continente? Si hemos conquistado Holanda, Bélgica, Suiza, Italia, Prusia y Polonia, no será España la que se nos vaya a resistir.

Ganar o perder, poco me importaba. Los vencedores eran aquellos que seguían vivos, los perdedores aquellos que morían. Acurrucada contra él, cerré los ojos unos instantes para olvidarme de todo.

Dieciséis mil de los nuestros habían sobrevivido a la terrible batalla de Bailén.^[1] Los vencedores españoles habían prometido repatriarnos a Francia desde el puerto de Cádiz. Así pues, habíamos comenzado nuestra marcha hacia esa ciudad, pero con el pretexto de que los barcos todavía no estaban listos, nos habían hecho esperar cinco largos meses en el campo andaluz, a merced de los cuchillos de los campesinos, para acabar encerrándonos en unos pontones que nuestros enemigos habían construido con los restos de nuestros buques de línea rescatados de la batalla de Trafalgar. En esos horribles barcos-prisión a la altura de Cádiz, amontonados como bestias de ganado, sin higiene alguna y poca alimentación, caí gravemente enferma. La fiebre subió, muy próxima al delirio. Armand no dejaba de hablarme, de suplicarme que continuara luchando. No quería que mi cadáver se juntara con el centenar de cuerpos tíficos que diariamente eran lanzados al mar.

Había sobrevivido a las terribles epidemias que devastaban la prisión marítima y una fragata española nos conducía por fin hacia Francia. El cielo de esa mañana de abril de 1809 era claro, límpido. Iluminado por el sol con sus rayos dorados.

—¡Armand, Armand, despierta! Mira qué buen día.

El cuerpo demacrado de mi compañero recostado de lado no se movió.

—¡Vamos, Armand! ¡Levántate!

Estaba muy exaltada. ¡Por fin se habían acabado aquellos cuatro meses en los tugurios flotantes, esa guerra infernal, la fiebre, el hambre y la sed! Volvíamos a casa. Le cogí del brazo.

Su piel estaba fría.

—¡Armand, Armand!

Me desperté completamente entumecida y confusa. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba Armand? ¿Había estado soñando toda la noche? Estaba tiritando, el fuego se había apagado y solo quedaba el olor acre del humo frío. El sol despuntaba en el horizonte. Ante mí, abajo, en las claras aguas de la bahía turquesa, unos hombres desnudos se aprovechaban del nuevo privilegio de poder lavarse al fin y despojarse de los piojos que nos atormentaban. Los españoles nos habían dejado pudrir en la miseria durante casi un año. Habían transcurrido nueve largos meses desde la infausta batalla de Bailén. La playa se había transformado en un enorme tendedero para las camisas, los pantalones o las chaquetas que se habían limpiado mal que bien. Otros, los marinos de la guardia sin duda alguna, que habían resistido mejor que nosotros el cautiverio, intentaban en vano recorrer a nado los quinientos metros de anchura de la ensenada. Les envidiaba. ¿Podría encontrar yo también una pequeña cala aislada en la que poder desnudarme y frotar esa roña asquerosa que me cubría todo el cuerpo?

Marie y sus gemelos dormían todavía. Henri ya se estaba ocupando de los hombres enfermos de nuestro regimiento que no habían tenido fuerzas para llegar a la fortificación. Su preciosa caja de hierro, que transportaba por todas partes como el mayor de los tesoros y que abría únicamente en los casos más desesperados, brillaba bajo los primeros rayos de sol. Ya no contenía más que su viejo maletín de piel de primeros auxilios con sus pinzas oxidadas y sus bisturís mal afilados, un poco de gasa, una única venda limpia y algunos vendajes sucios que había recuperado de sus compañeros muertos. Sin embargo, Henri estaba contento esa mañana, ya que el capitán de la fragata, sensible ante nuestra situación, le había facilitado un frasco de quina y una botella de ácido sulfúrico con el que unas cuantas gotas añadidas al agua bastarían para fabricar unos litros del mejor remedio contra el escorbuto. Su buen humor se contagiaba y yo también me sentía aliviada.

—Tenemos mucho trabajo por hacer —me confesó—. Habría que empezar por lavar esas vendas con la ropa sucia y tenderlas al sol. Intentaremos sustituir poco a poco todos los vendajes de los heridos y ponerles ropa limpia. Podremos incluso añadir un poco de quina en los apósitos de aquellos que tienen gangrena —dijo esbozando una sonrisa.

Henri había hablado con los oficiales y les había pedido que ordenaran a todos los hombres capaces de andar que tomaran un baño de mar y que aclararan bien sus prendas. Sabía, y los suboficiales también, lo importante que era una buena higiene para combatir el tifus. Esa maldita enfermedad mataba a más hombres que las armas en los campos de batalla y había podido con mi pobre Armand. Pero los soldados estaban impacientes por descubrir la isla, buscar agua y alguna cosa que comer. Inmediatamente me puse en acción. No obstante, cuando me acerqué a la orilla, esa nube de cuerpos desnudos me hizo ruborizar y retroceder instintivamente. Ya había visto hombres en todo su esplendor e incluso había desnudado a más de uno. Pero aquellos no estaban enfermos, era distinto.

Recorriendo las rocas durante más de un cuarto de hora, un lugar retirado me permitió al fin acceder al mar, sola. Me quité la chaqueta, los zapatos, las polainas, la falda y el cinturón que la mantenía en su lugar, ya que yo, que siempre había sido regordeta, flotaba ahora dentro de la ropa. Por miedo a ser sorprendida por un grupo de soldados, no me atreví a desnudarme completamente y me quedé con esa larga e infecta camisa de lino, tan tiesa, tan gris y tan hedionda de suciedad. El

mar estaba helado, pero era algo divino. El agua fresca despertaba mis sentidos y me insuflaba una energía renovada. Froté cada centímetro de mi cuerpo, hasta lo más íntimo, con deleite. A cada movimiento mi piel recuperaba un poco más su blancura y volvía a ser mujer y humana. Borraba poco a poco todos esos meses en los que había sido reducida al estado de bestia, un animal acobardado que se contentaba con intentar sobrevivir, que había perdido todo sentimiento, toda dignidad y todo pensamiento. Con mis largos dedos ahora huesudos desenredé mi pelo infestado de piojos. ¿Tendría el agua de mar el mismo efecto que el vinagre sobre esa plaga? Froté después vigorosamente mi camisa y mis otras prendas, así como el montón de ropa que me habían entregado. A mi alrededor el agua se había enturbiado y las manos agrietadas me escocían debido a la sal y al frotamiento, pero yo sonreía. Me sentía revivir.

Cuando regresé al campamento, Marie se había levantado, había alimentado a sus pequeños, que habían vuelto a dormirse, y daba de beber a un enfermo. Los españoles, temiendo los riesgos de una epidemia, habían dejado en la playa de nuestro desembarco las ollas de cobre, los calderos, los cuencos y los vasos que habíamos utilizado en los barcos. Los oficiales se habían encargado de repartirlos equitativamente entre los regimientos. Tres soldados de la primera legión habían encontrado una fuente de agua dulce durante su vagabundo nocturno. Teníamos pues algo que beber y un recipiente para guardar el agua. En cuanto vi a mi amiga la regañé. ¿Qué estaba haciendo levantada? Necesitaba conservar todas sus fuerzas para sus criaturas.

—Y tú, ¿qué haces completamente mojada? —me replicó aturdida—. ¡Estás loca! Vas a coger frío.

Por suerte, el sol ya calentaba bastante en ese inicio de jornada. Mi camisa estaba prácticamente seca. Solo mi gruesa falda de tela permanecería húmeda durante un buen rato. Tras haber extendido toda la ropa sobre las rocas de alrededor, me acerqué a ella y la ayudé a apagar la sed de los que tenían más fiebre a la vez que saciaba la mía. Los más débiles habían muerto durante la noche. Los soldados se habían llevado los cuerpos y los habían apilado en una hoguera a un centenar de metros de nuestro campamento. Hubieran preferido enterrar a sus queridos compañeros, pero, al no disponer ni de picos ni de palas, era imposible cavar en un terreno tan duro y tan pedregoso. Así que iban a quemarlos.

La mañana transcurrió con rapidez y el sol llegó a su punto más alto en un imperturbable cielo azul intenso. La temperatura subía y los enfermos sufrían bajo los rayos ardientes. No había ningún árbol para cobijarnos. Cubrí su cabeza con las camisas lavadas de los que habían fallecido. De vez en cuando, nerviosa, lanzaba una mirada impaciente a la entrada de la bahía, esperando divisar una chalupa a lo lejos. ¿Iban a traernos víveres? Las tripas empezaban a hacerme ruido. Le había dado mi última galleta a Marie, quien, agotada, se había dormido con sus recién nacidos. Pero las horas pasaban y nada, todavía nada. Los hombres empezaban a preocuparse y yo también. Nos mirábamos todos en silencio, compartiendo la misma preocupación. Habían recogido una considerable cantidad de madera y algunos fabricaban ya unas pequeñas cabañas improvisadas que les protegieran del frescor nocturno y del calor diurno. Con las mangas de la camisa y los bajos del pantalón remangados, esos jóvenes soldados parecían unos jóvenes pilluelos. Si bien de este modo habían resguardado su ropa de los destrozos del chaparral, tenían las manos, los brazos y las pantorrillas desnudas arañados y despellejados. La alegría de la mañana se había desvanecido y había dado paso al miedo. Un miedo que nacía en lo más hondo de nuestras entrañas, remontaba después hasta aprisionarnos los pulmones y terminaba por atenazarnos la cabeza, crispándonos el rostro, secándonos la boca y nublándonos la mente. ¿Acaso nos habían

abandonado a nuestra suerte en esta isla semidesértica?

II

Los hombres habían recorrido la isla de un extremo a otro en su búsqueda de no sé qué tesoro. Pero solo habían encontrado algunas cabras difíciles de atrapar, conejos y ratas que se habían convertido en el banquete de más de uno, un asno, un campo de trigo abandonado y un bosquecillo de pinos blancos que bastaría holgadamente para construirnos unas cabañas. La isla era bastante pequeña, apenas tres kilómetros de norte a sur y cinco de este a oeste, bordeada principalmente por acantilados que se hundían de forma abrupta en el mar. En una sola mañana habían podido dar la vuelta entera. Como para los enfermos en el castillo no había espacio suficiente, tan solo para unos treinta, habíamos juntado el centenar que quedaba cerca de nuestro campamento, en el valle que dominaba la bahía. El cirujano de los marinos de la guardia que se había reunido con Henri para asistirle, así como el de la primera legión y el de los guardias de París, me había pedido que preparara una tisana de hojas de pino y que la diera de beber a todos los soldados cuyas encías sangraran.

—Ese es el remedio que salvó a la tripulación de Jacques Cartier —me había explicado.

Le añadí algunas ramitas de tomillo, el secreto de mi abuela contra cualquier infección. A falta de alimento, hidratábamos a nuestros pacientes en la medida de lo posible, especialmente a aquellos que eran víctimas de fiebre elevada. Apenas había terminado de repartir ese brebaje amargo, con la ayuda de Sophie y de Rose, cantineras como yo —tan solo quedábamos veintiuna —, cuando un soldado gritó: «¡Ahí están, ahí están!». En la lejanía, justo delante del bergantín que vigilaba la entrada de la rada, un buque de tres palos desconocido, de vela simple y de bandera española, navegaba a buen ritmo.

Me uní al flujo de los soldados que se precipitaban hacia la playa. Enseguida quedó atestada. Cinco mil hombres famélicos miraban el mar, con los ojos brillantes, llenos de esperanza. Yo también me quedé allí, inmóvil, con la angustia de la espera. Mi corazón latía tan fuertemente que sus palpitations retumbaban en mis oídos. El olor penetrante del yodo enfrentado a mi estómago vacío me originaba atisbos de náuseas. Vacilé, pero pude rehacerme rápidamente y cerré los ojos para concentrar todos mis esfuerzos para rezar a Dios, ese Dios del que, sin embargo, tantas veces había renegado, como si nuestro destino dependiera de la intensidad de mis plegarias. Lentamente al principio, concienzudamente, más rápidamente después. Mi súplica se convirtió en un inquietante murmullo. «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdona nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén.» Algunos soldados a mi alrededor se reunieron a mi incesante letanía.

El barco finalmente echó el ancla y dos barcas se acercaron a nosotros. Todo me parecía muy lento. No aguantaba más. Unos cuantos hombres se lanzaron al agua para ir a su encuentro, pero unos disparos les hicieron retroceder rápidamente. Tuve un sobresalto y me callé. Los gritos de nuestros suboficiales, que intentaban mantener a la tropa detrás de ellos, les hicieron eco. Luego se hizo el silencio, un largo silencio de iglesia que no terminaba nunca. El chapoteo de los remos contra las olas se tornó cada vez más intenso. Por fin retumbaron en la playa las voces de los españoles que coordinaban el ataque. Entre las siluetas, entonces ya podíamos distinguir unos bultos redondos que sobresalían de los botes. No nos atrevíamos a imaginar qué contenían. La tensión era tan fuerte que se podía palpar. Con indolencia, nuestros enemigos volcaron el contenido de su barco en la arena. Nadie se atrevió a moverse. Más que por la amenaza de los fusiles, estábamos petrificados por miedo a que nos retiraran aquello que venían a traernos. Un desgraciado dejó caer un saco. Una gran hogaza de pan, redonda y toda dorada, cayó rodando al suelo. Solté un ligero grito de alivio. Los demás hicieron lo mismo, pero las armas nos apuntaron y volvió la calma. Un oficial español puso pie en tierra cerca de mí y pidió, en un francés bastante correcto, poder hablar con el portavoz de los prisioneros. Un subteniente de la 4.^a legión se acercó. Iban a descargar provisiones para dos días y los oficiales franceses tenían que encargarse personalmente de su distribución entre las unidades. También quería saber el estado de salud de los cautivos, el número de muertos, y precisó que podíamos transmitirle directamente cualquier petición dirigida a la junta superior de Mallorca. Ahora estaba claro que íbamos a permanecer en esa isla durante algún tiempo y que nuestra repatriación a Francia no se haría tan pronto. ¿Por qué razón nuestros enemigos seguían tardando en enviarnos a casa? ¿Por qué mantenernos todavía lejos de todo?

—Tenemos necesidad urgente de tiendas y de medicamentos para los enfermos, de picos y palas para enterrar a los muertos y de algunas hachas y sierras para cortar leña —le respondió nuestro representante.

Las dos barcas hicieron algunos viajes de ida y vuelta y la playa se llenó de sacos de panes, de habas, de arroz, de coles, de tocino ahumado y de dos jarras de aceite. En cuanto los españoles se retiraron, nuestros suboficiales formaron una cadena humana alrededor de esas provisiones. Hacía falta establecer un listado para repartirlas de manera equitativa entre los regimientos y evitar que los soldados las saquearan antes. Cada oficial tenía que contar a sus hombres. Junto a mis compañeras, ayudé en el recuento de los víveres. Todo ello duró una hora que nos pareció eterna. Luego, en la orilla se formó una cola de la que no se veía el final. Miles de jóvenes soldados, enflaquecidos por la dieta que habían sufrido en los pontones, aunque revividos gracias al aire fresco de la isla, a la libertad de movimiento y a un buen baño de mar, esperaban pacientemente su turno. Los de más edad y los más débiles ya no estaban allí. Participé en el reparto de la libra de pan que le tocaba a cada uno. El resto de los alimentos sería entregado a cada unidad, que la cocinaría en las ollas de las que disponía. Había, como mucho, media libra de habas o de arroz, dos cucharadas de aceite de oliva y una pizca de sal por soldado, y esto para dos días. Igual que los suboficiales y los enfermos, tuve la suerte de tener derecho a una ración doble, acompañada de una hoja de col y un dadillo de tocino.

El olor apetitoso del tocino al freírse atrajo a mi lado a más de un curioso e hizo que más de un lisiado se levantara de su lecho. No pude evitar mojar el dedo, a riesgo de quemarme.

—Pillada in fraganti —me soltó Henri sobresaltándome.

Él también tenía las pupilas dilatadas a la vista de la vianda salada. ¡Hacía tanto tiempo que

no habíamos saboreado tocino! Añadí unas hojas de col, sal, agua y las habas.

—Falta todavía una buena hora para que esto esté listo —dije en plan experto.

Rose y Sophie habían remojado el pan de centeno en agua caliente y alimentaban con esta papilla a los más débiles. Marie, agotada por los retoños que la vaciaban sin cesar, degustaba lentamente esa mezcla viscosa. Se le había concedido una doble ración y media. Los hombres tenían buen corazón a pesar de la penuria. También le habían ofrecido los servicios de aquel al que habíamos llamado Robinson, el asno abandonado en la isla que, de día, servía para el transporte del agua y leña y, por la noche, dormía cerca de la cabaña construida para la joven madre. Hay que decir que su difunto marido había sido un buen sargento para sus soldados. Valiente, había ayudado a más de uno en los campos de batalla, llevando a hombros a los heridos y desafiando las balas. Era uno de esos suboficiales que actuaban como un padre para su tropa y ahora esta haría lo mismo con su prole. Uno de los bebés se echó a llorar. Lo tomé en mis brazos y lo mecí lentamente. Marie me miraba con inquietud, sin atreverse a hacerme la pregunta que nos acosaba a todos. ¿Cuánto tiempo íbamos a quedarnos en esa isla? Ante aquella situación, la tranquilicé, diciéndole que los españoles no nos habían abandonado puesto que se preocupaban por nuestra salud y habían anunciado que nos traerían regularmente alimentos. Nuestros oficiales podían incluso hacerles saber aquello que nos hacía falta.

—Ya lo ves, Marie, no estamos tan mal en esta isla. A pesar de todo, estamos mejor al aire libre que encerrados en la bodega de esos barcos horribles. Después de comer, si quieres, bajaremos a la playa. Verás cómo el agua fresca te sentará bien.

Me respondió con una sonrisa. Me sentía dichosa de ayudar a la que se había convertido en mi única amiga. El afecto de Marie me había permitido sobrevivir a la muerte de Armand. Sin ella, me hubiera reunido con mi bienamado en el más allá. Pero ella, la esposa del sargento de la 1.^a legión, a la que apenas conocía antes de nuestro encarcelamiento en el pontón de Cádiz, había permanecido noches enteras escuchando mis lamentos. Yo, incapaz de llorar, hablaba. Ella me acompañaba en silencio, sosteniendo simplemente mi mano. Esa mujer, que también había perdido a su marido herido en la batalla de Bailén, me comprendía muy bien. Poco a poco le había explicado toda mi vida: mi encuentro con Armand, nuestro matrimonio, el reclutamiento y cómo había obtenido mi licencia de cantinera.

Armand, que al principio no quería que yo fuera con él a la guerra, ante mi obstinación, finalmente había tenido que solucionarlo. Desde Ruan había seguido a la tropa que descendía hacia Bayona. Yo estaba escondida en la parte de atrás y me reunía con él todas las noches en su tienda. La presencia de mujeres estaba prohibida en el ejército: solo las cantineras podían acompañar a su regimiento; el castigo de las rebeldes era duro. Vi a una a la que habían desnudado y afeitado por todas partes, la habían untado con betún y la habían forzado a desfilar de esta guisa delante de todos los soldados antes de ser despedida. Armand había conseguido de su jefe de batallón, que le tenía en gran aprecio, que me dieran una licencia de cantinera. Estábamos casados, yo era honesta, presté entonces juramento de obedecer los reglamentos militares y de servir a mi batallón antes de recibir la esperada licencia. Yo exhibía con orgullo la nueva insignia del 3.^{er} regimiento de dragones, los dos vasos de cobre, el pequeño tonelete de aguardiente que llevaba en bandolera y el embudo. Además, así podía ganarme la vida, y con el sueldo de Armand y mi pequeña aportación, vivíamos con cierto desahogo. No tardamos mucho en poder comprar una pequeña mula, que me fue de gran ayuda en las largas carreteras de España. Pero nuestra felicidad no duró mucho tiempo. El horror de los ataques de la guerrilla española y el miedo

diario a la muerte del ser amado vinieron pronto a borrar esos pocos meses de dicha. No obstante, yo continuaba saboreando todos los instantes de esta dura vida en común, consciente de que pronto podría terminar: cada beso en el campamento por la noche, cada mirada de ternura la mañana de los combates, cada roce de mano cuando le servía una taza de aguardiente. No quería perderme ninguno de esos momentos. Él insistió en que me fuera y regresara a Francia. Pero yo no podía separarme de él. Necesitaba su voz, su olor, sus caricias, saber a cada minuto que seguía con vida. Los sabañones, la tos permanente de la que no conseguía desprenderme, las pulgas que me volvían loca, nada de esto tenía importancia.

—Creo que el guiso está listo —dijo Henri, que daba vueltas y más vueltas alrededor de la olla como un niño impaciente.

Yo había seguido hablando olvidándome de la hora. Efectivamente, las habas se habían deshecho un poco, el agua se había espesado y había tomado la consistencia de una salsa blanca y harinosa. Se las di a probar a Henri, que se moría de ganas. El veredicto fue inmediato. El cocido estaba listo. Serví en primer lugar a los seis cirujanos, a los cinco boticarios y a mis dos compañeras. Después, todos juntos, distribuimos su ración a los suboficiales enfermos y finalmente a los soldados. Nos faltaban cuencos. Habría que añadirlo a la lista de peticiones que el consejo de prisioneros haría a los españoles. Yo comí la última para poder tomarme mi tiempo. Degusté lentamente mis habas, una a una, dejándolas fundir contra el paladar y deslizarse luego lentamente a lo largo de mi garganta como si fueran miel. Mastiqué durante largo tiempo, como una vaca que rumia, la única pequeña hoja de col a la que tenía derecho, dejando que impregnara todos mis sentidos. No habíamos saboreado un solo trozo de verdura o de fruta fresca desde hacía meses. Acabé con el preciado pedazo de tocino apenas más grande que la falange de mi dedo meñique. Lo mantuve primero en la boca durante cinco minutos, hasta que se volvió insípido. Luego, delicadamente, mordí un lado para que liberara su sabor y volví a empezar tantas veces como fue posible. Mi comida duró una hora, como la cena de una condesa. Tenía todavía un trocito bajo la lengua cuando descendimos hasta la playa.

Marie no había querido bañar a los niños la víspera, temiendo que cogieran frío. Esa tarde, el sol pegaba fuerte y había conseguido convencerla de lavarlos rápidamente. Yo llevaba a Jean-Baptiste, el mayor de los gemelos. Aún estaba sucio, con restos de sangre del parto y cubierto de polvo. El suelo de la isla estaba constituido por una roca calcárea blanca, que se deshacía a cada paso en un fino polvo volátil, se pegaba a la piel y ensuciaba la ropa. Yo me había provisto de una manta y de dos viejas camisas lavadas esa misma mañana en una de las ollas. Víctor, el cirujano de los marinos de la guardia, me había recomendado hervir todas las prendas que hubieran pertenecido a los difuntos antes de reutilizarlas con los enfermos, y muy especialmente las telas que aplicaríamos sobre las heridas. El baño fue breve para los niños. Los sequé con las camisas y los puse en mi regazo, envueltos en la manta, donde no tardaron en volver a dormirse. Marie había lavado sus pañales, que se estaban secando a mi lado, y se deleitaba al sol relajada, sentada en la orilla, con las piernas salpicadas por las olas que nos mecían con su dulce melodía. Sonreía al cielo. Sonreía a esas aguas que iban desde el azul cielo al turquesa, del añil al azul marino, en una visión edénica. El mar que, paradójicamente, formaba los muros de nuestra prisión, había logrado por un instante hacernos creer en el paraíso. Igual que Calipso, nos había hecho olvidar nuestra existencia, nuestro pasado, nuestro presente, nuestro porvenir y nos mantenía en los limbos atemporales de una dicha fugaz. La brisa embriagadora y el sol suave en mi rostro relajaban mi cuerpo entero. Cerré los ojos.

Pasaron las horas, el sol descendía en el horizonte cuando el llanto de una de las criaturas nos hizo volver a la realidad. Marie se había dormido en la playa. Su larga camisa blanca y sus magníficos cabellos de reflejos cobrizos, que le llegaban hasta los riñones, estaban ahora secos. Volvió a vestirse rápidamente y me invitó a iniciar el camino de regreso. Aprisionadas durante tanto tiempo bajo el peso de los gemelos, sentía un hormigueo en las piernas. Me costó escalar entre los peñascos y los matorrales y tropecé en varias ocasiones, apretando fuertemente a Jean-Baptiste contra mí. Marie, revitalizada por el baño de mar, avanzaba con paso regular, con Joseph pegado a su pecho. Ante mí el paisaje había cambiado. No era más que un abultamiento de rocas llenas de aristas angulosas, salpicadas de unas costras verdes de las que brotaban unos ramos hirsutos. Viendo esa aridez, suspiré. Había estado tan ocupada cuidando a los enfermos que no había tenido el tiempo necesario para pensar en Armand. Pero, tras ese instante privilegiado, caí de nuevo en el abatimiento. ¿Para qué vivir si había perdido mi única razón de existir? ¿Para qué continuar con esa existencia de sufrimiento que no preveía un pronto final? Marie tenía que proteger a sus hijos, pero yo ¿qué tenía? Nada. Nadie a quien amar. Nadie que me amase. Estaba sola en ese peñasco yermo. Marie se volvió y me miró. Su rostro también se había entristecido. Aminoró el paso y vino a mi lado. Después, con voz seria y trémula, como si estuviera a punto de llorar, me preguntó:

—¿Puedes prometerme una cosa, Héloïse?

Se detuvo. Asentí con la cabeza.

—Sé que es mucho pedir.

Volvió a dudar y le sonreí para darle ánimos.

—Si me ocurre cualquier cosa, ¿cuidarás de mis hijos como si se tratara de los tuyos? Prométemelo, dímelo.

Ella también tenía pensamientos oscuros. La confianza que me demostraba me conmovió profundamente.

—Claro que sí, Marie, por supuesto. Puedes contar conmigo. Los cuidaré como si fueran de mi propia carne. Puedes estar segura. Pero no hay que pensar en ello. Todo saldrá bien, ya verás. Es algo transitorio, no pueden abandonarnos eternamente en esta isla.

Esas palabras la reconfortaron y me reconfortaron. Ahora tenía a alguien a quien querer. Me había comprometido a ello. Con esa promesa, Marie se había convertido en mucho más que una amiga: una hermana. De ahora en adelante, sus bebés formarían parte de mi familia. La sombra que se había cernido sobre mí unos minutos antes quedó barrida por ese soplo de amistad. Continué el camino más aliviada.

Desde lo alto dominábamos el mar. A nuestra derecha, los gendarmes habían empezado a encender fuegos. A la izquierda, la 4.^a legión hacía lo mismo. Justo al lado, no lejos de nosotras, un grupo de suboficiales se había reunido en medio de una pequeña explanada desolada y desnuda. Reconocí la singular silueta de Henri, que con su metro setenta y cinco destacaba entre sus camaradas. Su cuerpo macizo y de anchas espaldas, en contraste con la dulzura infantil de su cara redonda y sus finos rasgos, me recordaba a mi querido Armand. Junto a él identifiqué también a los demás cirujanos y al oficial que esa mañana habían hecho de portavoz. El resto lo formaban uniformes abigarrados. Observé que todas las unidades estaban representadas. Debía de ser el nuevo consejo que iba a votar al representante de los prisioneros. Los bebés se habían dormido en nuestros brazos y no tardamos en llegar al campamento del hospital. Algunos enfermos se habían adormecido, otros gemían suavemente. Durante la noche, los dolores se agudizaban y el mal

acababa con más de uno. Sin hacer ruido nos acercamos a la olla donde estaba el agua. La ascensión nos había dado sed. Luego seguimos nuestro camino, atravesando la 5.^a legión para llegar hasta la 1.^a, en la que los soldados habían construido con ramas entrelazadas una cabaña rudimentaria para proteger a la joven madre. Marie me pidió que fuera con ella:

—No vas a dormir al raso. Fuera hay demasiada humedad. Te arriesgas a enfriarte. Además, nuestros dos cuerpos calentarán a los bebés y así estarán bien protegidos.

El espacio era muy limitado, pero como ambas estábamos muy delgadas, ya que nuestras generosas curvas se habían evaporado en los pontones, conseguimos echarnos a cada lado y dejar un lugar en medio para los retoños.

—Gracias —le dije a Marie con un susurro emocionado y sincero—. Gracias de veras.

—Soy yo quien te da las gracias —me respondió ella—. Vamos, buenas noches.

Me sumergí enseguida en un sueño pesado, satisfecha por la confianza y el profundo afecto de mi amiga.

III

Las tiendas que los españoles nos habían entregado para los enfermos y los suboficiales se montaron en un santiamén. Una nos fue asignada a Marie y a mí. La petición del consejo había sido atendida y también nos habían traído algunos medicamentos, cuencos, vasos y ollas de terracota, así como palas para enterrar a los muertos. Por desgracia, no nos procuraron ninguna hacha ni sierra. Probablemente temían que las utilizáramos para fabricar balsas. Unos pescadores mallorquines habían descubierto que algunos de nosotros todavía teníamos dinero, y nadie les impedía vendernos pescado fresco. Tampoco tardaron en ofrecernos vino, verduras, galletas y todo tipo de mercancías. La explanada en la que se había reunido el consejo de los prisioneros el primer día de la entrega de alimentos se había convertido en la plaza principal de nuestra pequeña ciudad. La habíamos bautizado con el nombre de Palais-Royal. Los soldados se reunían en ella para charlar y vender o intercambiar sus escasos bienes: algunos ratones o lagartijas ensartados en un palo, a veces un conejo, ropa hurtada a un compañero muerto, tenedores, cucharas o pequeños vasos torneados en boj, o también hilo, agujas y botones fabricados con huesos de los cadáveres. Los más listos habían logrado conservar su cuchillo a pesar de los repetidos registros en los pontones, y lo utilizaban a la mar de bien. Unas cuantas cantineras habían reemprendido su trabajo y, poco a poco, unas tabernas improvisadas con ramajes se alzaban aquí y allá. Rose, Sophie y yo nos habíamos quedado al servicio de los enfermos, a los que habíamos reagrupado en nuestro campamento. Christine y Louise, que antes ayudaban en el improvisado hospital del castillo, se habían unido a nosotras, dejando este último como residencia para los oficiales de alto grado. Marie ya tenía bastante trabajo con sus gemelos, aunque aun así intentaba bien que mal cuidar a algunos soldados heridos cuando disponía de tiempo.

Una especie de rutina se había instaurado en nuestra pequeña comunidad. Cada dos días, el tres palos español nos aprovisionaba y preparábamos entonces el guiso por turnos. Al día siguiente, repartíamos el pan remojado en agua caliente. Cada mañana al amanecer, con la ayuda del asno Robinson que habíamos equipado con dos barriles, nos relevábamos para ir a la fuente de agua dulce. Había que presentarse allí lo más temprano posible para evitar la inmensa cola que se formaba delante de la fuente. Su caudal, ya bastante escaso para darnos de beber a todos, se agotaba y el chorrito se volvía cada día más delgado. Por ello, el consejo de los prisioneros había designado a un guardia para impedir el acceso durante la noche, dejando así unas horas para que la pequeña fuente se llenara de nuevo. El soldado la mantenía limpia y gestionaba los pequeños conflictos que pudieran surgir entre los impacientes de la cola. La falta de agua hacía sufrir mucho más que la escasez de las raciones. Apenas un vasito de agua al día era insuficiente. En el campamento del hospital teníamos mejor suerte, ya que los enfermos estaban mejor servidos que

los sanos.

Aquel día me tocaba a mí la recogida de agua. Una delgada línea rosada despuntaba en el horizonte e iluminaba un cielo claro y continuo. El sol de mediados de mayo, que se despertaba apenas, todavía no nos atormentaba. Hacía buen tiempo. Desaté a Robinson y me alejé de las tiendas sin hacer ruido. Sus cascos resonaban en el suelo pedregoso y polvoriento. Me apresuré en atravesar el campamento de la 5.^a legión y me encontré al fin sola en medio de los lentiscos, las efedras, los euforbios y los acebuches. Había comenzado a apreciar esa caminata matutina, yo sola en la naturaleza salvaje y silenciosa, antes de que la agitación humana quebrara la magia. El paseo era corto, media hora a lo sumo. Con el rocío de la aurora, el romero aromatizaba el aire. De vez en cuando me detenía ante un matorral en flor que no conocía. La variedad de las formas y de los colores siempre me sorprendía: la blancura de una flor idéntica a nuestra rosa silvestre, el rosa subido de los cardos o el amarillo brillante de la hierba de San Juan. Robinson, como buen compañero, obediente y callado, seguía mis paradas y las aprovechaba de vez en cuando para mordisquear una mata de hierbas secas. Estaba contemplando una pequeña cala púrpura cuando una voz tras de mí me sobresaltó:

—¡Buenos días, preciosa! ¿Cómo? ¿Paseando tú sola por aquí?

La voz ronca me era desconocida y tenía un marcado acento extranjero. Me di la vuelta y reconocí el uniforme del batallón Anhalt. Instintivamente di un paso atrás.

—¡No tengas miedo, cariño!

El soldado avanzó y me tendió una flor.

—Una rosa para mi rosa.

Un fuerte tufo de vino emanaba de su boca. Sus ojos excitados por el alcohol me miraban fija e intensamente. Su mano suspendida en el aire temblaba ligeramente. Yo no sabía qué hacer, al no querer ofenderle ni animarle, por lo que me quedé allí inmóvil y silenciosa.

—Eres la linda muchacha que se encarga de los enfermos, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza.

—Mi cabo me ha hablado mucho de ti. Atraes muchas miradas, tú, ¿lo sabes? ¡Hay que decir que eres tremendamente guapa! ¡La más bella de todas las cantineras! Tu piel es tan blanca y parece tan suave. ¡Quién no querría tocarla!

La conversación tomaba un mal cariz. Mi corazón empezaba a acelerarse.

—¡Estás callada! Pero no hay que ser tímida.

Mi boca seca no podía emitir ningún sonido. Mi cuerpo estaba tenso, mi cabeza vacía. Me tendió de nuevo la rosa y aprovechó para acercarse. Su torso tan solo estaba a medio metro del mío. Su mano derecha rozó la mía. Al sentir el contacto tuve pánico y me aparté de un salto, luego empecé a correr sin pensar. Robinson me siguió instintivamente. Mis palpitations aumentaban al compás del ritmo acelerado de sus cascos. No me atreví a mirar hacia atrás. Quedé muy pronto sin aliento y tuve que aminorar el paso. Al cabo de unos minutos, me creí finalmente fuera de peligro y me detuve para retomar la respiración. Fue entonces cuando un brazo llegado de la nada me agarró por la cintura. Sentí su torso contra mi espalda.

—¿Quieres jugar al escondite, encanto?

Forcejeé e intenté liberarme, pero el hombre intensificó la presión. Aquello que había temido iba a suceder. ¿Qué podía hacer para disuadirle?

—Por favor, déjame marchar, tu honor está en juego.

—¡Mi honor!

Soltó una risita.

—Pero si no eres la mujer de nadie. La mujer de nadie es la mujer de todos.

Deslizó la mano derecha bajo mi blusa y empezó a besarme el cuello, sin prisa. Con el brazo izquierdo mantenía firmemente mis dos manos, que ya no podía mover. Yo continuaba resistiéndome tanto como podía para soltarme. Mi falda larga y pesada lo dificultaba. Mis muñecas ardían. Su cuerpo se estrechó contra el mío. Se inclinó para seguir besándome el cuello. Calmosamente y sin violencia, acarició mi pecho y tiró de los pezones que, a mi pesar, se endurecieron. Todos mis músculos se crisparon. Dejé de agitarme en vano y apreté instintivamente los muslos. Su aliento alcoholizado me daba náuseas. Su áspera barba penetraba en mi piel como pequeñas agujas. Su brazo derecho no tardó en abandonar mi pecho para liberar su miembro endurecido y perderse bajo mi falda. Contraje mis glúteos hasta que empezaron a temblar. Mi tensión era tan grande que un zumbido sordo resonaba en mis oídos y un dolor agudo me remontaba desde la mandíbula hasta la cabeza. Muy lentamente, sus dedos se deslizaron en mí, como un recién casado lo habría hecho durante la noche de bodas para despertar el deseo en su inexperta mujer. Su actitud me sublevaba. ¿Pensaba realmente que era posible que mi cuerpo cediera a sus caricias contra mi voluntad? Yo redoblaba mis esfuerzos y luchaba ahora también contra mi propia carne. Pero no pude resistir durante mucho rato. Mis músculos temblorosos acabaron abandonándome. Él aprovechó inmediatamente la ocasión y tomó posesión de mí, cada vez con más fuerza. Gemía de placer mientras me destrozaba y me desgarraba. La quemazón se hizo rápidamente insoportable, el frotamiento de una lima contra la carne viva. Me mordí el labio inferior para sofocar un grito de dolor. Silenciosamente, rezaba para que esto acabara pronto. Pero los vaivenes no acababan nunca. El suplicio era tan grande que estaba a punto de desfallecer. Unas gruesas lágrimas calientes fluían a raudales de mis párpados cerrados.

Cuando los abrí, vi ante mí una pequeña lagartija negra encima de una gran piedra mirándonos tranquilamente, ajena a lo que estaba ocurriendo. Me puse a observarla atentamente y esto me salvó. Sus cinco dedos eran más cortos delante y más largos detrás. Su piel agrietada brillaba bajo el sol naciente como si le hubieran echado aceite. Sus inmóviles ojos negros hacían gala de una serenidad contagiosa. Me perdí en su mirada y me olvidé de todo. El dolor desapareció. Mi cuerpo se volvió insensible, como si ya no lo habitara. No volví en mí hasta que el brazo de mi agresor me soltó y caí bruscamente al suelo.

Una voz murmuró un sincero «perdón» detrás de mí. Una vez disipados los efectos del alcohol, ahora se daba cuenta de lo horrible de su acción, lo que lo dejó paralizado unos segundos. ¿Cómo había sido capaz? Era yo, la amable cantinera que cuidaba de sus compañeros. Esa maldita guerra había acabado por volvernos locos a todos. Pero ¿cómo podía esperar que le perdonara? Era imposible no odiarle. Si hablaba de ello, el castigo sería severo. Sus grandes ojos azules se llenaron súbitamente de pánico.

—Perdón, perdón —repitió antes de marcharse corriendo.

Me sentía agotada, la ingle me escocía y sangraba. Me quedé ahí un momento sin moverme. Después del dolor, no había más que vacío. Mi mirada reparó en el interior de mis muslos, cubiertos de sangre y esperma. Adquirí conciencia del riesgo que corría. Yo no quería de ninguna manera un bebé. De repente, salí de mi torpeza y me levanté, sosteniendo mi falda, saltando con fuerza para intentar expulsar al máximo el líquido viscoso. Este se deslizaba lentamente por mis piernas mientras me contorsionaba aún más, con rabia. Hubiera tenido que lavarme, pero estaba

lejos de la playa y tenía que llevar el agua a la hora habitual para que nadie sospechara nada. Llamé pues a Robinson, que se había alejado para pacer cerca de allí. El amigable animal se me acercó y, como si comprendiera lo que acababa de ocurrirme, frotó su nariz contra mi rostro para consolarme. Me agarré a su cuello y estallé en sollozos antes de retomar mi camino.

Cuando llegué a la fuente, en mi cara ya no quedaba ninguna huella de lo que había sucedido y ya estaba absolutamente decidida a esconderlo para siempre. El cabo Louis-Joseph me recibió con su habitual buen humor. Era un hombre de naturaleza jovial, siempre optimista, que estaba convencido de que el emperador no tardaría en venir a liberarnos.

—Solo es cuestión de unos meses, seis como mucho, y España caerá en manos de Napoleón. Hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Ya veréis, son ellos a los que enviarán pronto a esta isla.

Se tomaba a pecho la función que se le había encargado y abrió la puerta hecha con ramas por la que accedía a la fuente con una solemnidad religiosa. La fuente era como un lugar sagrado ya que de ella dependía nuestra supervivencia. Cogió mi primer barril y desapareció en el interior de la cueva. Me quedé sola al lado de la tina de la que los soldados venían a extraer su ración de agua. Todavía no había regresado cuando los primeros sedientos formaron dos filas y pacientemente, por turnos, vinieron a servirse. Yo admiraba la calma y el orden de esos hombres obedientes, que habían comprendido finalmente que solo una estricta organización de la comunidad podía salvarles. Las rebeliones de las primeras semanas, las disputas y las trifulcas habían dado paso a la disciplina militar. El consejo, como un auténtico gobierno, había establecido unas reglas y una justicia. Todo ladrón de alimentos, considerado como el peor de los criminales, sería severamente castigado, atado a una picota en la plaza del Palais-Royal, con los brazos en cruz como Jesús, al sol, sin agua ni alimentos, víctima de todo tipo de crueldades por parte de sus compañeros durante veinticuatro horas. Semejante castigo marcaba al paria al rojo vivo, y entonces era echado por su regimiento y obligado a esconderse en los lugares más escarpados a los que no íbamos nunca.

—Aquí tienes el primero, bien lleno, y aquí tienes para ti y para Robinson.

Me sobresalté. Sumergida en mis pensamientos, no había oído llegar al guardia detrás de mí. Tomé el vaso que me tendía y saboreé a sorbitos el precioso líquido. Depositó a los pies del asno un cuenco con un poco de agua, desató después el segundo barril y volvió a marcharse rápidamente hacia el antro oscuro. El animal bebió el líquido a lengüetazos, procurando no dejar escapar ni una gota, como si comprendiera él también su valor. Me acerqué para acariciarlo, y luego me senté a su lado, sobre una roca, a la sombra de un lentisco. El sol empezaba a calentar. Mi entrepierna ardía todavía, pero yo intentaba olvidarme.

—¿Cómo estás, Héloïse? Me alegra verte en forma.

El mejor amigo de mi difunto Armand me sonreía. Me esforcé en hacer lo propio pero, al verle, surgió el recuerdo de mi amado y mi corazón se llenó de tristeza. De ahora en adelante estaba sola, a la merced de todos. ¿Por qué Armand había tenido que abandonarme? ¿Por qué Dios lo había permitido? Sin poder detenerla, una gruesa lágrima rodó lentamente por mi mejilla. No pude ocultársela.

—¿Estás bien?

Me apretó amablemente el brazo.

—Sí. Solo un poco de cansancio y un poco de melancolía. ¿Quién no la tiene? —le contesté con un tono pretendidamente ligero.

—Es verdad. Todos tenemos nuestros momentos. Pero ya lo verás, todo irá bien. Pronto estaremos en Francia y todo esto no será más que una horrible pesadilla. Sobre todo, no pierdas la esperanza. ¿Recuerdas en Bailén, en el campo de la gran batalla, cuando te caíste al suelo y evitaste así una granada? Saliste con un simple desgarró cuando habrías podido perder la vida. Aquí es lo mismo: estamos viviéndolo como una maldición, cuando es solo para protegernos de una desgracia mucho mayor. Al menos estamos con vida, al abrigo del horror de las matanzas que deben continuar en España. Quizás pasamos hambre, pero somos libres de hacer lo que nos place y en paz.

Gilles tenía razón. No estábamos tan mal en esta isla. Al menos eso es lo que había pensado hasta el momento. Pero ahora estaba cansada de luchar y simplemente de vivir. Incluso si volviera a Francia mañana, ¿qué sería de mí sin mi esposo? Sin duda alguna ya no tenía casa. El propietario debía de haber recuperado todos sus bienes. Volver a casa de mi madre estaba fuera de lugar. Ella, que siempre había detestado a Armand, intentaría inmediatamente buscarme un nuevo partido. Entonces, ¿para qué todo esto?

Gilles tomó asiento a mi lado. Veía que quería levantarme la moral con su presencia. Me habló de sus proyectos: como antiguo estudiante aplicado tenía la intención de explorar la isla de arriba abajo para establecer un minucioso mapa geográfico. Si otros habían intentado esconder, a veces con éxito, cosidas en el dobladillo de su chaqueta, algunas monedas o una pequeña navaja, el joven parisino había camuflado en él unas hojas dobladas de papel y un viejo lápiz. Nunca había comprendido cómo un simple soldado del regimiento de los dragones como Armand había podido intimar con Gilles, un asistente del sargento mayor. La guerra borraba las barreras sociales normalmente infranqueables. Aquel a quien se le había salvado la vida se convertía inmediatamente en un fiel amigo agradecido, fuera cual fuese su rango. Yo sabía que, pasara lo que pasase, podía contar con Gilles y su sincera amistad.

—Si quieres, puedes acompañarme en mis excursiones. Te cambiará las ideas.

Ascender colinas, andar durante horas hasta el agotamiento, había sido un método muy eficaz para evitar el embarazo. Desde la guerra lo había hecho todo para no ser madre. Armand tampoco lo deseaba y tenía mucho cuidado en retirarse a tiempo durante nuestros retozos amorosos. No obstante, a pesar de todo, había quedado embarazada una vez y, siguiendo las recomendaciones de una cantinera con experiencia, había conseguido deshacerme del intruso. El esfuerzo físico acompañado de algunas tisanas, no había nada mejor. Estaba muy tentada de aceptar la propuesta del joven soldado, pero tenía que ayudar a los enfermos, el hospital necesitaba todas nuestras manos.

—Quizás sí, pero por la tarde. Por la mañana tengo demasiado trabajo en el hospital.

El cabo de la fuente reapareció con el segundo barril. Gilles lo cargó sobre Robinson y me acompañó en el camino de vuelta. Su compañía fue un gran alivio, ya que no estaba preparada para afrontar sola el lugar de la agresión.

Evité las miradas durante toda la mañana, especialmente la de Marie, que no dejaba de observarme discretamente de reojo. Mi respuesta escueta y fría a sus expresivos buenos días la había desconcertado. Pero yo temía que cualquier demostración de ternura me hiciera estallar en sollozos. Me apresuré a repartir la papilla de pan a los enfermos y después, con el pretexto de tener que alejarme para unas necesidades apremiantes, corrí hasta la orilla más próxima para lavarme. Hacía horas que solo pensaba en ello. Debía deshacerme de cualquier rastro del horrible acto antes de que cayera la noche y de que, en la intimidad de nuestra tienda, Marie adivinara lo

que había ocurrido. Froté mis piernas y el interior de mi entrepierna con rabia a pesar del dolor. Mi piel se enrojecía y quemaba, pero yo seguí. Mis lágrimas iban a dar al mar. Luché después con las manchas rojas de mi camisa, que con el agua salada iban atenuándose poco a poco, sin conseguir hacerlas desaparecer completamente. Temblaba de frío, de furia y de impotencia. Hubiera querido gritar al cielo y a la tierra, pero preferí callar para siempre bajo esas aguas purificantes. Me sumergí entonces hasta la cabeza en el mar como lo había visto hacer tantas veces a los marinos de la guardia. Soltando poco a poco todo el aire aprisionado en mis pulmones, relajé todos mis miembros esperando así hundirme. Todo estaba en calma. Los sonidos de la tierra se habían disuelto en el agua y, con ellos, las congojas que comportaban. Todo me parecía lejano. Me sentí bien y me abandoné. Un banco de pececillos plateados pasó delante de mí, indiferente a mi presencia. Lo observé tranquilamente, con la mente vacía. No tardó en faltarme el oxígeno. Manos y piernas empezaron a entumecerse. Quería dejar que mi vida se escapara. Por fin iba a poder liberarme de todo. Pero, sin poder controlarlo, mi cuerpo remontó instintivamente a la superficie.

Regresé al campamento tiritando. El sol de ese final de primavera había secado ya mi camisa, pero mis carnes seguían temblando. Por la noche, los síntomas se habían agravado. La cabeza me daba vueltas y unos sofocos me obligaron a echarme. Marie se inquietó al verme tan pálida y en cuanto terminó de amamantar a sus bebés, fue a buscarme un vaso de agua. No pude esperarla y cerré los ojos. Dos muros se cernían contra mí. Me costaba respirar y quería pedir auxilio. Pero ningún sonido salió de mi boca. Repelí la presión con todas mis fuerzas. Tenía las manos crispadas, mi cabeza ardía.

—¡Socorro! ¡Socorro! —intenté gritar en vano.

La prensa iba a aplastarme. Todo había terminado para mí.

—¡Héloïse! ¡Héloïse! Despierta.

Era una voz grave y sorda que venía de un lugar lejano.

—¡Héloïse! ¡Vuelve en ti!

Se volvió más nítida. ¿Podía ser Henri?

—Está sangrando muchísimo. Hay que detener la hemorragia a cualquier precio. Ve a buscar un paño, Marie, date prisa.

Cuando abrí los ojos, el sol ya estaba en lo alto. Marie estaba a mi lado con sus recién nacidos. Me tomó en sus brazos y me estrechó muy fuerte contra ella, como no lo había hecho nunca. Entonces comprendí que lo sabía todo.

IV

En adelante yo compartiría la tienda de Henri, y Marie, la de Victor, el cirujano de los marinos de la guardia. Una mujer con pareja era una mujer protegida, y Henri me propuso amablemente ser mi compañero, a pesar de que entre nosotros no hubiera más que una gran amistad y una relación de lo más desinteresada. Se mostraba muy delicado conmigo y, gracias a su afecto, cada día me sentía mejor. Los soldados, desde ese momento, me trataban con mucha consideración y mantenían las distancias. Me había convertido en la mujer de un suboficial. Esto me molestaba y echaba de menos tanto su familiaridad como su complicidad. Los enfermos siempre habían compartido conmigo sus angustias, pero también sus mejores recuerdos. Me describían durante horas su pueblo, su casa, su familia, a veces la especialidad culinaria de su región, a pesar de que la comida se había convertido en un tema delicado que evitábamos. Aunque nos era imposible calmar su sufrimiento físico, escucharles nos permitía al menos reconfortarles. Así se evadían un instante de la espantosa realidad. Era el único momento en el que me sentía realmente útil, en el que tenía la impresión de poder aliviar sus males. Me llevó algún tiempo, pero a fuerza de animarlos, conseguí volver a ser la confidente que siempre había sido.

Solo Gilles, el asistente, con esa seguridad que tienen los jóvenes bien nacidos, siguió mostrándose muy natural conmigo y continuó visitándome, una o dos veces a la semana, para tenerme al corriente de sus hallazgos y de los progresos del trazado de su mapa. Había encontrado en la orilla, al nordeste de la isla, justo después de la pineda, «una inmensa cueva con el techo revestido de largas estalactitas y con el suelo cubierto de gruesas estalagmitas». Lo miré estupefacta. ¿Estalactitas? ¿Estalagmitas? A veces el estudiante empleaba unos términos incomprensibles. Pero, por su exaltación, deduje que debía tratarse de algo importante.

—¡Es maravilloso! Hay incluso algunas que se juntan en columnas tan delgadas que se dirían de cristal. Tienes que venir a verlo. El camino no es demasiado accidentado y penetra directamente en el interior mismo de la roca. No es difícil.

—Me gustaría mucho, ya lo sabes, pero no puedo. No sería correcto.

Gilles no entendió mi respuesta. No se daba cuenta de que acompañarle no estaría bien visto y perjudicaría la reputación de Henri. Lo lamenté, sobre todo porque una actividad física extenuante me hubiera sido de gran ayuda. Así pues, en su lugar, cada mañana tomaba una infusión de sabello para prevenir lo indeseable. Por suerte, me era fácil encontrar esa hierba en la isla. Finalmente, una mañana tuve tantos dolores en el vientre y vómitos que tuve la certeza de haber eliminado ese riesgo. Sentí un alivio tan grande que, sin darme cuenta, volví a sonreír. Fue Marie quien me lo hizo notar.

—Tan pronto ríes como lloras. ¡Qué contenta estoy de recuperar a mi Héloïse! Ya era hora.

¡He rezado mucho por ti y la Virgen María, que es tan buena, ha atendido mis deseos!

Pensó sencillamente que había recobrado mi buen humor habitual y que me encontraba mejor. No le dije nada de lo que había hecho, pues no habría entendido que yo pudiera querer deshacerme de un hijo de Dios.

Marie también se sentía muy feliz. Lucía orgullosamente en el cuello el rosario de madera de boj que Victor le había regalado como obsequio de compromiso. A falta de sacerdote, no había podido oficializar su relación, pero de todos modos el médico había querido hacerlo todo en buena y debida forma. Uno de sus antiguos pacientes, de manos hábiles y provisto de un pequeño cuchillo, le había confeccionado ese magnífico regalo a cambio del doble de su ración durante unas semanas. La joven quedó profundamente emocionada. Si bien se sentía halagada por ser pretendida por un oficial, la edad avanzada y el físico áspero de este último la habían hecho dudar un poco. La dura vida de marino había marcado seriamente al mayor. El rostro grabado y seco, los pómulos demasiado prominentes, la mandíbula cuadrada, la frente arrugada y las espesas cejas negras le daban un aspecto severo. No obstante, cuando lo mirabas directamente a los ojos, a veces tenías la suerte de percibir en ellos un asomo de sensibilidad y de bondad. Muy alto, su cuerpo era tan árido como una ciruela seca. Su torso bien delineado bajo la piel marchitada, que su camisa entreabierta a la manera de un pirata exponía a la vista de todos, tenía la señal de una horrible cicatriz abultada. Victor daba miedo y lo imponía. Había visto demasiado, demasiados años de guerra, demasiados miembros amputados, demasiadas pieles recosidas, demasiados amigos a los que no pudo salvar. Con el paso de los años, se había construido una coraza que le permitía mantener a los demás a distancia. Hablaba poco y prefería estar solo. ¿Para qué tener amigos si pronto iban a desaparecer? Si no se encariñaba con nadie, sufría menos. Su gran sangre fría y sus decisiones firmes y despiadadas de cirujano hacían creer a más de uno que no tenía corazón.

Nadie entendió cómo Marie lo había podido ablandar. No era el físico corriente de la joven madre lo que lo había seducido. Ella era menuda, de constitución cuadrada, antaño más bien regordeta, de pecho exuberante, de caderas anchas y piernas fuertes. Tenía la piel morena y sin brillo, unos ojos grandes de un color marrón de lo más corriente, una nariz bastante pronunciada. Solo sus magníficos cabellos de reflejos cobrizos, largos y lisos, le daban cierto encanto. ¿Fue tal vez la determinación de esa madre por mantener vivos a sus hijos y su sincera dedicación a los enfermos, a pesar de su carga, lo que atrajo al cirujano? ¿O fue su propio deseo de protección y su deber de oficial lo que le llevó a ayudar a la joven cantinera? Marie era generosa, caritativa como una verdadera cristiana. Era una persona sencilla, que pensaba siempre en los demás y cuyo auténtico altruismo la hacía feliz. Tenía una fe ciega en Dios. Todo, según ella, dependía del Todopoderoso, y su pasividad ante la vida a veces me irritaba. Sufría su destino en lugar de llevar ella las riendas del mismo. Rezaba a menudo, cada mañana, cada noche, y durante el día con los enfermos. Estos habían encontrado en ella al capellán que no tenían. Algunos incluso se confesaban con ella antes de pasar al más allá. Marie se contentaba con sostenerles la mano y tranquilizarlos, recordándoles que Dios les perdonaría todos los pecados, ya que era bueno y misericordioso; podían marcharse en paz. Eso les aliviaba.

Nunca he comprendido cómo ese hombre que había perdido toda fe en Dios había podido interesarse por una devota. Es cierto que ella siempre lo había tratado con la misma bondad que transmitía a los pacientes. También le había dado lástima. Ese hombre encerrado en sí mismo, frío, de tono brusco, necesitaba que alguien le reconfortara el corazón. Y Marie se había

propuesto como misión devolver esa oveja perdida al rebaño. Así pues, lo saludaba cada mañana con un «Buenos días, mi teniente, ¿qué tal está hoy?». La mayoría de nosotros procuraba no decirle nada si no era necesario. Al principio, él tan solo le respondía secamente con un «bien», lanzándole una mirada asesina que quería decir: «¿Y a ti qué te importa? Déjame tranquilo». Pero la joven no se ofendía y, al cabo de unas cuantas semanas, incluso se atrevió a añadir un «¿Ha dormido bien?». Poco a poco su respuesta se volvió más dulce y muy pronto se acompañó de un «¿Y usted?». La cantinera iniciaba entonces una explicación cada vez más detallada de su noche: cuántas veces se habían despertado los gemelos, si se había vuelto a dormir rápidamente o no, si había observado la belleza del cielo estrellado, llegando a veces al extremo de explicarle aquello que había soñado. Cada día le robaba unos minutos más de su soledad. Al cabo de un mes esta conversación se había convertido en el momento del día más agradable para el cirujano. Él también empezó a sonreír. Nadie daba crédito a sus ojos. Marie estaba satisfecha con ese cambio, su misión se había cumplido y no esperaba nada más. Estaba lejos de imaginar que el hombre iba a enamorarse de ella, tanto más cuanto que ella no había pretendido seducirle, sino solamente tejer un vínculo. Todavía no estaba preparada para reemplazar al padre de sus hijos. Pero Víctor la colmó de pequeñas atenciones: un vasito de agua cuando daba de mamar, una camisa cortada en pañales para los bebés, un trozo de pan al final del día... Ella quedó profundamente conmovida.

Henri también me mimaba. Me había entristecido al abandonar la tienda de mi amiga íntima para compartir la de un hombre que conocía poco, como si dejara una vez más la comodidad del nido familiar. La primera noche fue muy embarazosa. No me atreví a desnudarme y, completamente vestida, acurrucada, me mantuve tan pegada como pude a la tela de la tienda, para alejarme al máximo del cuerpo macizo del cirujano. Él no tuvo ningún pudor en quitarse, de una manera muy natural, la chaqueta verde de cuello carmesí, las polainas negras, el pantalón y el chaleco blancos para quedarse solo en camisa, cuya tela ocultaba apenas sus partes íntimas. Desvié la vista inmediatamente y le di la espalda. Permanecimos acostados en silencio un buen rato, él acabó por dormirse, poniéndose cómodo durante el sueño, y yo me pasé toda la noche procurando evitar cualquier contacto físico. Cuando desperté, más tarde de lo habitual, el médico militar ya se había ido a nadar sus largos diarios en la bahía. A pesar de nuestro escaso abastecimiento, conservaba una gran energía física, que mantenía mediante el ejercicio regular. La mayoría de los oficiales y la mayor parte de los marinos de la guardia hacían lo mismo. Otros, que no sabían nadar, emprendían cada día largas caminatas por la isla, lo que les permitía a la vez mantenerse sanos, matar el tiempo y hacer descubrimientos interesantes, un conejo o una cabra para los más afortunados, una rata o un lagarto para los menos.

Las noches siguientes, empezamos a charlar un poco antes de dormirnos. Luego, poco a poco, yo le expliqué mi vida y él me confió la suya. Henri, cuyo verdadero nombre era Charles Henri Joly, procedía de una muy buena familia del norte de Francia. Apenas terminados sus estudios de medicina, había sido movilizado por el reclutamiento de diciembre de 1806. Él, que había estudiado mucho aunque ejercido poco, no había tardado en ganarse una sólida experiencia en las guarniciones. Como se dedicaba a su profesión igual que un cura a su sacerdocio, pasó rápidamente de ayudante de cirujano a cirujano mayor. Su vocación le había absorbido hasta tal punto que no se había interesado por nada más. No había pretendido a jóvenes muchachas ni pasado horas en los cafés de moda, como tantos otros jóvenes de su rango. Cuando le pregunté si había alguien esperándole en casa, bajó los ojos, molesto, excusándose casi, alegando que con sus estudios no había tenido tiempo de galantear a nadie. Su único placer era entonces cuidar de los

demás, y todavía lo seguía siendo. Henri no había perdido su entusiasmo a pesar de todos los horrores de este último año. De naturaleza alegre y optimista, su buen humor era contagioso y curaba más que sus manos. Pese a la guerra, creía en la bondad humana y acusaba solo a las circunstancias de las crueldades del hombre. Gracias a su contacto y al de Marie, yo, que tenía un carácter más egoísta, me inicié también en el placer de ayudar al prójimo. Con cada sonrisa, con cada agradecimiento, recuperaba mi alegría de vivir. Cuando un soldado que se había restablecido —desgraciadamente eran muy pocos— me traía un ramo de flores o una cuchara de boj finamente tallada en señal de gratitud, mi corazón se desbordaba. Acabé por vivir para esos pequeños instantes de calor humano que daban sentido a mi cautiverio.

Henri no mencionó nunca lo que me había ocurrido, respetando mi silencio, aun cuando yo veía perfectamente que se moría de ganas de hacer castigar severamente al culpable a modo de ejemplo. Instauró simplemente unos pequeños cambios en nuestra comunidad. A instancias suyas, el consejo de los prisioneros decretó que las mujeres ya no podían pasearse solas por la isla y que la distribución del agua en el hospital de ahora en adelante sería efectuada por unos portadores designados a tal efecto. Marie, por el contrario, intentó hacerme hablar, ya que sabía que un sufrimiento compartido era solo medio sufrimiento. Al principio yo no había podido, a pesar de toda la confianza que tenía en ella. Sentía un extraño sentimiento de vergüenza, como si, en el fondo, yo hubiera provocado un poco el incidente. Es cierto que me lavaba regularmente y frotaba mi piel con unas briznas de romero, en lugar de esconder su blancura bajo la suciedad y el hedor. Con el calor de las tardes, a menudo me quitaba la chaqueta y me subía incluso las mangas, exponiendo mi piel rosada a la vista de todos. Vanidosamente, había adquirido la costumbre, todas las mañanas, de alisar mis largos cabellos negros, ondulados y rebeldes, con un peine de madera que un soldado agradecido me había fabricado. ¿Acaso mi coquetería me había hecho destacar? ¿Por qué no había sido más discreta y más modesta? Lo había provocado sin quererlo y había sido castigada por ello. Y además, no había pedido socorro cuando él me había atrapado. ¿Por qué no había gritado? Todas esas preguntas me habían carcomido durante noches enteras. Finalmente, una mañana estallé en sollozos en los brazos de Marie. Las palabras brotaron de mi boca sin que yo pudiera detenerlas. Ella no dijo nada. Se contentó con escucharme antes de apretarme contra ella como para acunar a uno de sus hijos. Solté hasta los más mínimos detalles, extirpando de mi ser todo ese veneno que me consumía. Después noté un vacío. No era una nada inquietante, sino una calma tranquilizadora. Me callé y expiré profundamente. Permanecí allí, con los ojos cerrados, en silencio, en los brazos de la joven madre que me transmitía su paz interior. Cuando al fin me retiré, Marie me sonrió.

—Todo irá bien ahora, ya lo verás. Todo irá bien.

En efecto, todo fue mucho mejor. Mi dulce amiga que me acompañaba a todas partes con sus dos bebés y tomaba más baños de lo que hubiera deseado para satisfacer uno de mis mayores placeres, mi nuevo compañero siempre con sus pequeños cuidados, los enfermos que me daban las gracias y me hacían sentir útil, Gilles que me distraía, e incluso Víctor, que había empezado a hablarme de la lluvia y el buen tiempo, todos me devolvían el gusto por la vida. La vida cotidiana, con su regularidad, me tranquilizaba. Me sentía bien. Un mes después de nuestra llegada, nuestra comunidad había encontrado su ritmo, cada uno en su lugar, cada uno con su actividad. Se habían establecido unas reglas, se habían respetado los grados. Esto hubiera podido seguir mucho tiempo así.

Sin embargo, una mañana, una misiva de Mallorca que llegó en el barco de abastecimiento

vino a trastocarlo todo. Los oficiales subalternos iban a ser enviados a Palma donde serían detenidos. Hubo división de reacciones, contrariamente a lo que hubiéramos podido pensar. Los más débiles, los pesimistas y los enfermos estuvieron encantados. En cambio, aquellos que tenían buena salud lamentaban perder su relativa libertad en la isla, para el reducido espacio de una pequeña celda y una ración más abundante. Los oficiales de carrera tampoco podían resignarse a abandonar a sus soldados. El deber prevalecía. Este fue el caso del jefe del consejo, ese pequeño aristócrata provinciano que, igual que un padre, velaba por sus hombres. Ese hombre afectuoso y compasivo se había ganado la admiración y el respeto de todos los suyos, y su actitud ante esa prueba no hizo más que reforzarlo. Víctor y Henri quedaron desconcertados por la noticia. Su mutismo nos preocupó. Marie pasó la tarde lanzando miradas suplicantes a su compañero. Sus sentimientos eran más profundos de lo que yo pensaba. Tampoco yo quería perder a Henri, aunque mi afecto por él solo era fraternal. Se había convertido en el protector junto al que me sentía segura y al que necesitaba. ¿Qué iba a ser de mí sin él? De todos modos no dejé traslucir nada. Por la noche, en la tienda, sin atreverme a decir palabra y esperando con impaciencia que él rompiera el silencio, me desvestí rápidamente, como siempre, intentando esconder el ligero temblor de mis dedos que denunciaban mi nerviosismo en aumento. Con el paso de los minutos, las ganas de echarme en sus brazos e implorarle que no me abandonara se hacían cada vez más difíciles de disimular. Evité su mirada y me tendí simplemente en mi rincón del jergón. Él también se sentía incómodo. Una ligera tensión se había instalado entre nosotros por primera vez. Sin ruido, ocupó su espacio a mi lado y cerró enseguida los ojos. Me quedé inmóvil un momento escuchando su respiración pesada y regular, y me volví ligeramente hacia él para observarle. Debió sentir el peso de mi mirada insistente, ya que se giró a su vez hacia mí, clavó su mirada en la mía y me tomó en sus brazos. Nunca habíamos tenido semejante contacto físico. Yo nunca lo había deseado y él nunca se había arriesgado. Ahora todo era diferente. Me estrechó más fuerte contra él. Su corazón se aceleró, y el mío también.

—No voy a abandonaros. No puedo abandonarte, Héloïse.

Se me escaparon unas lágrimas. Con la emoción, dejé que me besara, que me envolviera todavía con su calor hasta que este me invadiera. Después me dormí tranquila a su lado y caí en un profundo sueño, sin pesadillas.

Una línea rojo sangre teñía el horizonte en un cielo todavía azul oscuro cuando un grito desgarrador nos despertó. Ese aullido agudo y penetrante en el silencio de la noche no parecía tener nada de humano.

V

De repente, el grito se detuvo. Luego siguieron unos sonidos más sordos, más guturales. Adiviné los sollozos desesperados de una mujer.

—¡Oh, no! ¡Es Marie! —grité saliendo precipitadamente al exterior, vestida solo con la camisa.

Ahora ya solo se oía el llanto ahogado de la joven madre. Eché a correr los escasos metros que me separaban de su tienda. Ella estaba allí, de rodillas, en el suelo, encogida encima de uno de sus bebés, al cual apretaba casi ahogándole. Victor, con el rostro pálido y crispado, mecía en sus brazos al otro niño, que se había despertado. Los miré aturdida. El cirujano mantuvo la mirada fija en el suelo y no emitió ningún sonido. Mi amiga no se movía. Su espalda doblada temblaba ligeramente. Me acerqué a ella y lentamente me senté a su lado. Su cara resultaba desconocida. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, la piel, normalmente tan morena, igual de blanca que el mármol de una catedral, los generosos labios reducidos a una delgada línea lívida. Yo seguía sin comprender la razón de su desespero y se lo pregunté con los ojos. Me lanzó una mirada furtiva que se fijó de nuevo en el recién nacido. Con la débil luz de la madrugada, era difícil ver bien la pequeña cara pálida. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir profundamente. Había no obstante algo raro en la relajación de sus rasgos inmóviles. Tardé en comprender, o en querer comprender. Las aletas de su nariz estaban yertas al igual que su boca. Ningún soplo parecía levantar ese pequeño cuerpo fuertemente envuelto. Bajo el impacto, no sabía cómo reaccionar. Nunca había visto a Marie en ese estado de desolación, ella siempre tan serena y tan reconfortante, y eso me conmovió. Ahora me tocaba a mí consolarla. Tendí sencillamente el brazo hacia ella y puse delicadamente la mano sobre su hombro. Poco a poco sus músculos bajo mis dedos dejaron de estremecerse. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, sin movernos, en un silencio absoluto.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

La voz grave de Henri nos sobresaltó. Me di cuenta de que Victor ya no estaba. Había salido y nos había dejado solas. Ese hombre mutilado para las relaciones humanas se sentía desvalido ante la pena de aquella a la que tanto amaba, y había preferido retirarse. Mi compañero estaba allí, completamente vestido, en la entrada de la tienda. Avanzó hacia nosotras y de un solo vistazo captó la situación. Se agachó hacia mi amiga.

—¿Me permites, Marie? —le preguntó acercando delicadamente las manos hacia el niño.

Ella aflojó la presión de sus brazos. Él tomó entonces el frágil cuerpo contra su pecho y salió sin decir una palabra.

La joven cantinera eligió enterrar a Joseph bajo un árbol, al abrigo de las inclemencias del

tiempo. Los hombres de la 1.^a legión, a la que pertenecía Marie, se habían agrupado alrededor del pino. Una bonita cruz de fino boj coronaba un pequeño rectángulo de tierra recién removida. Detrás, la triste madre rezaba de rodillas con las manos unidas. De pie, a su derecha, con una mano en su hombro, Víctor permanecía recto y tieso como una estatua. Las cantineras, Henri y yo habíamos formado en torno a ellos un círculo que muy pronto se había agrandado. Tímidamente, los soldados, que conocían bien a la joven madre y a su difunto marido, se habían acercado para testimoniarse su apoyo. Todos continuaban en voz baja las plegarias entonadas y un murmullo sordo y acompasado se elevaba de nuestra extraña congregación. Muy pronto, las voces se hicieron más nítidas y acabaron subiendo al cielo como un grito de socorro. Juntos, invocábamos a Dios para que acogiera junto a él al pequeño ángel, que desgraciadamente no había podido ser bautizado por falta de capellán. Este había sido el mayor tormento de mi amiga. Temía que no fuera aceptado en el paraíso y errara para siempre en el limbo. Pero le suplicábamos sobre todo que nos diera su ayuda y su fuerza para combatir nuestro abatimiento y nuestra desesperación, para continuar creyendo y teniendo fe en un futuro mejor, para no darnos por vencidos y seguir luchando, a pesar de que nos pareciera más fácil abandonarlo todo. Esas plegarias en voz alta, con un tono cada vez más firme y en perfecta comunión, nos reconfortaban el corazón y le insuflaban un nuevo impulso. Las lágrimas se secaron, las mentes se aliviaron y las almas se vigorizaron. No estábamos solos. Estábamos juntos y Dios nos protegía.

El día había sido duro. Me acosté pronto, pero no pude dormirme. Henri se había ido a una reunión del consejo más de dos horas antes. Me sentía inquieta sin saber realmente por qué. La asamblea tenía que elegir a los nuevos representantes antes de que los suboficiales se marcharan al día siguiente. Los soldados estaban nerviosos y abatidos por el traslado de sus jefes. Se sentían abandonados como niños desatendidos por su padre. Esta noticia había representado un duro golpe para su moral y había que actuar pronto para mantener el orden y luchar contra el desánimo que diezmaba las tropas más que la enfermedad. Cerré los ojos y volví a ver el minúsculo cuerpo yerto en los brazos de Marie, el dolor agudo que mostraba su mirada, las afligidas cabezas inclinadas alrededor del pequeño montículo, la belleza de nuestras voces elevándose como una nube de humo hacia el cielo. Pensé después en todos los muertos que no habían recibido sepultura ni extremaunción. ¿Iban a alcanzar el paraíso? El subteniente De Moissac me había dicho que se habían producido sesenta y dos decesos desde nuestra llegada. Sesenta y dos almas errantes y un bebé en apenas un mes. Pero Dios no sería tan cruel. Conocía nuestra situación y los aceptaría en el jardín del Edén. Sumergida en mis pensamientos, no había oído llegar a mi compañero, hasta que noté el ligero crujido de la ropa tirada al suelo.

—¿Ha ido bien? —me atreví a preguntarle.

Normalmente no le hacía preguntas, dejando en sus manos la iniciativa de informarme o no. Pero después de nuestra intimidad de la noche anterior, me permití tomar la delantera.

—Sí. Se ha formado el consejo. Estamos yo, los otros cinco cirujanos y los cinco boticarios. De Moissac sigue a la cabeza.

—Está bien, entonces. ¿Estás contento?

—Bueno, todavía no está todo ganado. Hará falta que los hombres nos obedezcan. También hemos pensado que habría que pedir a los españoles un capellán. De Moissac ha escrito una carta que saldrá mañana con los oficiales. Una autoridad religiosa nos ayudará quizás a mantener el orden. ¿Has visto hoy cómo necesitan rezar los hombres?

—Sí, la fe ayudará a muchos —contesté.

Marie se refugió en sí misma en cuerpo y alma. Rezar le permitió no hundirse tras la pérdida de su bebé. Mañana, mediodía y noche, no dejaba nunca de recitar el ángelus, mirando al mar a falta de iglesia, y acompañada de una cantidad cada vez mayor de devotos. «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.» A menudo me arrodillaba a su lado, más para acompañarla que por verdadera devoción. Esperaba poco de Dios y de la Santa Virgen, pero más de los hombres y de su bondad. Más que ponernos en manos de Jesús, nos tocaba a nosotros actuar. Para mí, la única manera de sobrevivir era ayudarnos mutuamente. Una sonrisa, una palabra afectuosa, un gesto fraternal o una amistad podían salvar una vida. Y sin hablar del amor que podía incluso hacer feliz, un sentimiento que, en nuestras circunstancias, a muchos les parecía paradójico.

Henri era un buen ejemplo de ello. Desde la noche de nuestro abrazo amoroso, mostraba una sonrisa constante y una energía desbordante. Los primeros días los enfermos lo miraban perplejos, luego, cuando supieron la razón, empezaron a burlarse de él. Las risas relajaban el ambiente. Eran escasas y el cirujano se alegraba de haber podido provocarlas, aunque fuera a su costa. En cuanto a mí, después de la embriaguez de las primeras noches, la luz del día mostraba otro matiz. Un sentimiento amargo de culpabilidad me hacía sentir cada vez peor. Yo no quería a Henri. ¿Por qué me había dejado llevar por ese acercamiento? Él creía ahora lo que no era y yo no tenía el valor de contradecirle. Intentaba convencerme de que con el tiempo lo amaría de verdad y de que una fuerte amistad era más importante que una pasión amorosa. Pero sabía que era un engaño. De todas formas, ¿necesitaba algo más? Ya no era una muchacha ingenua en busca de su príncipe azul. Al mío se lo habían llevado demasiado pronto y nadie podría reemplazarlo. Escondí esa preocupación en lo más profundo de mí y me esforcé en olvidarla para aprovechar solamente el momento presente. Henri, que nunca se había enamorado antes, me colmaba de pequeñas atenciones: una flor hermosa, un cumplido, un trozo de pan o de tocino... Al ver que el mar me relajaba tanto, incluso había decidido enseñarme a nadar.

Durante mucho tiempo habíamos buscado una pequeña cala solitaria. Al no poder bañarme desnuda y como la larga camisa no me permitía la necesaria libertad de movimientos, me ponía el pantalón y la camisa de un soldado muerto, lavados concienzudamente. Mientras me preparaba, mi compañero hacía sus largos. Sus brazos musculosos hendían con violencia la superficie lisa y apacible del mar. Luchaba con él. Yo, por el contrario, entraba lentamente, casi sin hacer remolinos, para no alterarlo. Mis manos se deslizaban sobre la espuma como una caricia. El agua estaba fría. El sol, a medio camino en su ascensión, todavía no nos calentaba lo suficiente y sentí un brusco estremecimiento. Dudé si avanzar.

—¡Vamos, ven, friolera!

Me sobresalté. Henri estaba a mi lado sin que me hubiera dado cuenta. Me tomó de la mano y tiró de mí hacia las profundidades.

—Échate de espaldas. Sobre todo, no tengas miedo, yo te sostengo. ¡Ya está! ¡Así! Mira el cielo y relájate.

En los brazos de Henri, confiada, me abandoné. Lentamente, retiró las manos de mi espalda y floté sola durante un buen rato. No había nada más que el azul resplandeciente del cielo, el murmullo lánguido del mar y el olor puro del yodo. Mi cuerpo, en esa ingravidez, ya no sufría. No sentía ni fatiga ni hambre ni sed. Los retortijones de estómago que me atormentaban siempre al

despertar, causándome a veces un ligero malestar, se habían disipado del todo.

Así, día tras día, aprendía a domesticar la ola salvaje. Y, muy pronto, me lancé hacia el horizonte tan lejos como me lo permitía el aliento. Una mañana de mediados de junio, mientras hacía una pausa para recobrar la respiración en medio de la bahía, divisé a lo lejos una fragata. La misma embarcación de unos cincuenta metros que nos había traído a la isla, con sus tres mástiles bien visibles desde la distancia, cada uno con sus características cuatro velas hinchadas, y sus tres puentes, el último de los cuales amenazaba con sus cuarenta y cuatro cañones a todo aquel que se acercara. Primero pensé en un espejismo. Hacía más de diez días que los oficiales se habían embarcado en la nave de abastecimiento. ¿Acaso venían a buscarnos también a nosotros? Al imaginarlo mi corazón se aceleró. Con todas mis fuerzas nadé hasta la orilla. Henri se había vuelto a vestir y me esperaba pacientemente en la playa. Corrí jadeando hacia él.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto un tiburón? —bromeó.

Señalé con el dedo la entrada de la ensenada.

—¡Mira! Allá, a lo lejos, ¿ves? Es una fragata y creo que lleva una bandera francesa. ¡Vienen para llevarnos!

Mi compañero no parecía compartir mi entusiasmo y se limitó a decir con tono neutro:

—Voy a avisar al teniente De Moissac y a los demás. Pero te acompaño primero al campamento.

Me vestí rápidamente mientras le echaba miradas interrogadoras. ¿Por qué no estaba tan exaltado como yo? Al fin íbamos a salir de esa horrible tierra inhóspita. En el camino de regreso, mi cabeza estaba llena de todas las cosas que debía hacer antes de irnos: lo primero dar de comer a los enfermos. No podíamos saber cuándo iban a alimentarnos los españoles en ese barco. Y los más débiles necesitaban fuerzas para la travesía. Después habría que recoger las ollas, los vasos, los cuencos y las cucharas, las pocas mantas que teníamos y las camisas lavadas que utilizábamos para los apósitos. El tiempo apremiaba. Pero, organizando bien las cosas con Rose, Sophie, Christine y Louise, el reparto de la papilla de pan no sería muy largo.

A nuestra llegada al hospital, Henri, que había permanecido silencioso durante todo el trayecto, me dejó delante de la tienda de Marie y me encargó que le enviara a Victor. Luego se marchó a grandes zancadas hacia el campamento de la 4.^a legión donde se encontraba De Moissac. Marie se puso tan contenta como yo y no dejó de dar gracias a la Virgen por haber satisfecho sus anhelos. En un santiamén todas las cantineras fueron informadas y aplicaron mi plan de acción para alimentar lo más eficazmente posible a los ciento sesenta y dos enfermos. Tuvieron que conformarse con pan duro desmigado en agua fría, ya que no teníamos tiempo para hacerla hervir como de costumbre.

Apenas habíamos acabado de reunir todos los utensilios y de preparar a los pacientes para el traslado cuando Victor y unos cuantos hombres llegaron, con el rostro contrito, sosteniendo con sus brazos a una decena de soldados desconocidos y que apenas podían tenerse en pie. Dos cuerpos yacían inertes, doblados por la mitad, sobre los hombros del cirujano de la 1.^a legión y del boticario de la guardia de París. Victor avanzó hacia mí y Marie:

—Tenemos nuevos compañeros. Hay que buscarles sitio.

Un vértigo glacial hizo vacilar todo mi cuerpo. La fragata traía nuevos prisioneros. ¿Cómo había podido pensar que venían a buscarnos? Peor aún, había introducido esta idea en la cabeza de todos los enfermos e insuflado una esperanza imaginaria que no tendría otra consecuencia que abatirles aún más. Cerré los ojos unos segundos antes de recomponerme. Esa noche, como la

mayoría de las noches, dos lechos habían sido liberados por sus ocupantes, que habían pasado al valle de los muertos. Con una mano temblorosa se los indiqué a los dos hombres agotados por la carga. Las otras cantineras se encargaron de instalar provisionalmente al resto de los recién llegados en el suelo mismo. Por suerte, quedaba todavía un poco de agua en uno de los dos barriles de Robinson. Llené un vaso y me acerqué al primer lecho. El soldado estaba de espaldas, inanimado. Tenía el cuerpo macizo y una estatura impresionante. Sus botas negras, que ya no lucían, sobrepasaban el lecho improvisado de hierbas secas. Su gran pantalón azul real estaba en bastante buen estado. La chaqueta haciendo juego con la parte inferior del traje, pero con el puño escarlata, indicaba unos hombros muy anchos. La hombrera dorada era la de oficial de la marina de la guardia imperial. Los largos cabellos lisos, excesivamente rubios, aclarados por demasiadas horas de sol, le daban un aspecto juvenil. Me incliné hacia él y, con la mano izquierda, intenté girarlo suavemente hacia mí para levantarle la cabeza. La belleza masculina de su rostro me fulminó: el cuello musculoso, la mandíbula cuadrada, los labios delgados y apretados, la nariz aguileña, las cejas espesas y una frente amplia y alta de hombre decidido. Permanecí allí petrificada, admirándole un instante. Su boca se entreabrió, mi corazón se aceleró y mi mano se aflojó. Tardé en recomponerme de la emoción. Él estaba ardiendo. Seguramente la fiebre lo había hecho desfallecer. Conseguí enderezarle y vertí delicadamente un poco de agua en sus labios. Las gotas se derramaban en la comisura y quedaban algún tiempo atrapadas en su fina barba para acabar en el nacimiento del lóbulo de la oreja. Sin pensarlo, dejé la taza y sequé con mi índice las gotitas en su cuello. Su piel era suave como la de un niño. Al tocarle, sus párpados se abrieron y sus ojos de un gris acero penetraron en lo más profundo de mí. Había alguna cosa increíblemente familiar en su mirada, como si ya le conociera. Permanecimos así mucho tiempo, inmóviles.

VI

Una pulsión incontrolable me arrastraba hacia el lecho del teniente. Intentaba disimular, procurando que Henri no se diera cuenta, pero no podía resistirme. Después de nuestra primera mirada, había cerrado los ojos para no volver a abrirlos. De vez en cuando deliraba mientras dormía, luego callaba de nuevo. La fiebre había subido y no bajaba. Su hermoso rostro estaba cubierto de pequeñas pústulas rojas que lo deformaban.

—Se trata de nuevo del tifus —había observado Víctor, quien se había interesado también por uno de sus compañeros de unidad y había ordenado alejarlo de los otros enfermos—. ¡No te acerques demasiado a él! Ya sabes que es contagioso.

Una quemazón intensa y aguda en el pecho no me abandonaba y yo misma me sorprendí suplicando interiormente a la Virgen, como había hecho cuando Armand había caído enfermo. ¿Por qué sentía tanta emoción por un desconocido? Aquello no tenía sentido. Cada mañana tan pronto llegaba y cada tarde tan pronto me iba, comprobaba su estado, esperando siempre una mejoría. Al verle, un calor intenso hacía enrojecer mis pómulos, y Marie, que había reconocido los síntomas, me miraba con preocupación. Hacía dos semanas que el cuerpo del teniente luchaba ferozmente para mantenerse vivo. Quince largos días durante los cuales yo solo aspiraba a un imposible, cuidarle para poder sumergirme en sus grandes ojos de acero.

La llegada de este nuevo contingente había llevado al consejo a tomar conciencia de una dura realidad. De ahora en adelante, la isla iba a convertirse en el centro de internamiento de todos los soldados del ejército napoleónico que habían caído prisioneros en España. Más que un centro de tránsito, tal como habíamos creído hasta entonces, era un destino final. La estancia iba a ser mucho más larga de lo que habíamos imaginado y teníamos que prepararnos. Los suboficiales animaron entonces a sus soldados a construir unos refugios más grandes, más duraderos y confortables. Los amigos se juntaron en pequeños grupos de cuatro o seis y se pusieron manos a la obra. Aquellos que en Francia habían sido carpinteros o albañiles daban consejos a los demás. Las frágiles chozas de ramas y hojas se transformaron poco a poco en sólidas cabañas de piedras que unían con tierra arcillosa diluida en agua salobre. Los techos hechos de troncos y de ramas de pino que extraían del bosque, en el nordeste de la isla, fueron cubiertos de hierbas y de tierra arenosa para impermeabilizarlos. La mayor parte tenían un agujero en el centro que servía de chimenea y una puerta de paja trenzada como única abertura. Teniendo como únicos instrumentos un curioso clavo de barco, unas estacas y hachas de madera y unas cuerdas de cáñamo que trenzaban los propios soldados, el trabajo era largo y doloroso. Las manos y las piernas despellejadas sangraban, les espaldas se encorvaban, los músculos se agarrotaban. En ocasiones, el cuerpo subalimentado cedía y más de uno se dejaba caer al suelo, agotado. Los adinerados, si disponían todavía de

algunas monedas, tenían la suerte de poder alquilar, por cuatro perras al día, un cerco de barril de hierro que servía de sierra y una vieja hacha sin filo, tesoros muy bien guardados por un marino de la guardia y un cabo de infantería. Poco a poco, se formó una verdadera pequeña ciudad, con sus calles y sus barrios, sobre las tres colinas que rodeaban lo que llamábamos el puerto. Frente a la ensenada, en el valle central, justo después de la plaza del Palais-Royal que bordeaba el mar, estaba la colina de los dragones, que albergaba la 1.^a legión, nuestro hospital, y después, más lejos, el 1.^{er} regimiento de los dragones y el cementerio. Al este, en las laderas de otro cerro, se encontraba la colina del 14.^o, donde se habían instalado la 4.^a y la 5.^a legión. Todavía más al este de la rada, al pie del castillo, cerca del pañol, los marinos de la guardia se habían apoderado de la franja de tierra que recorría la parte norte del puerto. Al oeste, cerca de la playa principal, habían formado su campamento los gendarmes. Aún más al oeste, en la cima del tercer promontorio, el 121.^o regimiento había construido su colonia.

Justo había terminado de cambiar los apósitos de uno de los nuevos heridos cuando Gilles apareció a mi lado, muy exaltado.

—Tienes que venir a verlo. Acabamos de terminarla ahora mismo. ¡No vas a creer lo que verán tus ojos!

Las pupilas del cabo furriel brillaban de exaltación y de orgullo, y su cara, normalmente tan seria, se había iluminado.

—¡Vamos, ven deprisa!

De una forma natural me cogió de la mano, olvidándose de las conveniencias de mi nuevo estatus de mujer de suboficial, y tiró de mí a toda velocidad por una ligera pendiente que nos separaba del Palais-Royal. No se detuvo hasta que llegó ante una inmensa construcción de piedra.

—Hemos terminado nuestra vivienda. ¿Qué te parece?

No había en toda la isla una casa tan imponente y tan sólida. Enteramente construida con piedras de gran tamaño, las mayores de casi un metro de largo por cincuenta centímetros de grosor, con un robusto techo hecho de placas de piedras planas montadas como una techumbre de pizarra, podía albergar cómodamente a seis personas y protegerlas de cualquier inclemencia. Ante mi estupefacción, mi joven amigo me explicó con entusiasmo todas las etapas de la construcción. Sus cinco colegas de la 4.^a legión y él mismo, todos ellos suboficiales, habían decidido aproximarse al lugar en que se hacía el reparto y a la plaza del mercado. Rebuscando no muy lejos de allí, habían tenido la suerte de descubrir los restos de un edificio antiguo cuyas piedras ya talladas les habían sido de suma utilidad. Habían tardado varios días en recogerlas y en construir los muros y dos más para acarrear el armazón desde el bosque del norte de la isla, a través de los roquedales y los caminos escarpados. Por desgracia, esto le había costado la vida a uno de sus amigos sargentos. Pero habían mantenido esa muerte en secreto para repartirse su ración, que el esfuerzo físico hacía indispensable. Un sargento mayor que compartía su vivienda, reparador de techos de pizarra en la vida civil, había encontrado cerca del mar unas losas de piedra que consiguió extraer con un clavo de barco y que sus compañeros trajeron hasta el campamento. Me costaba imaginar a mi joven estudiante tan pálido y flacucho levantando piedras de semejante peso. Pero no hice ningún comentario.

Apartó la estera de la puerta y me invitó a pasar. Dudé por un instante. ¿Y si alguien me veía entrar en la morada de otro hombre, qué pensaría? Miré furtivamente a mi alrededor. Nadie. Me deslicé al interior y no podía creer lo que vi. Era un verdadero hogar completamente equipado, con una mesa cuya tabla estaba hecha con ramitas de acebuche trenzadas, dos taburetes y seis

grandes camas con el jergón relleno de hojas secas, de un metro ochenta por ochenta centímetros, alzadas a medio metro del suelo. Gilles me sonrió, lleno de orgullo, me propuso sentarme a la mesa y me sirvió unos tragos de agua en un vasito abollado de hojalata, bastante limpio. Por unos instantes, la comodidad de esa guarida me proyectó a otro espacio y a otro tiempo: a mi querida patria, lejos de esta maldita isla. Mi compañero inició la conversación como si fuera una amiga a la que no hubiera visto desde hacía tiempo.

—¿Te acuerdas de Albertin? Ya sabes, aquel que cojea.

Asentí con la cabeza.

—Me presentó a un suboficial de la 5.^a legión que quiere que le enseñe a leer, a escribir y a calcular. Va a pagarme cinco francos al mes por dos clases al día. Increíble, ¿no? Por fin voy a poder comprarme un pantalón, unos zapatos y un traje adecuado.

Me habían contado que el joven cabo había estado muy enfermo en los pontones y que una noche, en pleno delirio, había tirado por la borda la camisa, el pantalón, la chaqueta y los zapatos sucios. Había acabado desnudo, quedándose solamente con un traje de fino paño que tenía en su saco y un capote que le habían prestado. Había cada día tal cantidad de muertos que no resultaba difícil encontrar prendas de hombre. Aunque hacía falta tener algo para hacer el cambio. Mi situación era peor, había solo veintiuna mujeres en la isla, todas ellas en buenas condiciones físicas, por lo que resultaba imposible conseguir una falda o una blusa de algodón y todavía menos un pañuelo. Si no quería acabar como Denise, obligada a llevar un pantalón masculino de tela rasposa, debía tener mucho cuidado con mi vestuario.

—¡Tienes suerte y él tiene suerte también! ¡Cómo me gustaría saber leer y escribir como tú! — exclamé.

—Si quieres, una o dos tardes por semana, vengo a buscarte al hospital y te enseño el alfabeto. Ya verás, no es difícil.

Sonreí.

—Gracias. Me gustaría mucho. Y a cambio, si encuentras hilo y una aguja, te vuelvo a coser el pantalón y la chaqueta, ajustándolos a tu medida.

Estaba muy entusiasmada con la idea de aprender a leer. Le conté que, de pequeña, había pasado horas hojeando la Biblia de mi abuela sin llegar nunca a descifrarla. La baronesa le había regalado ese ejemplar el día de su boda. Mi abuela tampoco sabía leer, pero había aceptado el obsequio con entusiasmo y lo guardaba cuidadosamente debajo de la cama como su bien máspreciado. A menudo había abierto el libro por la primera página fingiendo comprender las letras que bailaban ante mis ojos. Me imaginaba entonces la historia que describían, la de la génesis del mundo, la creación del hombre y de la mujer, luego el pecado de Eva, los dos hermanos Caín y Abel... Todos esos relatos que mi abuela nos narraba las noches de invierno cerca del fuego. Era mi momento preferido del día. Gilles me miraba con ternura. Seguí hablándole de mi abuela, y también de mi madre y de mi hermana. Éramos una familia de mujeres que sobrevivían duramente sin hombres. El flujo de palabras no paraba. Hacía tiempo que no había hablado así de los míos. De hecho, desde que entramos en España, nunca los había evocado. El calor de esta habitación los había liberado de los confines de mi memoria, donde los había encerrado. No acababa nunca de alabar los méritos de mi abuela, que, a pesar de su avanzada edad, seguía cocinando para la baronesa y nos traía a menudo los restos de manjares que de otro modo nunca habríamos probado, ni de reconocer el valor de mi madre, cuyas manos rugosas y agrietadas mostraban la dureza del trabajo de lavandera al que había quedado esclavizada tras morir mi padre, o la suerte de mi

hermana al casarse con un panadero con un negocio floreciente.

Al cabo de una hora, un compañero de Gilles empujó la puerta y la magia del momento se disipó. Se había hecho tarde. Me levanté de golpe, murmurando un rápido buenas noches, y me escabullí como un relámpago, dejando a mi amigo completamente atónito.

El sol empezaba su descenso sobre el mar. El cielo inacabable enrojecía poco a poco hasta hacerse incandescente. El mar, espejo helado e insensible, reflejaba sin absorberlo el calor de la bóveda celeste. Aquel que nos hacía sufrir tanto iba a darnos por fin unas horas de tregua. Efluvios de romero emanaban de un suelo todavía caliente. Respiré a pleno pulmón cerrando los ojos. El espectáculo del horizonte en llamas dio pronto lugar a la profunda mirada del joven marino de la guardia. Me estremecí. Esta imagen quedó allí, largo tiempo paralizada, sin que pudiera deshacerme de ella. Instintivamente, reanudé la marcha hacia el campamento del hospital. Cuando llegué, su cuerpo seguía inanimado, postrado encima del lecho de hierbas secas, como una muñeca de trapo olvidada en el suelo. Su cara todavía más pálida resplandecía en la naciente oscuridad. Me acerqué más de lo debido y me senté junto a él para darle de beber. Ya no deliraba, ni temblaba, ni vomitaba. Su cuerpo se había rendido, pero su espíritu seguía luchando. Conseguí verter despacio media taza de agua en su boca, levantando ligeramente su barbilla para que el líquido se deslizara de forma natural por su garganta. Sabía que, sin agua, moriría. Los enfermos de tifus estaban condenados. Les condenábamos al abandonarles en un rincón cuando la fiebre ya no les permitía beber o alimentarse por sí solos. Esta maldita enfermedad se había llevado a mi Armand. No iba a dejar que se llevara a este hombre.

Henri se sorprendió al verme llegar tan tarde.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

Sin darse cuenta, se estaba volviendo más posesivo y controlaba cada vez más mis idas y venidas.

—Gilles ha querido mostrarme la vivienda que acaban de construir. Está tan orgulloso. Es una verdadera casa de piedra, muy sólida. Tienen incluso una mesa y taburetes. Es increíble el trabajo que han hecho —contesté con un tono entusiasta, sin prestar atención a su ligera contrariedad.

—Un cura español ha venido a visitarnos. Y tú no estabas. Por suerte nos ha acompañado Marie.

Henri, normalmente tan amable, había adoptado un tono de reproche bastante seco. Algo debía molestarle.

—Perdona, pero no podía saberlo —me defendí—. ¿Y ha ido bien?

—Sí, bueno, no sé si este hombre nos será de gran ayuda. No me inspira confianza. Ha mirado a los enfermos sin demasiada compasión tratándose de un ministro de Dios. No se ha entretenido mucho ni se ha acercado siquiera a los que más sufren para rezarles una pequeña oración. En fin, espero equivocarme. Apenas acaba de llegar. Supongo que los visitará mañana con mejor disposición.

—¿Es el cura que habíais solicitado? Marie debe de estar muy contenta —observé.

—Más bien no. La ha mirado mal. No esperaba ver mujeres y niños en esta isla. Su primera reacción ha sido decir que no podían estar en semejantes condiciones y que se encargaría de su repatriación a Palma.

—¿Qué quieres decir? ¿Enviar a las mujeres a Palma? ¡De ningún modo! ¡Yo no me muevo de

aquí! —le grité casi.

Yo misma me sorprendí por la fuerza de mi respuesta, que había brotado espontáneamente. El cirujano me contempló con ternura, tomando mi violenta reacción por una señal de amor hacia él. Me tomó en sus brazos.

—No te preocupes. Nadie te alejará de mí. No voy a permitirlo.

Estaba nerviosa e incómoda. Mi silencio era una mentira. Pero ¿cómo hubiera podido decirle la verdad? ¿Que suspiraba por un desconocido que me había hechizado, que quizás estaba casado o que no querría saber nada de mí cuando me conociera? Henri me había salvado y me había protegido, le debía agradecimiento eterno. No tenía derecho a hacerle daño. Mi compañero estrechó su abrazo y empezó a besarme. Mi cuerpo se tensó, pero, llevado por su fogosidad, él no se dio cuenta. Rápidamente, me desnudó. Y rápidamente, llevado por el éxtasis, se abrió paso dentro de mí. Volví la cabeza, apreté los labios, y lo padecí silenciosamente. Toda la noche me estuvo abrazando fuertemente contra él, como si la amenaza del capellán pudiera hacerme desaparecer en cualquier momento si me soltaba. En cuanto cerraba los ojos, no podía evitar ver de nuevo al joven teniente inerte. Pasaban las horas y la imagen seguía allí. El sueño no me venció hasta el amanecer, una vez secas mis lágrimas.

El sol estaba alto cuando me desperté. Henri se había ido a trabajar y me había dejado dormir. Me sentía agotada, con el cuerpo dolorido, el brazo derecho entumecido, y corroída por un terrible sentimiento de culpa. Henri me amaba tanto, era tan bueno, y yo le mentía. Aparté rápidamente esa idea, me tumbé al sol y esboqué una sonrisa cuando la brisa marina acarició mi rostro. Era uno de esos días ventosos en los que el aire nos refrescaba. Los últimos meses había aprendido a empezar el día con un pensamiento positivo: estaba viva y sana, había conseguido incluso deshacerme de esos horribles piojos que me atormentaban hasta en mis partes más íntimas, gracias a un pequeño frasco de vinagre que Henri había podido procurarse. Saborear los placeres que me ofrecía la naturaleza, aquí estaba mi secreto: la voz del viento al soplar, la melodía rítmica de las olas, la llamada de un pájaro perdido o el suave canto de las cigarras, pero también el perfume de la arena caliente, el olor alcanforado del romero, el aroma fresco del pino marítimo con el calor del verano o la caricia de la brisa en mi piel, siempre acompañada por los efluvios del aire marino que nos perseguía por la isla entera. La única manera de sobrevivir era olvidar el pasado, no pensar en el futuro y concentrarse en esos regalos que nos procuraba el momento presente. Caminé revigorizada hacia el hospital, dispuesta a cumplir con mis tareas diarias, dirigiéndome directamente hacia la última tienda, la más alejada y la más próxima al valle de los muertos, aquella que reservábamos para los casos desesperados. A la entrada de la tienda, justo a la izquierda, el lugar estaba vacío. Habían retirado el jergón y se habían llevado al enfermo. Mi corazón dejó de latir, mi vista se nubló y bruscamente caí desmayada sobre el duro suelo.

VII

Poco a poco volví en mí. Unos enfermos gritaban mi nombre, de repente más inquietos por mi estado que por el suyo. Marie, alertada por los gritos, vino corriendo. Al verme en el suelo, se asustó. Aunque los desmayos habían sido frecuentes al principio de nuestra detención, siendo difícil para el cuerpo habituarse a la falta de alimento y de agua, ahora no presagiaban nada bueno y significaban a menudo el inicio de un estado enfermizo. Fue a buscar rápidamente un poco de agua. Muy despacio, conseguí sentarme, pero mi cabeza continuaba dando vueltas. Un ligero hilillo de sangre me resbalaba por la sien. Al caerme me había dado un golpe en la frente con una piedra.

—No es nada. Estoy bien —me esforcé en decirle a un público estupefacto, con una sonrisa forzada para tranquilizarle.

Para los hombres, nosotras, las cantineras, éramos una raza aparte, como unas diosas madre inmortales que estaban allí para reconfortarles, cuidarles y mimarles. No concebían que también pudiéramos flaquear. Gilles me había dicho un día:

—Vosotras, las mujeres, sois más fuertes que nosotros, más valientes, menos frágiles. Tenéis una energía fuera de lo común y una moral a toda prueba. La verdad es que os admiro.

Lo que él no sabía es que nosotras también llorábamos, pero a solas y en silencio, y que si nos poníamos una máscara de alegría cuando estábamos en compañía era también para darnos ánimos a nosotras mismas. Unos tragos de agua acabaron de reanimarme y me levanté finalmente sin dificultad. Mi amiga se mostró aliviada. Me contó que el sacerdote español iba a venir a vernos por la mañana y que todo debía estar perfecto. No parecía angustiada por la amenaza de la víspera y esperaba con impaciencia, por el contrario, la llegada del santo hombre. Volví a mis ocupaciones con el corazón afligido, sin atreverme a preguntar nada por miedo a estallar en sollozos.

El día estaba ya muy avanzado cuando el capellán mallorquín llegó sin aliento, sudando con su larga sotana negra y con los zapatos de charol cubiertos de polvo. Ese hombre de unos cuarenta años y con un manifiesto sobrepeso había tenido que bajar del castillo, en el que le habían instalado, y subir de nuevo hasta el pequeño valle del hospital bajo un sol tórrido. Unas gotas cubrían su frente grasa y arrugada, bajo un extraño sombrero de amplias alas curvadas. Su rostro redondo le daba un aire bonachón. Su paso era seguro, aunque pesado, pero sus pequeños ojos hundidos reflejaban cierta desconfianza respecto a nosotros. Intentaba determinar en nuestra mirada si la acogida que le concedíamos era realmente sincera. Henri me presentó con deferencia como su compañera. Casi ni me saludó, como si mi presencia le molestara, y manifestó inmediatamente en un buen francés su deseo de visitar a los moribundos. Marie y yo lo

acompañamos en silencio hasta las tiendas más alejadas. Ese cura de campaña no había hecho la guerra. La isla de Mallorca había quedado preservada de los horrores perpetrados en la península. Estaba lejos de imaginar la atrocidad de nuestra realidad cotidiana. Cuando entró en la primera tienda no pudo evitar llevarse la mano a la nariz por lo fuertes que eran las emanaciones fétidas de los cuerpos putrefactos, mezcladas con el olor agrio de las defecaciones. Nosotras estábamos tan acostumbradas que ya no notábamos nada. Permaneció un momento paralizado, conmocionado por el espectáculo que tenía ante sí: carnes en un estado de descomposición tan avanzado que caían a tiras, dedos de pie y de mano a veces pegados de cualquier manera, cuerpos medio humanos, sin brazos o sin piernas, rostros tan desfigurados como aquellos de los cadáveres de hacía semanas, bocas que vomitaban un líquido negro pestilente, huesos prominentes protegidos de la mirada solo por el fino tejido de la piel. Unos esqueletos, sí, unos esqueletos martirizados pero vivos. La piedad sustituyó al miedo en su mirada. Se armó de valor y, con paso decidido, se acercó al primer enfermo, luego se arrodilló y sacó de una bolsa de terciopelo verde dos cajas de plata, conteniendo una el viático y la otra el aceite consagrado. Su voz era grave y bien timbrada y el tono intentaba ser afable. Marie absorbía sus palabras como si se dirigieran a ella y a su difunto bebé. Henri se había equivocado, ese cura no resultaría inútil. La víspera tan solo se había mostrado un poco asustado. ¿Quién no lo estaría, abandonado en medio de más de cinco mil hombres, todos ellos enemigos de su propia nación? Había necesitado mucha fe y temeridad para llevar a cabo su misión. Lo comprendía y lo admiraba por ello.

Pasaron las horas y el padre Damián —así se había presentado— pidió hablar con todos los cirujanos. Quería una lista exacta de todos los medicamentos, instrumentos y accesorios que les faltaban. También les hizo observar que la mayoría de los enfermos estaban deshidratados y que quizás sería necesario designar algunos soldados sanos para cuidarles, ya que iba a hacer todo lo posible para que las mujeres y los niños, así como los enfermos graves, fueran repatriados a Palma, donde serían mejor atendidos.

—¡No podemos dejar a los niños ni a las mujeres en semejantes condiciones! —repitió.

Victor le explicó que el agua escaseaba, que la pequeña fuente de agua dulce proporcionaba cada vez menos cantidad. Iba a empeorar en pleno verano. Quedaba todavía una buena parte de julio y todo el mes de agosto, podía ser que acabara secándose por completo. El capellán le escuchó atentamente.

—Mañana iré a ver esa fuente y acabaré de visitar todo el campamento. Volveremos a hablar de ello.

Su actitud nos devolvió la esperanza, pero despertó en Marie y en mí una nueva inquietud. La reacción de Victor fue muy diferente de la de Henri. Su amor era tal que consideraba que el traslado hacia Palma era la mejor solución para la joven madre.

—Ese cura tiene razón. Es mejor para ti y el bebé. No puedes continuar dando de mamar comiendo tan poco. Y si acabas por no tener más leche, ¿qué harás?

De todas nosotras, Marie era la que más había adelgazado. Su rostro, redondo y rollizo en otro tiempo, no era más que un triángulo anguloso dividido perpendicularmente por la arista protuberante de su larga nariz y marcado horizontalmente por los huesos de los pómulos, que sobresalían alrededor de unos grandes ojos marrones cada vez más hundidos. Ella no compartía la opinión de su compañero. Aquí sabía lo que le esperaba, era libre y estaba entre quienes la querían. Mientras tuviera buena salud y el pequeño creciera, se quedaría. Y además, todavía tenía fuerzas para recorrer cada mañana los dos kilómetros que la separaban de los oficios al aire libre

que celebraba el cura. Escondida detrás de la asamblea, con el pequeño dormido en sus brazos, sus oraciones le daban la energía para continuar. Desde el amanecer, el asistente del padre Damián, un bienaventurado prisionero que el capellán había elegido entre nosotros, bien vestido, alojado y alimentado, con la sonrisa en los labios, recorría el campamento con una campanilla en la mano para reunir a los parroquianos. Habían levantado un altar de ramas en la colina frente al castillo. Allí, en semicírculo, unos cuantos miles de hombres demacrados y cubiertos de harapos invocaban la ayuda del Supremo benefactor y rezaban esperanzadamente por su suerte. Los miembros del consejo también participaban, intentando preservar las buenas disposiciones del pastor, a pesar de que esos hijos de revolucionarios no siempre habían crecido en la mayor de las piedades. Los suboficiales habían entendido la importancia de obtener sus favores e invitaban insistentemente a sus hombres a acudir a misa. Sin embargo, poco a poco, el atractivo de la novedad se atenuó y, salvo el domingo, ya no había más que unos pocos centenares de practicantes. El confesionario instalado en una sala del castillo estaba cada vez más abandonado. El capellán se disgustó y recordó a nuestros representantes la importancia de cumplir con los deberes de su religión. Exigió también que todas las mujeres de la isla se presentasen ante él, con el fin de examinar sus respectivos documentos y poder distinguir las que estaban casadas de las viudas o las solteras, a las que pretendía hacer embarcar para Mallorca. Las dos instancias fueron ignoradas. Hacía mucho tiempo que habíamos perdido nuestros papeles y eran pocas entre nosotras las que vivían con su esposo legítimo. Solo Christine, esposa de un sargento granadero de la 1.^a legión, y Marie la Jacquette, esposa de un sargento mayor de la 4.^a legión, habían tenido la suerte de poder conservar vivo a su marido. Todas las demás habían hecho como Marie y como yo, habían encontrado otros brazos para protegerlas. Algunas los cambiaban a veces, no siempre por su propia voluntad. La miseria empujaba a los hombres a comercios infames y algunas habían sido vendidas al mejor postor. Un subteniente de la nueva remesa, poseedor todavía de monedas de oro, había cambiado un napoleón por una bella rubia, colmando así de alegría a su viejo marido. Los compañeros de las cantineras que vendían vino en la plaza del Palais-Royal ofrecían a veces los favores de su dama por una noche o por una hora. Transcurrido el tiempo y agotado el dinero, los precios habían bajado considerablemente y unas cuantas perras bastaban para permitirse el favor de las infortunadas. Yo conocía a todas esas desgraciadas y había pedido a Henri que viera si podía hacer algo comentándolo con el consejo de los prisioneros. Pero nuestros jefes no quisieron entrometerse en unas cuestiones que consideraban personales ni privar a sus hombres de uno de los únicos placeres que les quedaban. El día que Anne se lanzó al mar para poner fin a sus tormentos, la salvaron de ahogarse con grandes dificultades, pero no del lucrativo comercio que la había conducido a ese acto desesperado. Aunque los hombres habían salvado su alma ante Dios, no liberarían su cuerpo, que tenía todavía una gran utilidad. Yo entendía el empeño de nuestro capellán en querer poner término a ese escándalo y en librar a esas pobres hijas de la esclavitud a la que habían sido sometidas. El problema era que yo también corría el riesgo de ser expulsada. ¿Y quién nos aseguraba que, en manos de nuestros enemigos, seríamos mejor tratadas?

El mes de julio de 1809 había transcurrido rápidamente. Las temperaturas subían, el agua escaseaba y las muertes se sucedían. Bajo el efecto del calor, las tropas se abandonaban a una letargia fatal. Varios soldados se habían refugiado en unas cuevas que se encontraban al borde de los acantilados, lejos de nuestros campamentos y del puerto. Yacían allí, en el suelo, en la penumbra y la humedad que parecían aliviarles un poco. Únicamente los marinos de la guardia

mantenían rigurosamente el ejercicio diario. Henri insistía en que yo siguiera nadando todas las mañanas. Pero mis fuerzas se agotaban y cada vez tenía más vértigos. En cuanto sentía unos hormigueos que me invadían manos y pies, las piernas que empezaban a debilitarse y la cabeza que me retumbaba, lo dejaba todo y me sentaba esperando que cesara el malestar. Todos estábamos deshidratados. Una solución fácil para no dejar que se nos secara el paladar era chupar un pequeño guijarro durante todo el día, lo que nos hacía salivar. Pero era solo un engaño. Incluso los enfermos, cuya ración era mayor, padecían sed.

Al final de una mañana, tras el reparto del guiso de habas, me senté con Marie a la sombra de una higuera para descansar. Allí la joven madre hacía cada día una pequeña siesta con su bebé.

—¿Te acuerdas de ese joven teniente de los marinos de la guardia del último convoy, ese que estaba tan enfermo y al que cuidaste? —me preguntó.

La miré con aire interrogativo.

—¡Sí que lo sabes! ¡Aquel a la cabecera del cual estabas todos los días! —continuó con un tono amablemente burlón.

—¿El que murió de tifus? —dije con una vocecita.

—¡Muerto, pero qué dices! Está completamente curado. Increíble, ¿no? Creo que es el primero que veo sobrevivir en un estadio tan avanzado. Lo vi ayer. Vino a traer una botella de vino a Victor para darle las gracias.

—¡Está vivo! ¡Vivo! ¿Dónde está? —casi grité.

—Por lo que entendí, vive en una bonita casa de piedra con los demás suboficiales de su regimiento, al pie del castillo. Te gusta, ¿eh? La verdad es que es muy guapo. ¡Y más ahora que se ha despertado! —continuó burlándose.

—Pero, habían quemado su jergón... le creía muerto —murmuré, todavía muy conmovido.

—¡Ah! ¡Por eso te desmayaste! Ahora lo entiendo mejor. Por la noche volvió en sí. Al amanecer, Victor lo encontró levantado y a punto de salir de la tienda. Estaba tan bien que lo condujo a la playa para que se lavara y le pidió a Rose que limpiara su ropa. Pero, una vez vestido de nuevo, no quería volver al hospital e insistía para que le llevaran con los suyos. Todavía estaba débil, pero Victor no se atrevió a contradecirle.

—¡Y ni tú ni Rose me habéis dicho nada durante todo este tiempo! —repliqué con agresividad.

—¡Eh! ¡Tranquila! Yo no supe nada hasta ayer. Y Rose, ¿cómo podía saber que te interesaba? Además, un consejo, querida, nadie debe saberlo. No olvides que ahora estás con Henri. Yo de ti me olvidaría de él cuanto antes. No debería haberte dicho nada.

Mi amiga tenía razón, pero una irrefrenable efervescencia se había apoderado de mi cuerpo, y recuperé una energía que creía perdida. Sonreía sin poder controlarme.

—Por favor, ¡no hagas tonterías! —se inquietó Marie.

—No te preocupes —la tranquilicé—. Sé lo que hago. Venga, te dejo dormir un poco.

Iba a marcharme cuando un ayudante de artillería, sin aliento, se presentó ante nosotras.

—Tengo que hablar enseguida con Henri —dijo secamente—. Acaba de llegar una barca llena de barriles de agua. Hay que organizar la descarga.

Corrí a buscar a mi compañero y lo seguí hasta el puerto, acompañada de Robinson. La playa era una completa locura. Los hombres, que se mantenían a una distancia razonable, no creían lo que veían. ¡Agua! ¡Agua! ¡Por fin agua! La arena ya no quemaba bajo los pies, la piel ya no picaba bajo los rayos ardientes, el sol ya no cegaba. La promesa de saciar la sed ahogaba todos los

sufrimientos. La espera se hacía larga para los que miraban. Los furrieles de los diversos regimientos ya estaban allí, preparados para organizar el reparto. Pero primero debían satisfacerse las necesidades del hospital. Las cuarenta barricas habían sido depositadas en la orilla, así como cuerdas, cubos, picos y palas para perforar otro pozo.

El padre Damián no tardó en llegar, con una gran sonrisa en los labios. La junta de Palma, finalmente, había dado respuesta a su petición. Separamos rápidamente los cuatro barriles destinados a los enfermos y empezamos a cargar dos en el lomo de Robinson. La cuenta se hizo rápidamente: treinta y seis barricas para cinco mil doscientos soldados, o sea, una barrica para ciento cuarenta y cinco personas, más o menos un litro de agua para cada uno de nosotros. Henri habló un momento con el sargento y yo aproveché para escudriñar discretamente a la multitud de la playa en busca del teniente. Poco a poco se formó una larga cola, cada vez mayor y más extendida. Entrecerré los ojos para concentrarme mejor, pero me era imposible reconocer las siluetas desde una distancia tan grande. Mi vista había disminuido. Los marinos de la guardia, sin embargo, no eran difíciles de distinguir: eran todos tan altos que sobrepasaban de una mano y a veces de una cabeza a sus compañeros. Repasé la fila por segunda vez, los hombres que bajaban de las colinas a la derecha, luego a la izquierda, pero ningún rastro de él. No pude evitar sentir una punzada en el corazón. Las caras normalmente tan tristes y tan resignadas se habían iluminado, se oían animadas conversaciones, una nueva energía movía a la asamblea y borraba la postración habitual. Solo yo mantenía la boca apretada, impassible, invadida por un súbito agobio.

De ahora en adelante aprovechaba cualquier posible pretexto para salir del campamento del hospital con la esperanza cada vez más fuerte de encontrar al joven marino. Marie pensaba que lo había olvidado, ya que no había vuelto a mencionarlo. Durante unos días había intentado entrar en razón y lo había logrado en parte. Pero por mucho que luchara mi razón, no podía acallar los susurros que le lanzaba mi corazón.

Nos entregaban agua por tercera vez. Acompañados de Robinson, Víctor y yo andábamos tranquilamente hacia el puerto, al igual que centenares de hombres. El cirujano nunca había sido hablador y siempre parecía molesto cuando alguien le dirigía la palabra. Caminaba pues en silencio a su lado, empujada por el viento que soplabla desde tierra.

—Mira, la cañonera ya no está —observó de repente con su voz grave, sobresaltándome.

Era extraño. La fragata que nos vigilaba en la entrada de la ensenada no abandonaba nunca su puesto. Cuando llegamos a la playa, casi todas las barricas habían sido descargadas.

—Vaya, los marinos de la guardia hoy se han vestido con sus mejores galas —constató con sorpresa.

Volví la cabeza hacia la derecha. Una decena de ellos, vestidos de punta en blanco, se acercaban a la orilla a buen paso. Un soldado me miraba fijamente. Era él. Mi corazón empezó a latir a toda velocidad y una brusca sensación de calor invadió mi cuerpo. Apenas fue depositado en tierra el último barril, los marinos se lanzaron precipitadamente a la barca, expulsando a los españoles. Un prisionero arrancó violentamente la amarra mientras los demás izaban las velas o empezaban a remar con fuerza. Yo buscaba con la mirada a mi teniente, sin verle. El viento les era favorable y la embarcación tomó rápidamente la dirección de la entrada del puerto. Gritos de alegría, unos «¡Viva el emperador!» resonaban por encima del mar. Muy pronto, todos los soldados de la orilla repitieron al unísono esas aclamaciones. Los marineros españoles salieron rápidamente del agua y empezaron a correr hacia el castillo, con la esperanza de poder avisar a la fragata desde esa altura. El capellán, que había visto la maniobra desde el castillo, ya había

colgado su sotana negra de un palo que agitaba desesperadamente en dirección al barco español. Pero la embarcación de vigilancia estaba demasiado lejos. Encendieron un fuego, en vano, pues la luz del día lo hacía inútil. El velero ya había abandonado la bahía y los prisioneros, en medio de un gran tumulto, se precipitaron en dirección a la colina opuesta, para poder seguir a los fugitivos con la mirada. Victor se dejó llevar por la multitud. Yo permanecí allí, inmóvil y estupefacta, todavía de espaldas, cuando alguien tomó mi mano por detrás tirando de mí.

VIII

Durante unos segundos, la agitación de alrededor pareció haberse paralizado y, al contacto de esa mano rugosa, un ligero estremecimiento fue subiendo por mi brazo para expandirse en oleadas por mi espalda. No se había ido con sus compañeros. ¿Por qué? Me llevaba a la carrera en busca de un lugar aislado. Yo estaba sin aliento cuando se detuvo bajo la sombra de un pino, se apoyó en el tronco y permaneció allí, mudo e inmóvil, mirándome. Sus ojos grises habían perdido su frialdad de hielo y brillaban. Sus labios ligeramente entreabiertos mostraban el inicio de una sonrisa que no podía esconder. Su cuerpo estaba totalmente relajado. El mío, por el contrario, estaba en alerta, esperando impacientemente el próximo movimiento. Pasaban los minutos, nadie se movía. ¿Iba a decir algo finalmente? Sentía arder mis mejillas. Su mirada se volvía más intensa, su silencio demasiado pesado.

—Me llamo Héloïse —me oí pronunciar de pronto con una voz anormalmente grave.

Sonrió con una sonrisa franca y sincera.

—Yo soy Louis. Louis Charles Edmond de Saint-Félix para ser exacto —respondió con ese orgullo propio de la vieja nobleza.

Su voz vibrante provocó una sensación a la vez extraña y agradable en mi vientre vacío, como si decenas de pequeñas mariposas revolotearan en él en todas direcciones. Después, de nuevo, el silencio, ese pesado silencio que me resultaba insoportable. No podía evitar sostener su mirada. Las pupilas ahora dilatadas oscurecían el iris. Yo, la pequeña campesina, osaba contemplar fijamente a un noble. ¿Un barón, quizás, un conde o un marqués? Sin embargo, me parecía tan próximo, tan familiar, tan íntimo. Me sorprendí a mí misma al desear que se acercara, que me tocara de nuevo. Solo un pequeño trozo de piel contra la mía. Pero nada. Al cabo de lo que me pareció una eternidad, bajé la vista, di un paso atrás y murmuré un rápido «adiós». No podía continuar así, tenía que huir. Entonces dio dos pasos hacia delante, me atrapó por la cintura, me estrechó fuerte contra él, respiró profundamente y me soltó. El calor de su cuerpo, su olor almizcleño, su aliento en mis largos cabellos rizados... La emoción era demasiado fuerte, tenía la mente confusa y enloquecidos todos los sentidos. Escapé corriendo, sumida en llanto.

Los compañeros de Louis habían podido escapar. La cañonera tardó dos horas en regresar al puerto. Todas las velas desplegadas y los cañones de caza no bastaron para capturarlos. Todos nos alegramos mucho. Esa evasión había reavivado en nosotros las esperanzas perdidas y había abierto una pequeña ventana de cielo azul en nuestros corazones. Pero no tardamos en conocer las terribles consecuencias de ese acto. Se acabaron las entregas de agua y el precio de la barca fue descontado de nuestro avituallamiento. El padre Damián, ofendido después de todos los esfuerzos realizados ante la junta de Mallorca para obtener las barricadas, iba perdiendo la compasión. Por

muy santo hombre que fuera, no pudo reprimir la ira y la amargura que despuntaban en su corazón. Pronunció algunas palabras malintencionadas. La mayoría de los hombres de buena salud había dejado de asistir a los oficios y hacía todo lo posible por evitarle. Afortunadamente, el tiempo calmó los espíritus, el capellán recuperó la tranquilidad y los creyentes, progresivamente, respondieron de nuevo a la llamada de Dios. Construyeron incluso una modesta capilla de tierra con una pérgola de follajes y una casita en el campamento para volver a ganarse los favores del cura, a quien le costaba cada vez más subir al castillo. El capellán les quedó sumamente agradecido.

El mes de agosto fue funesto. En el hospital pasamos de un promedio de dos a tres o cuatro muertos diarios. En total, en la isla se hablaba de doce a quince fallecimientos al día. Los cuerpos se amontonaban en el valle de los muertos. Ya nadie tenía fuerzas para enterrarlos bajo las piedras. Por todas partes, en los caminos, a unos metros de las cabañas, en medio de los campamentos, los cadáveres se pudrían a la intemperie, devorados por los carroñeros y pronto reducidos a la pura blancura de los huesos. Por todas partes esos esqueletos recordaban a los caminantes el destino inevitable que les esperaba. Las temperaturas subían y subían, sin darnos ninguna tregua. Los pies y los paladares ardían. Los hombres se desesperaban. Las raciones volvieron momentáneamente a la normalidad a causa de la elevada tasa de mortalidad, pero el agua disminuía. En el hospital ya no sabíamos cómo dar abasto. El número de enfermos se había prácticamente doblado y nosotros estábamos cada día más débiles. La carga de trabajo aumentaba mientras que nuestra energía se reducía. Las tiendas ya no eran suficientes para albergar a tres centenares de pacientes. Por suerte, el padre Damián informó a la junta de ese problema y fue resuelto con bastante rapidez. Mallorca envió incluso un representante para inspeccionar nuestras condiciones sanitarias, un tal don Joaquín Pons, quien, con sus buenas palabras, quiso insuflar esperanza a nuestros soldados.

—Soldados del ejército francés, me apresuré a dar a vuestros jefes las órdenes que traía de mi gobierno para hacer una inspección general y establecer una descripción de la administración económica que afecta a vuestro establecimiento, con el fin de poder presentar a la junta, a mi regreso a Palma, todas las instrucciones y reflexiones que podrían parecerme convenientes para la mejora de vuestra suerte, de acuerdo con las leyes de justicia y de humanidad. Soldados, al ordenarme visitar esta isla, el gobierno español no ha tenido otro objetivo que el de suavizar vuestro destino, en la medida en que las desafortunadas circunstancias de estos tiempos nos lo permitan...

Pero ya no creíamos en las embellecidas promesas de nuestros guardianes. Y cuando a finales del mes de agosto un navío español vino a buscar a aquellos que querían comprometerse con servir a España, encontró a setenta y cuatro soldados dispuestos a traicionar su honor y a su patria. De Moissac precisó que la mayoría eran suizos, polacos, alemanes o italianos. Pero ¿acaso era cierto? ¿Acaso el consejo no intentaba disimular la verdad a los hombres? La fidelidad a la patria y la confianza en el emperador tenían que ser inquebrantables. Había que encontrar a cualquier precio un medio para reanimar el sentimiento patriótico y reavivar los corazones. Pronto se encontró la solución. Se montaría un teatro. Era necesario hacer que la gente riera.

Un día, al caer la tarde, Gilles vino a verme muy contento. Las cosas le iban bien al nuevo maestro que tenía muy buen aspecto con su nueva camisa.

—¡Hemos construido un teatro no lejos del puerto y voy a actuar en una comedia! *Obliviscitur ridendo malum.*

El joven estudiante había recuperado la impetuosidad y la pasión juvenil.

—¿Qué dices? No entiendo nada —le repliqué, irritada por su labia de sabelotodo.

Las últimas semanas estaba especialmente irritable. Dormía mal, dándole vueltas y más vueltas, por la noche, a mi encuentro con Louis bajo el pino. Me sentía perdida, desestabilizada. La razón me ordenaba que le olvidara, pero no podía dejar de pensar en él a cada instante. Me preguntaba qué hacía, si pensaba en mí. En mi cabeza le hablaba a menudo, me imaginaba qué le diría cuando volviera a verle. El recuerdo de sus ojos fijos en mí me perseguía por todas partes. ¿Por qué no había intentado verme de nuevo? Esta pregunta no dejaba de darme vueltas en la cabeza. ¿Por qué yo había huido corriendo? Debí pensar que no quería saber nada de él. Lamentaba amargamente mi reacción. Así pues, me tocaba a mí intentar volver a verle y dar el primer paso. Pero ¿cómo? ¿Cómo acercarme a él sin ser vista por los demás? A veces, por la mañana, durante nuestros baños en el mar, me parecía distinguir una silueta que nos observaba a lo lejos, sentada en una roca. ¿Era él o era un espejismo? Henri había notado mi cambio de humor, pero lo había atribuido a un abatimiento momentáneo. Nuestras condiciones eran cada vez más difíciles y tanto nuestros cuerpos como nuestra moral lo acusaban duramente.

—Pero ¡bueno, Héloïse! ¿Tienes algún problema?

Gilles también quedó sorprendido por mi reacción.

—Nada, nada, perdona. Solo estoy un poco cansada. Estos días me cuesta dormir —me excusé.

—Entonces tienes que venir a verme actuar. «Con la risa se olvidan los males», eso es lo que quiere decir el título. Ya lo verás, voy a hacerte reír de tal manera que el cuerpo relajado te hará dormir de un tirón.

Gilles tomó mi mano amigablemente. Di un suspiro y esboqué una tímida sonrisa.

—¡Vamos! ¡Puedes sonreír mejor! Ven, voy a mostrarte nuestro hermoso escenario, vas a quedar impresionada.

Agarró enérgicamente mi mano y, antes de que pudiera reaccionar, me arrastró hacia la capilla al pie del valle. Gilles, siempre tan infantil, no podía evitar compartir su entusiasmo conmigo. Afortunadamente, Henri lo conocía bien y no sentía celos en absoluto. Apreciaba incluso su frescura y su entusiasmo por el saber y la ciencia. Había admirado especialmente el mapa minucioso y preciso que había trazado de la isla, solo con una plancheta y una alidada de madera, y le estaba agradecido por querer enseñarme el alfabeto. Pero ¿qué pensarían los soldados? Yo, la compañera del cirujano, y el cabo furriel de la 4.^a legión, cogidos de la mano, atravesando la plaza del Palais-Royal, especialmente frecuentada a esa hora.

Delante de los puestos en los que las cantineras vendían su vino, pan, algunos pescados salados y cerámica, los soldados se habían reunido para charlar entre amigos. Un pequeño grupo serio recibía clases de lectura, de escritura, de matemáticas o de dibujo. Otros bailaban al compás de una melodía de contradanza muy alegre, cantada por un maestro vestido únicamente con los restos de unos calzones. Aquí y allá, los redobles titubeantes de un tambor, los sonidos estridentes de un pífano o de una flauta torturaban nuestros oídos y los de los profesores, que dirigían una mirada protectora a su instrumento. Más lejos, unos presuntuosos maestros de armas enseñaban a unos estudiantes maravillados el manejo de las espadas, unos floretes muy rudimentarios, confeccionados con ramas de acebuche, en cuya punta habían atado una cuchilla de afeitar. Andando todavía a buen paso, bordeamos la capilla. ¿Y si nos veía el padre Damián? Intenté retirar mis dedos de la mano de mi amigo, pero este los mantenía apretados. Nerviosa, giraba la

cabeza en todas direcciones al acecho de la sotana negra. Por suerte, ni una señal de ella. Después, de repente, Gilles se detuvo y me soltó. Como yo estaba mirando hacia atrás, no me di cuenta y, siguiendo mi impulso, tropecé con él.

—¿Qué haces? Hoy estás muy distraída —dijo ayudándome a levantarme—. Y bien, ¿qué te parece? No está mal, ¿no?

Delante de mí, sobre una parcela de aproximadamente siete metros de lado, se levantaba un escenario a un metro de altura, un amontonamiento de piedras y de tierra rodeado por una cerca. Unas ramas entrelazadas a modo de entramado, adornadas con hojas y flores de brezo, formaban los arzones de los bastidores y servían de telón de fondo. Unas guirnaldas de espigas de brezo rojo rubí y de agujas de pino verde claro revoloteaban encima. ¡Un magnífico cuadro de frescor y de colores sobre un árido suelo blanco y calcáreo! Ante mis ojos asombrados por la sorpresa y la admiración, Gilles exclamó:

—Impresionada, ¿no?

—Es increíble. ¡Es tan hermoso! repliqué alucinada. ¿Y qué vais a representar? ¿Os estáis inventando algo?

—No, tenemos la suerte de que el capitán de artillería Foucault conoce de memoria muchas comedias. Estamos ensayando *Le Désespoir de Jocrisse* de Dorvigny. La hemos simplificado un poco, es cierto. Es imposible acordarse exactamente de todas las réplicas. ¿La conoces?

—No, nunca he ido al teatro —reconocí un poco avergonzada.

—Entonces no puedes faltar a nuestra primera función, no vale ninguna excusa. Reservaré dos plazas en la primera fila para Henri y para ti. Ya verás como vas a divertirte. ¡Aunque solo sea al verme de vieja criada! Represento a Nicole, la madre de Jocrisse.

Gilles subió de un salto al escenario, se plantó en medio, encorvado como un anciano, imitando a una bruja, y luego hizo una gran reverencia, a la que respondí con un aplauso. Nos echamos a reír con sonoras carcajadas de nunca acabar. Siempre tenía el don de alegrarme cuando me sentía mal. Gilles era una de esas personas positivas y entusiastas que valía la pena tener como amigo. Me fui aligerada. Cuando regresé al campamento, Henri estaba hablando con Victor delante de nuestra tienda, con aire preocupado. Al acercarme a ellos, se callaron.

—No deberías pasearte sola —me hizo observar mi compañero con un tono seco.

—Bueno, yo me voy. Hablaré de ello con De Moissac. Y ya lo discutiremos mañana. Buenas noches, Héloïse.

Victor, sintiéndose incómodo, se despidió rápidamente. Miré, aturdida, a mi pareja. ¿Por qué de repente estaba tan enfadado conmigo? Nos desvestimos y nos acostamos en silencio. Tenso y contrariado, Henri me dio la espalda y se durmió enseguida. A mí, en cambio, me costó conciliar el sueño.

A la hora de levantarse, había recuperado su buen humor habitual y me estrechó fuertemente entre sus brazos.

—No quería regañarte. Pero debes ir con cuidado, ya sabes. ¡Y ahora más que nunca! Los hombres están desesperados, dispuestos a cualquier cosa. No terminamos nunca de curar las heridas de los que se pelean a puñetazos o a navajazos por cinco habas o por un vaso de agua. Esto se está volviendo insostenible. El consejo debe tomar medidas para ponerle fin cuanto antes mejor. ¡Ya tenemos suficiente trabajo como para que además tengamos que cuidarnos de esos imbéciles! Por lo tanto, ve con cuidado, por favor. No vayas nunca sola.

Asentí con la cabeza y le hablé de Gilles y de la función.

Muy pronto llegó la noche del 8 de septiembre. Marie y yo estábamos muy emocionadas. Para ella también era la primera vez que iba a ver una comedia. Nos pusimos bien guapas para la ocasión. Nos habíamos lavado en el mar esa misma mañana, y habíamos limpiado nuestras camisas y nuestras faldas. Con mi precioso peine desenredé los largos cabellos lisos de Marie, los cardé un poco para darles volumen, los subí hacia lo alto de la cabeza, los trencé y los enrollé haciendo un enorme moño que fijé con unos finos trocitos de rama de lentisco que tenían tres o cuatro hojas en sus puntas. Quedé encantada con el resultado. Las hojitas verdes realzaban el color caoba de sus cabellos, cada día más cobrizos. Marie hizo lo mismo con mi larga y rizada cabellera.

—¡Qué bonito! Con el sol tus cabellos tienen reflejos azul plateado. Son muy negros. No los trenzaré, prefiero enrollarlos y dejar bien visibles las ondulaciones, ¡como Josefina! Serás una verdadera emperatriz —subrayó riéndose.

Añadió dos hojas de junco a modo de diadema.

—Ya está. ¡Estás muy guapa!

Henri y Victor se reunieron con nosotras lanzando un silbido.

—¡Dos auténticas baronesas! —exclamó Henri tendiendo el brazo para acompañarme.

También ellos iban vestidos de punta en blanco a pesar del intenso calor de ese atardecer. Con la misma lentitud con la que se emprende un paseo por una gran avenida parisina, andando despacio para ser vistos, bajamos por la avenida de los Suspiros que ya estaba muy animada. Como en una tarde de domingo en la capital, los hombres caminaban elegantemente con un andar erguido a pesar del estado harapiento de su traje. La mayoría iban recién lavados y afeitados. Todos hablaban con desenvoltura. Henri y Victor comentaban el último vodevil que habían visto como si lo hubieran presenciado la noche anterior y la guerra nunca hubiera existido. Bajo la suave luz del sol crepuscular, contemplaba los abigarrados colores de los uniformes que se cruzaban delante de mí, el azul y blanco de la guardia imperial o de la infantería de línea, el amarillo y azul de la gendarmería, el azul real de la artillería, el verde, rojo y blanco de la guardia de París, el blanco grisáceo del batallón alemán y el rojo y blanco del regimiento suizo, tonos vivos en el pasado y que ahora habían perdido todo su esplendor, pero que conservaban su encanto como los de los viejos retablos de nuestras iglesias rurales. Los soldados habían aprendido a conocerse y habían tejido nuevas amistades, más allá de los miembros de su propio regimiento. Quedé sorprendida al volver a encontrar ante el escenario ese mismo abigarramiento. Tan solo unos meses antes, los colores se hubieran repartido armoniosamente, alineados ordenadamente, sin ninguna irregularidad.

Según lo previsto, mi amigo nos había reservado plaza en la primera fila. Tuvimos así la suerte de poder sentarnos sobre unos largos troncos de árboles que habían sido instalados en las cinco primeras filas. El resto de los espectadores debía conformarse con un suelo pedregoso y polvoriento todavía muy caliente. La sala al aire libre se llenó rápidamente con medio millar de personas. El soplo tibio de la brisa marina atenuaba el calor que aún irradiaba la tierra, provocando el sudor de los hombres vestidos con sus trajes completos, y diseminaba el olor fuerte y almizclado de su transpiración. El espectáculo empezó con un hombre de cierta edad sentado a una mesa delante de una botella de vino y de un trozo de pan. Reconocí de inmediato la mesa de ramas de acebuche y el taburete de la casa de Gilles. Una especie de lacayo bufón, cubierto con un sombrero bicornio y una larga trenza, estaba de pie detrás de él, dispuesto a servirle. Se llamaba

Jocrisse y su amo quería despedirle, pues era perezoso, mentiroso y ladrón. Luego hizo su entrada una vieja criada jorobada, que llevaba una carta en la mano. Al verla, todo el público se echó a reír. ¡Era Gilles! El joven furriel estaba muy gracioso con mi pañuelo en la cabeza, las mejillas enrojecidas por dos gotas de sangre, la camisa de hombre remangada hasta los codos y una vieja manta agujereada enrollada alrededor de la cintura a modo de falda. El primer acto transcurrió muy deprisa. Se desataban grandes risas que no terminaban nunca, risas sonoras, claras, francas, que disipaban la angustia de nuestros rostros, que nos hacían de nuevo humanos. Todavía no había apartado la vista del escenario cuando Henri se dirigió a mí:

—Es el entreacto. Podéis estirar las piernas.

Marie y yo asentimos. Me levanté de golpe y me di la vuelta hacia el auditorio. Exactamente detrás de mí, a mi izquierda, a unos diez metros, allí estaba él. Alto, soberbio, sublime con su uniforme, con la intensa mirada fija en mí. Sentí un escalofrío. Victor, Marie y Henri avanzaban lentamente hacia a él, llevándome con ellos a pesar mío. Bajé la vista concentrándome para no tropezar. Entonces ocurrió lo que me temía. Victor se detuvo ante él para saludarlo:

—Una magnífica velada, Louis, ¿verdad? ¡Un vodevil digno de los grandes escenarios parisinos! Te presento a mi querido amigo Henri y a su compañera, Héloïse.

Con un temblor nervioso apenas perceptible en la comisura de la boca, se inclinó hacia mí, me tomó la mano derecha y dejó allí un breve beso, tan solo un ligero roce de la punta de sus labios tibios. No me atrevía a mirarle, sintiendo que un fuego irreprímible se apoderaba de mis sienes.

—Tiene a la mujer más hermosa que pueda haber en la isla —cumplimentó a Henri con un aplomo que me sorprendió.

El cirujano pasó el brazo por mi cintura, un gesto aparentemente insignificante, pero con el que marcaba su territorio.

—Sí, he de decir que soy muy afortunado.

IX

En adelante, el rostro obsesionante de Louis estaba en todas partes. Por la noche cuando me acostaba, por la mañana cuando me despertaba, durante el día cuando nadaba, caminaba, me sentaba para descansar un momento. Me sorprendía hablándole en silencio en mi cabeza en cuanto me hallaba sola, pasando de odiarle a desearle de minuto a otro. Intentaba en vano borrarlo de mi mente. Mi sentimiento de culpa aumentaba. Henri era tan solícito, tan amable, tan considerado. Me quería tanto. Experimentaba un dolor mucho más violento que el sufrimiento físico, el hambre, la sed o el frío que empezaban a aparecer. En la isla el calor había dado paso al viento y la lluvia. El final de septiembre y el mes de octubre nos habían traído su lote de tormentas. Los soldados se pasaban el día arreglando el techo de las cabañas, poco resistentes a las lluvias fuertes, y sustituyendo o aireando los jergones que se pudrían. En todas partes, las espaldas descarnadas se desplomaban bajo el peso de la leña que había que recoger para el fuego. De día, los vientos helaban nuestros cuerpos mojados. De noche, los hombres tiritaban, tosían, escupían y dejaban que la fiebre los calentara. Marie había empezado estornudando y ahora sufría una tos con mocos, pulmonar, que no presagiaba nada bueno. Milagrosamente, Henri y Victor lo resistían todo. No los había visto nunca desfallecer, ni tan solo un pequeño resfriado o un ligero malestar. Sorprendentemente, yo me sentía mejor: ningún vahído desde hacía tiempo y un inexplicable aumento de energía. En repetidas ocasiones, Gilles, en sus paseos por la isla, había recogido para mí unas extrañas fresitas redondas, de un color rojo anaranjado, cuya pulpa firme y jugosa tenía un sabor ligeramente dulce. Había visto comérselas a un compañero de origen corso y luego las había probado. Guardaba siempre unas cuantas para Marie con la esperanza de que esa fruta la ayudara a recuperarse.

Al límite de sus fuerzas, incapaces de reconstruir su cabaña, los más débiles de entre nosotros se habían refugiado en unas cuevas alejadas de nuestros campamentos. Una de ellas, que se hallaba al otro lado del promontorio y encarada al puerto, era tan grande que podía albergar fácilmente a cuatro mil hombres. Directamente tallada en la roca, su entrada daba al mar. Algunos desgraciados completamente desnudos, doscientos en total, habían encontrado asilo y ya no salían nunca de allí. Les llevaban la comida, que se dejaba en el exterior de la cueva como para unos leprosos, ya que nadie quería acercárseles. La mayoría estaban corroídos por la tiña o la sarna, tenían el cuerpo ennegrecido por el humo, las mejillas hundidas, la tez lívida, la lengua seca y agrietada cubierta por una costra negruzca, el aliento fétido. Henri había entrado en ese antro repugnante, oscurecido por un humo espeso, con un aire malsano y húmedo y un fuerte olor a amoníaco que revolvió el estómago. Cuando regresó, se sentó delante de nuestra tienda con la cara pálida y una mirada despavorida apuntando el horizonte, solo y en silencio. Me senté a su lado.

Entonces empezó a hablar:

—¿Cómo se puede reducir a un hombre a ese estado de animalidad? Si los hubieras visto, desnudos y avergonzados, yaciendo en el suelo como si fueran bestias que han perdido la razón, gimientes, sucios, enfermos pero todavía vivos. No hay derecho a hacerles eso a los hombres. No hay derecho.

Permanecí callada y me contenté con apretarle suavemente la mano derecha.

El cielo se enfadaba cada día un poco más. A veces explotaba con verdadera rabia, como si nuestra situación le pareciera insoportable. Una acertada metáfora de nuestra propia ira frente a la impotencia y la injusticia. Esa última noche de octubre, nos habíamos acostado temprano, felices de encontrar el calor de nuestra cama y de nuestras caricias. En los brazos de Henri siempre me sentía bien, protegida del mundo exterior y de mí misma. El fantasma obsesionante y doloroso de Louis desaparecía, me olvidaba de todo. Solo existía su dulzura, su ternura, la tibieza de su cuerpo, el pulso regular de su corazón. Me dejé ir completamente relajada, por fin serena, y caí en un profundo sueño.

A mitad de la noche, un terrible trueno hizo temblar la tienda y me despertó con un sobresalto. La lluvia tintineaba sobre la tela y el viento bramaba entre la maleza al chocar con las rocas. El olor fresco, dulce y un poco almizclado de la tierra mojada, ese perfume que normalmente tanto me gustaba, impregnó mi nariz de una manera inquietante. Luego se hizo el silencio, un silencio pesado y asfixiante, ese silencio angustioso que presagia la tormenta. Henri no estaba. Seguramente se había despertado y había acudido a ver a los enfermos. Sin saber realmente por qué, me estremecí. Fuera, el cielo estaba profundamente oscuro y apagado, unas enormes nubes densas descendían sobre nosotros, los relámpagos habían desaparecido bajo los nubarrones, el viento había arreciado haciendo tambalear mi tienda de manera amenazante. ¿Debía salir o quedarme? Esta pregunta me pasó un instante por la cabeza. Pero, antes de que pudiera decidirme, una tromba de agua se abatió sobre mi vivienda, haciendo que la tela, que no iba a poder resistir mucho tiempo, se doblara. En pocos minutos el suelo se llenó de agua y barro. Todo iba a derrumbarse. Sin pensarlo más, abandoné rápidamente el refugio. El pequeño valle había quedado cubierto por un riachuelo que arrastraba con él piedras, tierra, hojas y ramajes. Luché por mantenerme en pie, inclinándome al máximo, con los brazos cruzados delante de mis ojos para hacer frente al aguacero y a las ráfagas. ¿Adónde ir? No veía nada. Pensé en la sólida casa de Gilles. Pero estaba muy lejos. Aun así me dirigí hacia el oeste. Mis piernas temblaban, laceradas por las piedras que el agua hacía rodar. El riachuelo no dejaba de crecer y pronto se convirtió en un río torrencial que descendía desde lo alto de la montaña y se lo llevaba todo, tiendas, hombres y escombros. El repentino golpe de una gran rama en mi costado me hizo caer al suelo. Resbalé a toda velocidad por el lado de la colina como una muñeca sin vida, con cortes por todo el cuerpo y en carne viva. En un último esfuerzo antes de perder la conciencia, estiré los brazos hacia delante, con la esperanza de poder agarrarme así a un arbusto. Fue entonces cuando mi codo chocó con un gran lentisco al que me cogí con toda la fuerza que me quedaba. La corriente intentaba en vano arrancarme de él. El barro cubría mi cara, que procuraba mantener fuera del agua, y me impedía respirar. Tosía, escupía, resoplaba. Tras el ruido ensordecedor del torrente, unos gritos de sufrimiento humano rompían la noche. Cerré los ojos un instante. No había que soltarse, sobre todo no soltarse. Abajo estaba el barranco, después el mar, la muerte asegurada. Pasaban los minutos. El agua subía. Mis manos crispadas iban a ceder. Los tendones de mis brazos estirados al máximo parecían estar a punto de desgarrarse. ¿Cómo resistir? Respiré profundamente, intentando

relajarme. Pero los alaridos de los hombres me oprimían todavía más. Pensé entonces en Henri, en Marie y en su bebé. ¿Dónde estarían? ¿Habrían conseguido salvarse? Tenía frío. Todo mi cuerpo tiritaba. Tosí y seguí tosiendo. Un último ataque hizo que me soltara. Oí cómo mi propia voz emitía unos sonidos desgarradores, cada vez más agudos, cada vez más acerados. Luego, por fin, me desmayé.

Alguien me había cogido en brazos. Sentía el calor de ese cuerpo en contacto con mis miembros helados. Con ternura, me quitaba delicadamente la tierra de mi cara enbarrada. Un dolor lacerante daba tirones en todo mi cuerpo. Intentaba sin éxito despegar las pestañas. Abrí la boca para hablar, pero la arcilla que había tragado me hizo toser de nuevo. Manos y brazos me parecían tan pesados que apenas podía moverlos. Unos dedos se dedicaban ahora con ardor a liberar mis ojos. Cuando por fin pude abrirlos, creí que se me paraba el corazón. Allí estaba Louis, con su intensa e inquieta mirada y con las mandíbulas contraídas, tan cerca que sentía su aliento en mi piel. Le sonreí. Se inclinó entonces aún más sobre mí y, presa de una fogosidad repentina, me besó. Nuestras bocas se fundieron en una. Su alma encontró mi alma, y una nueva energía elevó todo mi ser. Ya no me dolía nada. Me sentía viva, inquebrantable. Hubiera deseado que ese beso durase para siempre. Pero Louis se separó de pronto y, en silencio, me observó unos segundos, antes de apretarme fuertemente contra él. Sentía los rápidos latidos de su corazón contra el mío, que retomaban poco a poco su ritmo regular. Nuestros músculos se relajaron. El fuerte abrazo se hizo más suave.

—¡Estás viva! ¡Viva!

Su voz, ronca por la emoción, me hizo estremecer. Permanecimos mucho tiempo así, sin movernos, sin hablar, con los ojos cerrados.

Traté de levantarme, pero fue en vano. Las piernas no me sostenían. Louis entonces me cogió en brazos y caminó en dirección al mar. Ante nosotros se ofrecía un paisaje apocalíptico, terrorífico: arbustos y árboles arrancados, trozos de tiendas despedazadas, restos sepultados en la tierra cenagosa, huesos humanos aquí y allá, miembros en estado de avanzada descomposición esparcidos por todas partes, los de los cadáveres del cementerio que el torrente había desenterrado y se había llevado consigo; y más espantoso aún, enfermos amortajados bajo la grava o la arcilla, a los que les quedaba un soplo de vida, unos cuerpos desfigurados, pegados a las rocas o a los matorrales, que justo acababan de expirar. Aquellos que vivían en otra colina y habían escapado del diluvio habían venido a ayudar a sus compañeros infortunados. En su cara, una mezcla de terror y de ira que no podían esconder. ¿Por qué Dios era tan injusto? ¿Qué le habíamos hecho? No lejos de allí, una sotana negra, con un crucifijo en la mano, mensajero del diablo, hablaba de venganza celestial y de castigo a los impíos, evocando los nombres de Sodoma, Gomorra, moabitas, amonitas y filisteos. Louis aceleró el paso, intentando alejarme de esa escena agobiante lo más rápidamente posible.

—¿Y dónde están Marie, Henri y Victor? —pregunté preocupada.

—No lo sé —me respondió con voz afligida.

La angustia llenó mis entrañas y me sorprendí rezando en silencio para que no les hubiese sucedido nada.

La pequeña playa estaba abarrotada. Había cambiado su hermoso color dorado por un tono amarillento sucio. Una treintena de hombres se lavaban y limpiaban su ropa harapienta. Otros ya se encargaban de aclarar las tiendas hechas trizas que se habían podido recuperar. Louis me dejó delicadamente sobre la arena fría y húmeda y se desnudó sin pudor. Volví la cabeza y me sonrojé

bajo la capa de arcilla que me cubría. Pero no pude evitar admirar, por el rabillo del ojo, ese torso fuerte y musculoso, de piel fina y dorada. Volvió a tomarme en brazos como se lleva a un niño y entró sin vacilar en el agua helada. Sentí escalofríos. Sumergió todo mi cuerpo en el agua oscura y límpida, alisando mis cabellos con una mano mientras seguía sosteniéndome con la otra. Luego bañó mi rostro, dejando solamente en la superficie la punta de mi nariz para que pudiera respirar. Me frotó la frente, las sienes, la barbilla, y descendió hacia el cuello, los hombros y los brazos medio descubiertos que volvieron a sangrar. Dio unos pasos para alejarse de la gran mancha fangosa que se había formado a mi alrededor en el mar azul marino. Me dejaba ir, turbada por los estremecimientos que causaba el contacto de sus dedos sobre mi piel y la desnudez de su cuerpo bajo el fino tejido de mi camisa. Se detuvo y dudó. Vi en sus ojos un deseo vetado, un ansia prohibida que también yo compartía. Recuperó el control y continuó el recorrido hasta mi pecho, suavemente, con una caricia, friccionando el lino manchado del que se desprendían partículas de tierra. Prosiguió así a lo largo de mi vientre y de mis piernas, rozando apenas mi piel lacerada y que, con la sal, me picaba. Cerré los ojos. Muy pronto recobré mi piel inmaculada, pero empecé a temblar. Me llevó rápidamente a la playa y se vistió detrás de mí en unos segundos, como repentinamente avergonzado por su desnudez. Con un gesto rápido y seguro, me quitó la camisa mojada, me vistió con la suya y empezó de nuevo a friccionarme. Viendo que mis labios seguían morados, no dudó en cubrirme con su chaqueta y se quedó con el torso desnudo.

—¡Héloïse! ¡Héloïse!

Una voz familiar se hizo oír a pocos metros. Gilles acababa de llegar a la playa, sosteniendo del brazo una silueta que conocía bien. Era Henri, ¡estaba vivo! Con la euforia, quise ponerme en pie, pero, sobrestimando mis fuerzas, me desplomé en el suelo. Louis estuvo justo a tiempo de sujetarme. Tenía el rostro muy pálido y hermético, los músculos tirantes, la tensión era palpable. Contentos de vernos, vinieron a nuestro encuentro casi corriendo. Mi compañero cojeaba y su ropa fangosa estaba desgarrada. Gilles, en cambio, andaba erguido e iba limpio. Se había salvado de la tempestad. El cirujano se echó inmediatamente a mis pies y me rodeó con sus brazos:

—Te he estado buscando toda la noche. He tenido tanto miedo, he temido tanto por ti.

Tenía los ojos hinchados por el llanto. Nunca le había visto tan sensible, él, siempre tan sereno y tan calmado. Se levantó después y se dirigió efusivamente a Louis:

—No sé cómo darle las gracias. Tiene todo mi agradecimiento, mi más profunda gratitud, como si hubiera salvado mi propia vida.

Le estrechó la mano con fuerza, sin soltarla. Este último se contentó con esbozar una sonrisa forzada.

—No es nada, de veras. Usted habría hecho lo mismo. Héloïse no puede andar y necesita calentarse. ¿Quiere que la lleve al castillo? Me han dicho que el padre Damián acoge allí a los supervivientes.

Mi compañero asintió con la cabeza. No tenía fuerzas suficientes para llevarme, y aún menos para la difícil cuesta que conducía hasta el castillo. Gilles se acercó a mí y me lanzó una mirada llena de ternura.

—¿Cómo te encuentras?

Le sonreí.

—Bien. Mucho mejor. Todo ha terminado ahora. Pero creí que me moría, ¿sabes? ¿Y Marie?

—No la he visto. Aunque no he subido al castillo. Todo el mundo corre en todas direcciones. Puede estar en cualquier parte. ¡No te preocupes! Estoy seguro de que ella y su bebé están en

algún lugar junto a un fuego, bien calentitos —quiso tranquilizarme poniendo su mano en mi hombro.

Vio entonces la chaqueta de Louis, me la quitó y la cambió por la suya.

—Un oficial de vuestro rango no puede pasearse así —dijo devolviendo la prenda al teniente.

Pasamos delante de las nuevas construcciones de barro que los albañiles mallorquines habían empezado al pie del pequeño valle, donde se encontraba nuestro campamento. Nuestro capellán había conseguido del comisario de Palma la construcción de un hospital permanente, constituido por treinta edificaciones que podían albergar diez camas cada una. ¡Todo se había venido abajo! Ni un solo techo había resistido. Ni un solo muro en pie. Esas ruinas iban a permanecer así mucho tiempo. Nuestra esperanza se había disipado de golpe. Miré afligida esos montones de piedras, de tierra y de madera. ¿Qué íbamos a hacer con los enfermos cuando se acercara el invierno? Louis había perdido totalmente el aliento, pero continuaba. Llegó jadeando al pie de la colina de donde colgaba el edificio medieval y me dejó un instante en el suelo. Delante de nosotros, en el camino pedregoso y empinado que serpenteaba entre los matorrales verde oscuro, una treintena de espaldas curvadas cargando unas masas informes y ensangrentadas andaban unas tras otras como una larga y sinuosa fila de hormigas. A setenta metros por encima de nosotros, la imponente edificación cuadrada amenazaba el cielo gris y dominaba toda la ensenada. Relajando todos sus miembros paralizados, mi salvador se sentó a mi lado unos minutos. Miraba fijamente él también la columna de supervivientes con una expresión de costernación y de rabia en los ojos que yo entendía muy bien. Le cogí suavemente la mano. Él suspiró, se volvió hacia mí y me miró en silencio, intensamente.

Habían instalado un sistema de poleas, cuerdas y cestas para poder trasladar a los más débiles hasta la plataforma superior. Como un pájaro en su nido, me dejé pues izar al interior del castillo. Las celdas estrechas y bajas, que se comunicaban por medio de unas asfixiantes escaleras, rebosaban de enfermos encamados y sucios que yacían a ras de suelo, por falta de jergones. Las paredes de piedra porosa, verdosas en parte, rezumaban, y un olor insano de humedad envenenaba el aire. Solo se oían unos gemidos sordos, entrecortados a veces por los espasmos de una tos violenta. El grito estridente de un bebé resonó de repente contra las paredes vacías.

—¡Marie! —grité.

Louis se dirigió hacia la sala vecina de donde provenía el llanto, pasando delicadamente por encima de los postrados para no aplastarlos. El pequeño Jean-Baptiste estaba en brazos de Rose y le hacía saber que tenía hambre. Pero ¿dónde estaba Marie?

X

Victor y *Marie* habían salido de la tienda en cuanto la tormenta la había inundado. La joven madre había envuelto al bebé con la manta y lo llevaba bien apretado contra el pecho, con la espalda encorvada hacia delante para protegerle de la lluvia y del viento. Su compañero la cogía de la mano. Él caminaba rápidamente hacia lo alto de la colina, presintiendo el peligro. Sabía que el torrente iba a crecer con el diluvio y la pendiente y que había que huir hacia las alturas, allí donde este nacía. *Marie* todavía estaba débil y tosía, pero encontró la fuerza necesaria para continuar. El viento aumentaba y les hacía reducir la velocidad. Al cabo de un cuarto de hora, ella quiso detenerse. El cirujano cogió entonces al niño y, agarrando firmemente a la madre, la arrastró con su impulso. El agua iba disminuyendo bajo sus pies. La cantinera tropezaba a veces con una piedra o se enganchaba con matorrales en los que quedaban pegados jirones de su vestido, pero apenas se había levantado era arrastrada por su pareja. Acabó por notar que vacilaba, intentaba sin embargo resistir. No podía respirar, la cabeza le daba vueltas, su vista flaqueaba. Afortunadamente, las piernas todavía la obedecían. Alcanzaron por fin la cima del cerro y se pusieron a cubierto bajo un pino. El pequeño *Jean-Baptiste* se desgañitaba. Le hizo callar dándole el pecho. Agotados, se sentaron allí. Un trueno estalló de nuevo. Bruscamente, una masa de fuego se abatió sobre la cima del árbol. *Victor* arrancó el bebé a la madre, la cogió a ella por el codo y se levantó de un salto. Empezó a correr fuera del espacio protegido, arrastrando a su compañera tras él. Una gruesa rama de pino se derrumbó con estruendo. El brazo de *Marie* que sostenía se le escapó, retenido por el cuerpo súbitamente caído al suelo. La joven madre yacía allí, inanimada, con la cabeza contra la tierra, prisionera bajo el conífero. El marino se inclinó y levantó el rostro lívido de *Marie* con sus grandes ojos abiertos. Sus lágrimas se mezclaron con la lluvia, más saladas, más agrias.

Estuvo andando bajo la tempestad hasta el alba, estrechando fuertemente contra él la frágil vida que había acabado por dormirse. Cuando llegó al castillo, una máscara triste y dura cubría su rostro, sus dedos helados y crispados eran incapaces de soltar al pequeño ser que aferraban. Los sollozos se habían apagado, la rabia se había disipado, tan solo quedaba una pena profunda y aguda que le encogía el corazón. *Rose* se acercó y le preguntó con la mirada. Él bajó la vista. Ella comprendió. Tendió los brazos para coger al joven superviviente, pero *Victor* dio un paso hacia atrás. Todavía no quería desprenderse de la carne de *Marie*. Él era todo lo que le quedaba.

Cuando *Rose* me lo contó todo, prorrumpí en unos sollozos que nada podía detener. Llanto de tristeza, pero sobre todo de ira, y de desesperación. ¿Por qué ese Dios y esa Santa Virgen a los que tanto rezaba lo habían permitido? ¿Cómo podían ser buenos? ¿Existían realmente? ¿Qué había hecho mi amiga, tan generosa ella, para merecer una muerte semejante? *Jean-Baptiste* gritaba de

hambre y yo no podía soportar sus gritos. Había que encontrar una solución.

Louis adivinó mi preocupación.

—Te dejo aquí con Rose. Sobre todo no hagas ningún esfuerzo y descansa. Debes recuperarte rápidamente, por lo tanto no hagas tonterías. Voy a buscar a Víctor. Veremos qué podemos hacer.

Rose me pasó al niño. El pañal estaba mojado y Jean-Baptiste estaba helado.

—Ya no tengo ropa seca —se excusó cabizbaja.

Tenía mucho trabajo, los enfermos no cesaban de llegar y ya no se sabía dónde meterlos. Los cuerpos estaban tan cerca unos de otros que se tocaban. Si uno se daba la vuelta, molestaba a su vecino. Este, al moverse a su vez, iniciaba una ola de movimientos que se propagaba por toda la hilera y acababa por empujar al último contra la pared. La ventaja era que este amontonamiento nos permitía mantenernos calientes. Desnudé al niño, lo pegué contra mi vientre y lo envolví con mi camisa. Al cabo de un momento, cansado de vociferar, se durmió. Henri y Gilles se reunieron conmigo unas horas más tarde. La pierna derecha de mi compañero estaba muy hinchada y andaba aún con más dificultad que en la playa.

—¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño? —me preocupé.

—No, no es nada. Solo un pequeño esguince. Veo que tú ya has recuperado el buen color. ¿No tienes frío? Pero ¿dónde está Marie? —me preguntó sorprendido mirando al bebé.

Les expliqué rápidamente su presencia en mis brazos. Henri, afanado por ver cómo estaba su amigo, se excusó:

—Voy a ayudar a Víctor y a los demás. Están desbordados. Se habla ya de una treintena de muertos y si no hacemos nada, dentro de unos días, la cifra se habrá duplicado.

El cirujano se mostró incluso en aquellas circunstancias optimista. ¿Creía realmente poder salvar a esos desgraciados con unas gotas de quina, de ácido sulfúrico y con tisanas? Además, la tempestad había destruido los frascos, aunque, por suerte, el capellán tenía siempre unos cuantos como reserva en el castillo.

Al final de la tarde, recibí la visita del padre Damián, a quien habían notificado la muerte de Marie y nuestra preocupación por la supervivencia de Jean-Baptiste. Aunque el cura no veía con buenos ojos nuestra presencia en la isla y había intentado desesperadamente hacernos evacuar al principio de su estancia, ahora se había hecho a la idea y acostumbrado a nuestra compañía y en especial a la de Marie, cuya profunda bondad y devoción le habían conmovido.

—Su mujer es una santa —le había confiado un día a Víctor.

Rose me había encontrado un sitio en la primera fila, muy cerca de la puerta, desde donde podían venir a verme fácilmente sin molestar a los otros enfermos. Mi vecino retrocedió ligeramente para dejar pasar al santo hombre. Su sotana negra, normalmente siempre impecable, tenía manchas de tierra y de sangre; su cara redonda, enrojecida por el sofoco, revelaba señales de cansancio y preocupación.

—¡Cómo duerme, el pequeño ángel de Dios! El Señor le ha perdonado la vida, nosotros también lo salvaremos. Mañana por la tarde lo confiaré al capitán del barco de abastecimiento. En Palma le buscarán una nodriza. Yo me encargo personalmente. Puede confiar en mí —me anunció con un tono pretendidamente reconfortante.

Me oí a mí misma darle efusivamente las gracias, pero estreché a la criatura fuertemente contra mí, presa de un súbito pánico. Marie me lo había confiado. Me había hecho prometer que me ocuparía de él como si fuera mi propio hijo, si llegara a pasarle algo a ella. ¡Y yo iba a

abandonarle en los brazos de nuestros enemigos! ¿Qué iba a ocurrirle? ¿Iban realmente a mantenerlo vivo? La duda me carcomía. E incluso si lo salvaban, ¿qué futuro tenía? Sin amor, hijo de los enemigos de la nación, sería odiado y denigrado durante toda su vida. Entregarlo era no obstante la única solución. Aquí, estaba predestinado a una muerte segura. Me desesperaba la impotencia. De pronto, agotada, cerré los ojos y me dormí.

Cuando me desperté, estaba tendida, era oscuro y el niño ya no estaba. Un cuerpo me abrazaba. Reconocí el olor de Henri. Victor y Louis habían traído el cuerpo de Marie al pie del castillo. Habían disuelto unas migas de pan en agua caliente para alimentar a Jean-Baptiste y hacer que aguantara un poco hasta su llegada a Palma. Conseguí levantarme. Mis piernas temblaban y tenía vértigo, pero quería despedirme de mi amiga y cuidar de su bebé hasta su último minuto en esta isla. La culpa me atenazaba de nuevo. ¿Había hecho la mejor elección abandonándole? ¿Qué pensaría mi amiga, allá donde estuviese?

Al pie del promontorio, a unos centenares de metros del puerto y de la playa donde habíamos desembarcado, unos soldados se dedicaban a volver a montar las tiendas del hospital que habían podido recuperarse. A lo lejos, en dirección al Palais-Royal, unas delgadas siluetas reconstruían los techos de las cabañas que habían volado. Todos procuraban arreglar su nido protector antes de que un nuevo chaparrón volviera a atormentarles. Los obreros españoles habían abandonado las ruinas del nuevo hospital. Asustados, lo habían dejado todo allá, herramientas y material, y esperaban impacientemente su embarque en el barco del pan. Lo que alegró a muchos. Con los picos, las palas y las hachas, los más afortunados se pusieron a construir unas casitas más sólidas y más resistentes, lejos del pequeño valle inundado. Se hablaba de más de doscientas chozas completamente demolidas y de doscientas más medio derrumbadas. El sol brillaba sobre la bahía, que estaba en calma como un pequeño lago plateado. Los jergones, las chaquetas y los pantalones todavía mojados se secaban sobre las rocas. Habían encontrado mi falda y mi pañuelo en bastante buen estado, protegidos en el interior de la tienda, que había rodado unos centenares de metros hasta el pie de la colina. También los de Marie. Victor me los regaló. Primero quise rechazarlos, pero insistió tanto que acepté de buena gana. Si nuestra estancia se prolongaba mucho tiempo, me serían muy útiles.

La capilla, en cambio, había resistido bastante bien. El ayudante del padre Damián nos había informado que durante la mañana se celebraría una misa de funerales. Henri puso el cuerpo de Marie sobre el asno Robinson a su regreso de la recogida de agua, yo me puse delante con Jean-Baptiste y salimos en dirección al oratorio. ¡Pobre bestia sobrecargada con nuestros dos pesos! A pesar de estar tan delgadas —no debíamos pesar más de cuarenta kilos cada una— era una pesada carga para nuestro buen amigo. Este último trabajaba sin cesar, el día entero. No rezongaba nunca, como si comprendiera que su ayuda nos era indispensable y que no podía negárnosla. Todos nosotros lo adorábamos y él recibía cantidad de caricias y señales de ternura. Cuando no iba a buscar agua, arrastraba troncos de árbol o llevaba cadáveres. A los muertos, nunca iba a terminar de transportarlos, ahora que el cementerio se encontraba a un kilómetro y medio del nuevo campamento del hospital. La triste campanilla del diácono llamaba ya a los parroquianos. Para mi gran sorpresa, fueron muchos los hombres que vinieron a la ceremonia de exequias. Todos querían rendir un último homenaje a sus compañeros, incluso cuando su fe en Dios se había tambaleado y la conducta del cura durante la víspera había repugnado a más de uno. El padre Damián, orgulloso al ver una audiencia tan grande, cambió de actitud. Decidió consolar a sus corderos en lugar de condenarles y escogió un emotivo pasaje del Libro de la Sabiduría para su liturgia:

«La vida de los justos está en las manos de Dios, ningún tormento los alcanzará. A los ojos de los necios parecen haber muerto, y su partida de este mundo es reputada por desdicha; su salida de entre nosotros, por aniquilamiento; pero gozan de paz. Pues aunque a los ojos de los hombres fueran atormentados, su esperanza está llena de inmortalidad. Después de un ligero castigo, serán colmados de bendiciones, porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de él...».

Era verdad que ahora estaban lejos del tormento, lejos de la desgracia, lejos del castigo, en paz. No les llorábamos por tristeza, les llorábamos por envidia. Muchos de nosotros rogábamos al Señor para que pronto se nos llevara también consigo. Ese ejército de harapientos, cabizbajos, de ojos desamparados murmuraba unas plegarias que Dios no tardaría en satisfacer. Una larga hilera de cuerpos deformes siguió al capellán hasta las cinco grandes hogueras que habían sido preparadas. Sobre cada una de ellas, una decena de cadáveres lacerados estaban apilados en desorden, a veces enteros, a veces desmembrados. Al no disponer ni de fuerzas ni de medios para enterrarlos, se había tomado la decisión de quemarlos. Víctor había rechazado firmemente añadir los despojos de Marie, que él mismo iría a enterrar en el valle de los muertos. De repente había recuperado su duro caparazón, la máscara de piedra que ya nunca le abandonaría.

Yo no quería que nuestro pobre animal soportara más carga que la de la difunta durante esa larga ascensión, por lo que me despedí de mi querida amiga ahí. Perdía a mi confidente, perdía a mi hermana. Me dejaba sola con mis congojas, mis miedos, mis dudas, mi culpa. Retuve las lágrimas delante de los demás. Siempre había odiado exponer mis sentimientos en público. Mi tristeza solo me pertenecía a mí y no quería compartirla. En honor suyo recité lentamente un «Dios te salve María, llena eres de gracia», y deposité un último beso en su mejilla. Fue entonces cuando el bebé se despertó y se echó a llorar.

Henri y Victor se fueron a enterrar a Marie. Gilles me acompañó al puerto. El joven llevaba con torpeza al niño que no dejaba de gritar y de gesticular, estrechándolo muy fuerte contra él como si tuviera miedo de dejarlo caer. Todo el cuerpo me pesaba. Avanzaba lentamente y me cansaba enseguida. Cuando la cabeza me daba demasiadas vueltas, me sentaba unos minutos al borde del camino. Tenía el corazón tan encogido que me quemaba, el pecho tan contraído que me costaba respirar. Jean-Baptiste se desgañitaba cada vez más fuerte. ¿Acaso podía notar que íbamos a entregarlo a nuestros enemigos? A cada grito, mi corazón se desgarraba. Gilles se dio cuenta de mi angustia:

—No debes preocuparte, créeme. Si el padre Damián te ha prometido que se encargaría de él personalmente, podemos confiar en él. Es un hombre bueno. Es algo duro a veces; fanático, es cierto; pero en el fondo tiene un buen corazón. Protegerá a ese niño inocente.

—¿Lo crees realmente? —repliqué con una vocecita, al borde del llanto.

—Sí, estoy seguro de ello. Y además, sabes, ese capricho del destino es quizás una oportunidad para él. Estará bien alimentado, lavado, vestido, y nunca pasará frío. Acabará seguramente en un monasterio, donde incluso quizás tendrá la suerte de aprender a leer y a escribir cuando sea mayor. No será enviado a la guerra como nosotros. Ya lo verás —intentó tranquilizarme.

—Quizás tienes razón. Es mejor así por ahora —balbuceé lanzando un largo suspiro.

La playa del puerto ya estaba bien llena. Por un lado, los quince albañiles mallorquines, sentados en el suelo, escrutaban impacientemente el horizonte en busca de las primeras señales del barco que los llevaría a casa. Por otro, unos oficiales extranjeros, altos, altivos, con uniformes impecables, el bicornio negro sin polvo, el pantalón de un blanco deslumbrante y la chaqueta azul

real coronada por una charretera dorada que centelleaba al sol, conversaban con De Moissac y otros oficiales franceses. Las anchas espaldas de uno de ellos me eran familiares. Era Louis.

Gilles los reconoció enseguida.

—Fíjate, unos oficiales ingleses del bergantín de guardia de la Royal Navy. ¿Qué hacen aquí?

Me devolvió al niño y se acercó a ellos. Yo lo seguí de lejos. Los marinos ingleses habían venido a ver la amplitud del desastre del día anterior. La fuerza de la tempestad los había asustado y temían por nosotros. Querían ayudarnos. Nuestro representante les explicaba que había habido una cincuentena de muertos y que la dificultad inmediata era deshacerse de los cadáveres y reconstruir refugios, para los enfermos y los demás también. Era difícil cortar leña sin hacha y cavar tumbas sin picos ni palas. Solo teníamos las pocas herramientas abandonadas por los obreros del hospital, y no eran suficientes. El capitán británico lo entendió muy bien y se comprometió a conseguirnos más, aunque primero quería inspeccionar el hospital y lo que quedaba de nuestros campamentos. Louis siguió a la pequeña tropa que se marchó hacia el castillo y, al pasar delante de mí, me dedicó una gran sonrisa.

—Me alegro de ver que estás mejor. Pero ¡no te esfuerces demasiado! ¡Cuidate mucho!

Sus ojos brillaban, su mano rozó mi brazo. Bajé la cabeza para ocultar mi emoción. Los obreros se habían levantado. Se podía vislumbrar el barco del pan en la entrada de la bahía. Los jefes de regimiento acompañados de unos cuantos hombres acudían progresivamente para encargarse del reparto. Unos soldados hambrientos nos observaban desde lo alto de la colina, sin acercarse. Desde la toma de la barca del agua, los españoles solo aceptaban en la orilla la cantidad de hombres estrictamente necesaria para el abastecimiento. Jean-Baptiste, abrigado contra mí, se había calmado chupándose dulcemente el pulgar. Me estremecí. El padre Damián, acompañado de su ayudante, hizo su aparición, sin aliento y sudoroso. Tanto en verano como en invierno su frente goteaba, sus mejillas llenas se teñían de rojo, su doble mentón relucía, sus escasos cabellos se engrasaban y sus manazas transpiraban. Una excepción en nuestra comunidad, en la que todos teníamos el pelo áspero, la tez apagada, la piel reseca, las manos agrietadas y el cuerpo descarnado.

—¡Ah, bien! Ya está usted aquí. Perfecto —dijo dirigiéndose a mí.

Antes de lo que yo hubiera deseado, la Beata Catalina Tomás vino a amarrarse contra una roca sobre la cual los marinos lanzaron una tabla. Un pelotón de una treintena de españoles se mantenía dispuesto a abrir fuego sobre cualquiera que quisiera intentar algo. Una veintena de prisioneros desaparecieron dentro del navío y volvieron a salir doblados bajo pesados sacos de víveres que llevaron con celo hasta la playa. Se podía adivinar la prisa de los hombres a la vista de aquello con lo que hacer callar su estómago, yo, en cambio, hubiera deseado que el tiempo se detuviera, con Jean-Baptiste balbuceando en mis brazos. En medio del semicírculo donde se encontraban los alimentos, un suboficial, con una lista en la mano, acompañado por una docena de hombres, llamaba por turnos a cada regimiento, con una voz grave y solemne, enunciando la cantidad de hombres que lo componían. Tres o cuatro representantes del cuerpo nombrado recibían las raciones para todos sus compañeros y se las llevaban. Y todo esto, según el más estricto orden militar y con un silencio casi divino. El pan se había convertido en un objeto sagrado y su reparto cobraba las apariencias de un rito: el cuidado que ponían al transportarlo, la delicadeza con la que lo depositaban en el suelo para que no se desprendiera ninguna miga, la formalidad con la que lo entregaban.

La voz del capellán me hizo sobresaltar.

—¡Ya está! Han terminado de descargar. ¡Vamos a ver a don Juan! ¡Sígame!

Yo ya no podía respirar, como si una correa me oprimiera el pecho. Cuando nos vieron salir hacia la embarcación, los obreros nos siguieron. El cura explicó la situación al capitán del dos mástiles y le entregó una carta para la madre superiora del convento de las capuchinas de Palma. Este último llamó a un marinero de más edad que los demás. Su rostro surcado por las arrugas era dulce y sonriente. Me tendió los brazos para coger a Jean-Baptiste.

Se lo entregué con manos temblorosas. Lo cogió con cuidado y me dijo unas palabras en español que no entendí pero que, por el tono de su voz, me parecieron tranquilizadoras. En sus brazos, el niño volvió a llorar. Soltaron las amarras y el padre Damián se despidió. Gilles se había quedado en la playa para ayudar con el reparto de víveres. Me quedé allí, paralizada y sola. Mi pulso parecía haberse detenido. Solo mi ojo derecho pestañeó para dejar resbalar una lágrima que sequé con furia. Un grito de rabia se escapó de lo más profundo de mis entrañas y retumbó con fuerza en la inmensidad azulada, ahogando por un momento el ruido de las olas.

XI

A partir de ahora todos aquellos que ayudaban a los enfermos residían en el castillo, amontonados en dos salas minúsculas: seis cirujanos, dos boticarios y dos enfermeros, así como veintitrés asistentes entre los cuales había cocineros, portadores de agua, lavanderos, sepultureros y algunas cantineras. La situación de los pacientes era aún peor, aunque cada día disminuía su número, incrementaba inexorablemente el del valle de los muertos. Se había dado la orden de rechazar a los que todavía eran capaces de andar. Así pues, una veintena se alojaba en el campamento y cada mañana venían a buscar su ración y su gaseosa, como la llamábamos, unas gotas de quina y de ácido sulfúrico diluidas en agua, medicamento universal que administrábamos a todos, fuera cual fuera su afección. Para los casos más graves, el capellán nos había proporcionado opio y, gracias a su generosidad, en alguna ocasión podíamos administrarles medio vaso de vino. El vino era un remedio milagroso. Al verlo, se les iluminaban los ojos, recuperaban sus fuerzas y los sufrimientos desaparecían. El efecto, no obstante, era efímero.

—¡Ciento veinticuatro! —contó Rose esa mañana.

Las salas estaban tan atestadas que apenas se podía respirar. Su minúscula abertura no era suficiente para sanear el aire fétido que reinaba en ellas. Salía a menudo a la terraza para aspirar una bocanada de aire fresco y purificar la mente, sola, un instante. Desde la muerte de Marie, a la que echaba terriblemente de menos, y el traslado del pequeño Jean-Baptiste, que nos guardábamos bien de evocar, solo tenía ganas de llorar. Me sentía débil e irritable, con falta de sueño y de intimidad. Vivir y dormir en comunidad se me hacía pesado. Hacía casi un mes que no había tenido ni un solo momento para mí. A Henri cada vez le costaba más desplazarse, dado que su pierna no dejaba de hincharse. Así pues, él ya no salía del castillo y, en consecuencia, yo tampoco. Víctor nos evitaba a todos. Había creado un muro entre él y los demás, y ninguno de nosotros se atrevía a importunarle. Gilles me tenía abandonada. ¿Tenía miedo quizás de que los habitantes del castillo interpretaran mal nuestra amistad? Desde la tempestad, los hombres estaban más decaídos, más amargados. Esa última desgracia había despertado la parte oscura de cada uno. Las peleas, que a menudo llegaban hasta las manos, se multiplicaban. Y la promiscuidad tampoco arreglaba nada. Louis no se había manifestado ni una sola vez, ni tan solo para preguntar por su amigo Víctor. ¡Me besaba y me abandonaba! Lo maldecía. ¿Por qué me había abrazado, si era para no volver a verme? ¡Para hacerme sufrir aún más! Cada noche antes de dormirme, volvía a verme en sus brazos, protegida, serena, feliz. Por ello me odiaba a mí misma todavía más. Tenía que olvidarle.

Rose y yo habíamos establecido poco a poco una relación de compañerismo que habría podido acabar en una buena amistad. Pero esa bonita rubia de origen polaco era una de esas

personas negativas, agobiadas, que parece que lleven continuamente sobre sus espaldas todo el peso del mundo. De su boca solo salían sapos y víboras y ni tan solo se daba cuenta. No tenía un mal fondo, pero su corazón se había amargado con demasiadas desgracias: viuda, su hijo de cinco años no había sobrevivido a la travesía. Su compañía me hundía en vez de reanimarme. Para mí era mejor mantener las distancias.

Afortunadamente, Henri siempre me rodeaba de una gran ternura y no había perdido el optimismo ni el buen humor, a pesar de que la pierna le hacía sufrir un poco más cada día. Veía claramente que soportaba mal vivir en colectividad. Así, con el poco dinero que todavía le quedaba, había pagado a escondidas a un recluta artillero, en otro tiempo albañil, para que le construyera una cabaña sólida, no lejos de la casa de Gilles, en un terreno prácticamente plano, cerca del Palais-Royal. Gracias a las herramientas proporcionadas por los ingleses, fue construida en dos semanas. Esa tarde, mi compañero me había pedido que le acompañara a ver al joven estudiante, sin darme más explicaciones. Me había sorprendido que quisiera salir del castillo, pero lo había seguido en silencio, sin hacer preguntas, tan contenta como estaba de abandonar por unos instantes aquel antro hediondo. Caminaba lentamente y se paraba regularmente, con el dolor marcado en el rostro. Yo le tendía el brazo, él lo rechazaba. Llegamos por fin delante de una casa encantadora, más pequeña que las demás, pero muy bien construida, suficientemente fuerte como para resistir las inclemencias del tiempo.

—¡Entra! —me animó Henri con una gran sonrisa.

Lo miré, sorprendida. Gilles me abrió la puerta y me invitó a pasar. Era bastante alta, podía estar de pie sin problema. Frente a un grueso jergón de hierba fresca había una pequeña mesa hecha con juncos trenzados rodeada de dos trozos de tronco a modo de taburetes.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamaron al unísono mis dos compañeros.

—La mesa y los taburetes son un regalo de Gilles —precisó mi amigo.

Les pregunté con la mirada, con los ojos abiertos de par en par.

—No lo entiendo. ¿Hoy es 20 de noviembre? ¿La casa es para mí?

En esa isla el tiempo inconsistente se diluía y perdíamos cualquier referencia. Ya no había horas, ni días, ni meses, si acaso estaciones. El pasado ya no existía, ni el futuro, éramos prisioneros del presente, un presente atemporal como el de los sueños o más bien el de una pesadilla de nunca acabar. El cirujano asintió con la cabeza y yo prorrumpí en sollozos de alegría. De nuevo tenía un hogar, un hogar propio. Desde que abandoné mi pequeña granja de Senlis, hacía ahora dos años, solo había tenido establos o tiendas rudimentarias como único techo. Por fin tenía un espacio acogedor en el que dormir y descansar, un refugio sólido, solo para mí y Henri, lejos de la mirada libidinosa y aterradora de los hombres del castillo que se iluminaba siempre al acostarse y al levantarse, exhibiendo a veces de manera intencionada su abultado miembro. Yo dormía vestida, me cubría completamente el cuerpo, intentando mantener la cabeza baja para no cruzar la mirada con ninguna de esas pupilas dilatadas. Pero resultaba imposible evitar los roces deliberados, las repugnantes groserías cuchicheadas muy cerca de mí. Mis compañeras, que no disfrutaban del respeto debido a mi estatus de pareja del teniente cirujano de los dragones, eran víctimas de muchas más ofensas que yo. Las mujeres vivían en el miedo; desgraciadamente, con el tiempo, acababan por acostumbrarse. Su único recurso era unirse a un oficial de alto rango que las protegiera, pero no todas tenían esa suerte. Las cantineras que vendían vino en lo que parecían tabernas del Palais-Royal eran las más dignas de compasión. Los soldados ebrios siempre querían más y los maridos no dudaban en ceder su derecho por unas cuantas monedas brillantes.

—¿Y cuántos cumpleaños? —inquirió jovialmente el cabo furriel.

—¡Diecinueve años! —respondí con un tono entusiasta secándose las lágrimas—. ¡Gracias! ¡Gracias! No podéis imaginaros lo que esto representa para mí.

Henri, emocionado también, me cogió por el hombro. De pronto, detrás de mí, otro «¡Feliz cumpleaños!» me sobresaltó. Me di la vuelta y ahogué un pequeño grito de asombro. Allí estaban Víctor y Louis, felices y excitados como dos niños, con las manos escondidas tras la espalda.

—¡Bueno, diecinueve años! ¡Esto hay que celebrarlo!

Víctor había abandonado su máscara de tristeza y su rostro se había iluminado.

—¡Mira, ya tenemos con qué celebrarlo!

Me dio una botella de vino, unos vasos y dos pescados secos, que puse en el tablero de juncos, dándoles calurosamente las gracias. Henri empezó a servir el vino y mis amigos se sentaron en el suelo alrededor de la mesa. Louis se quedó de pie, inmóvil. Mirándome intensamente, sacó el brazo de detrás de la espalda y me entregó un paquetito de hojas secas atadas con una ramita. Cogí el obsequio con mano temblorosa y lo abrí con cuidado. Era un magnífico collar de perlas finamente talladas en madera de enebro.

—¡Es tan bonito! —exclamé, presa de la más viva emoción.

Con el ímpetu, di un paso adelante para abrazarlo; luego me retuve, al darme cuenta de repente de lo indecente de mi gesto. Mis mejillas se encendieron, no podía quitarle los ojos de encima. Armand nunca me había regalado joyas, solo poseía nuestro anillo de boda. Los otros, entretenidos con el vino y charlando, no nos prestaban atención. Louis dio un paso, cogió el regalo y me lo puso delicadamente alrededor del cuello. Su mano rozó mi piel, no pude esconder un ligero estremecimiento. Él lo notó.

—Pero, bueno, ¿no brindáis con nosotros?

El teniente de los marinos de la guardia recobró la compostura inmediatamente y cogió el cubilete que Gilles le tendía. Incómoda, disimulé el collar bajo mi camisa y me senté en uno de los taburetes.

—¡A la salud de la bella Héloïse! —prosiguió el joven furriel.

—¡A su salud! —repitieron todos juntos.

Muy pronto, mis ojos brillaron por la inmensa felicidad que engendraba su dulce amistad, con la que se mezclaban los efectos embriagadores del vino. Insistí en compartir los dos pescados. Ninguno de ellos quería tocarlos.

—El pescado seco se conserva mucho tiempo. Es tu regalo. Guárdalo para los días que el barco se retrase. Harás una buena sopa con él —replicó Víctor con voz firme.

Hablamos de Francia, de nuestras familias, de nuestros pueblos, de lo primero que íbamos a hacer a nuestro regreso, como si estuviera programado para dentro de unos meses, bebiendo y riéndonos hasta muy entrada la noche. Ese día Henri y yo nos acostamos felices en nuestra nueva casa. Profundamente conmovida por esa demostración de amor, excitada por el contacto de la mano de Louis y con los sentidos desinhibidos por el alcohol, me eché sobre mi compañero. Desconcertado por esa Héloïse que no conocía, se dejó desnudar, divertido.

—¡Espacio! ¡Espacio! —se rio—. ¡Te haré beber más a menudo!

La cabeza me daba vueltas, el frío me agujoneaba la piel, pero el deseo era mayor e iba creciendo desde el fondo de mi carne hasta lo insoportable, tiránico e imperioso. Tenía ganas de que me tomaran con fuerza, de que me llevaran deprisa al goce que lo borraría todo. Encima de él,

me encabrité como una diablesa, arrastrada por la dulce locura que incendiaba mi cuerpo y vaciaba mi mente. Un gemido escapó de mis labios, la sonrisa de Louis se me apareció unos segundos y me desplomé en llanto sobre Henri. Él me mimó cariñosamente en sus brazos, en silencio, dándome ligeros besos en la frente, y acabé por sumergirme en un profundo sueño.

Al despertar, tenía la cabeza a punto de estallar, la boca seca y maloliente, y mi estómago se quejaba de hambre. Al ver manchas amarillentas en mi camisa, de pronto recordé mi actitud de la víspera y enrojecí de vergüenza. ¿Qué iba a pensar Henri? Maldecía ese cuerpo que había triunfado sobre mi razón. Yo deseaba a otro, pero saciaba mis pulsiones con mi compañero, a quien mentía. Tenía que olvidarme de Louis. Era injusto para Henri, que era tan bueno conmigo. No podía hacerle esto. Todavía dormía. Su cara relajada era dulce y redonda como la de un niño. No pude evitar darle un ligero beso en su fresca mejilla. La ternura que sentía por él era infinita, semejante a la de una madre por su hijo. Abrió un ojo, me sonrió con buen humor y, sin que me lo esperara, me besó fogosamente. Todavía estaba animado. Pero mi cuerpo, sin los efectos de la embriaguez, ya no estaba dispuesto a responder a sus esperanzas. Aunque él, arrastrado por su propio deseo, no se dio cuenta.

Cuando regresamos al castillo, todo el mundo estaba en plena efervescencia. El padre Damián había anunciado que la junta de Mallorca había aceptado su petición de trasladar a los enfermos al hospital general de Palma.

—Dentro de una semana como mucho, vendrán a buscarles —había notificado orgullosamente a los enfermos con el talante de un Dios salvador.

Los miembros del consejo se habían ofendido. ¿Por qué el capellán se había dirigido directamente a los enfermos antes de hablar con ellos? ¿Acaso el entusiasmo y la vanidad lo habían exaltado peligrosamente? ¿Y si los mallorquines cambiaban de idea en el último momento? No sería la primera vez. ¿Podrían recobrase los soldados de semejante decepción? No se podía jugar así con sus emociones. En el estado en el que se encontraban, eso podía matarles. Los oficiales habían aprendido a proteger a sus hombres, más endebles que ellos, sobre todo a los reclutas, que no habían sido formados en la disciplina militar y tenían todavía el corazón demasiado débil y la moral frágil. Rose me reprendió con la mirada:

—¿Dónde te habías metido?

—¡Ayer era mi cumpleaños y Henri me dio una sorpresa! —me excusé alegremente.

—¿Crees de verdad que es el momento de celebrar tu cumpleaños con todo lo que hay que hacer!

Pronuncié un tímido «perdón», cabizbaja, y me puse inmediatamente a trabajar. Rose tenía el don de hacerme sentir culpable. No soportaba verme feliz. Ella era tan desgraciada y estaba tan amargada que no podía tolerar la felicidad de los demás. Victor entró y me guiñó un ojo de complicidad desde el otro lado de la sala que me hizo sentir mal. Parecía que lo había divertido mucho la víspera. ¿Qué había podido decir o hacer? Mis recuerdos de la velada eran borrosos: unos vasos que se llenaban, unas risas ruidosas, la mirada intensa de Louis, las muecas de Gilles imitando a nuestro querido sacerdote, nuestra animada conversación. Nada más. En el castillo el ambiente se había aligerado y también mi corazón. De repente, el confinamiento y la pestilencia me molestaban menos. Por primera vez desde la tempestad, distribuía con entusiasmo la sopa de habas, que habíamos tenido la suerte de poder aderezar con algunas hojas de col. Las verduras frescas y la carne eran productos muy escasos de los que solo se beneficiaban los enfermos y los oficiales. Era consciente de mi privilegio, que las esposas de soldado no compartían.

Henri estaba cada vez más cansado. El asno Robinson lo llevaba cada mañana al castillo antes de empezar la recogida de agua. Una tarde se desplomó en el suelo, ardiendo de fiebre. Rose vino a avisarme y Victor acudió inmediatamente para auscultarle.

—Es la gangrena —murmuró con resignación mi compañero señalando su pie derecho, que había cubierto con un trozo de tela para protegerlo.

Dos de los dedos de su pie estaban tumefactos y amoratados. La piel y la uña del dedo pequeño se habían caído y revelaban una punta de carne seca negra y hedionda. Esa palabra nos daba miedo a todos. En los campos de batalla, sin escalpelos, sierras ni paños limpios, la amputación era siempre fatal. La gangrena no se detenía y solo la muerte ponía fin a un horrible y largo sufrimiento. Por suerte, mi amigo iba a ser pronto trasladado al hospital de Palma, donde le operarían correctamente. Agradecí ese golpe de suerte que podía salvarlo. Durante toda la noche, con la rabia en mi corazón, sequé el sudor de su frente con agua de mar helada. Dios no podía hacerme eso. Después de Marie, no tenía derecho a quitarme a Henri. Al amanecer, la fiebre había bajado ligeramente y abrió los ojos.

—No te preocupes, Héloïse. Todo irá bien. La gangrena solo está en sus inicios.

Le estreché fuertemente la mano sin poder retener algunas lágrimas. No estábamos en condiciones de hacer más. Solo nos quedaba esperar la fragata de Mallorca.

XII

Tres días más tarde, todos los enfermos fueron trasladados a Palma. Me sentí aliviada al ver partir a mi compañero a quien finalmente iban a poder curar. Había tenido tanto miedo de perderle, tan cerca del final. La fiebre, que disminuía durante el día y se reavivaba por la noche, ya no le había abandonado. Había mar arbolada, un viento glacial ponía en apuros a los mugrientos cuerpos delgados, vestidos con andrajos, que esperaban en la playa, sentados o tendidos, unos detrás de otros. A pesar del frío, la esperanza ponía una sonrisa en sus rostros. El hospital ya no sería la antecámara del cementerio. Tendrían una cama al abrigo de la intemperie, sábanas y mantas, agua a voluntad, algo que comer e incluso podrían lavarse.

En cuanto el barco español había aparecido en el horizonte, habíamos empezado a hacer descender al puerto a los enfermos más graves. Había sido una operación larga y difícil. Al no poder mantenerse en pie la mayoría de ellos, habíamos tenido que trasladarlos de uno en uno sobre las desafortunadas parihuelas que poseíamos. Evidentemente el asno Robinson había sido movilizado. Sin embargo, las idas y venidas habían sido tan numerosas que las débiles fuerzas del personal médico habían acabado por ceder. El capellán había recurrido entonces a otros soldados que, a cambio de una doble ración en la próxima entrega, habían echado una mano. Unas horas más tarde, el barco con destino a Mallorca ya no era más que un punto borroso en el horizonte.

Una inmensa fatiga se apoderó entonces de mi cuerpo agotado por las últimas noches en blanco. Sentía un terrible vacío. ¿Qué iba a hacer? Había perdido de una sola vez mi ocupación y el hombre que me protegía. ¿Debía dormir sola por la noche en nuestra cabaña? ¿No sería peligroso? Cualquiera podría entrar. Estaba fuera de cuestión quedarme en el castillo, aunque quizás allí Victor cuidaría de mí. ¿Cómo comería o bebería? ¿Iban a asignarme la ración de Henri? Desde nuestra llegada a la isla, me había alimentado en el hospital y nunca me había preocupado por el agua ni por las comidas. Tenía que hablar con Victor. Volví pues al castillo.

El capellán estaba en pleno debate con De Moissac y todos los médicos, incluido el compañero de Marie. Los suboficiales del equipo médico podrían permanecer en el castillo, pero los soldados reclutados para ayudar al resto de enfermos debían regresar a su regimiento correspondiente, que les entregaría su ración. Rose me hizo una señal desde el fondo de la sala y la seguí.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte con nosotros en el castillo? —preguntó preocupada.

—No creo. Tengo nuestra casa. Prefiero estar sola, respondí con una voz más bien vacilante.

—¿Estás segura? ¿No es un poco arriesgado? Ya sabes, tienes que ir con mucho cuidado con los hombres. Eres demasiado bonita para quedarte sola mucho tiempo. Yo de ti tomaría otro oficial. ¿Por qué no Victor? No es el más guapo, pero está disponible y os conocéis.

Las palabras de mi compañera eran ofensivas. Henri estaba vivo todavía y el viejo cirujano era el compañero de mi difunta mejor amiga. ¿Cómo podía tener semejantes ideas? Desde la muerte de su hijo había cerrado su corazón para todos y utilizaba a los hombres. Había sido demasiado para ella. Para evitar el sufrimiento de una nueva pérdida, se negaba a encariñarse de nuevo. Su decisión era firme, ya no amaría más. Esta cantinera desprovista de gracias físicas, salvo un pecho generoso que no dudaba en poner de relieve bajo una camisa bien apretada, había escalado progresivamente los rangos del ejército para acabar en compañía de un boticario miembro del consejo de los prisioneros. Había puesto las miras en De Moissac, pero ese viejo militar de carrera se desentendía de las mujeres y en especial de las «advenedizas». Me sentía molesta, furiosa incluso, pero no quería demostrárselo, ella no habría entendido mi reacción. De hecho, se preocupaba por mi suerte y me proponía una solución que a ella le parecía satisfactoria.

—No, prefiero esperar a Henri. No creo que tarde en regresar. Pero gracias por tus consejos. Los tendré en cuenta —me limité a responderle con un tono lo más neutro posible.

Tras estas palabras, Rose me rogó que la esperara un instante y desapareció en la sala contigua, abandonándome allí confusa. Reapareció con los brazos cargados de utensilios de cocina: dos vasos, dos pequeños cuencos, dos cucharas de madera, un poco de pan y una jarra tan llena de agua que se derramaba a cada paso.

—Toma, coge esto, entonces. Lo necesitarás. Te doy también el cubierto de Henri. He puesto algunas habas y un poco de sal y aceite en uno de los cuencos. Esto debería bastarte hasta el reparto.

Muy emocionada, le di las gracias con una señal de cabeza; la polaca tenía realmente buen corazón. Victor no tardó en reunirse con nosotras. Comprendió muy bien mi deseo de estar sola, en mi casa. Él mismo tenía la intención de construirse pronto un refugio, ya que necesitaba silencio y soledad. No me atreví a ofrecerle compartir el mío mientras tanto, por miedo a que mi propuesta le pareciera indecente. No obstante, me habría tranquilizado mucho tenerle a mi lado. El cirujano me garantizó una ración. Tendría la mía, como correspondía a mi rango de mujer de oficial.

—Pero, si quieres, puedes venir a comer aquí con nosotros. Podemos cocinar tu parte con las nuestras. Me gustaría verte cada día.

—Muchas gracias —dije, agradecida—. Ya veré.

Respondió a mi sonrisa e insistió en acompañarme hasta la cabaña, queriendo asegurarse de que tenía suficiente leña para el fuego. Cargó a Robinson con unas ramas de pino y la vajilla que me había dado Rose, a la cual añadió una vieja manta agujereada, dejada por uno de los enfermos. Permanecimos mudos a lo largo de todo el camino, sin sentirnos incómodos. Al contrario, había entre nosotros un íntimo silencio mutuamente compartido, un silencio de amigos, salpicado con tímidas sonrisas y miradas reconfortantes.

El cielo empezó a oscurecerse y se puso a chispear. Aceleramos el paso, temiendo la tormenta, y nos alegró ponernos pronto a resguardo en mi hogar. A la leña mojada le costaba prender fuego, pero el empeño de Victor, que nunca se daba por vencido, acabó por conseguirlo. Puse a calentar un poco de agua en uno de los cuencos de hojalata y añadí dos ramitas de romero que había recogido la víspera. La infusión nos procuró un calor instantáneo. Sentado a mi lado, con el vaso entre sus grandes manos velludas, agrietadas y descarnadas, el viejo marino rompió de repente su mutismo. Un torrente entero de palabras brotó de sus labios, liberadas finalmente después de tantos años. Como un veneno que ahora había que expulsar, me contó su vida.

Joven médico rural en Bretaña, había perdido a su mujer en el parto de su primera hija, que no

había sobrevivido. No había podido soportar la muerte de su bienamada y se había enrolado en la marina por despecho. De guerra en guerra, habían pasado los años. Ya no vivía, sobrevivía. Solo Marie lo había devuelto a la vida. Su voz grave temblaba, sus ojos normalmente duros brillaban por unas lágrimas a punto de derramarse. Evoqué yo también mi amistad con la joven cantinera, la ayuda que me había prestado cuando murió Armand. Con cada palabra, la hacíamos revivir. Marie estaba allí, cerca de nosotros, y podíamos sentir cómo su amor nos protegía. Era negra noche cuando, agotados, entre dos bostezos, decidimos ir a acostarnos. Victor se levantó, dispuesto a dirigirse hacia la puerta. Pero, con un gesto natural, le señalé el jergón:

—Si quieres. Lluve todavía.

—No, gracias. Eres muy amable, pero voy a regresar al castillo. Vendré a verte mañana. Buenas noches.

Se marchó aliviado, acompañado por la luna llena y la sonrisa benefactora de Marie. Yo no tardé en dormirme.

El sol estaba ya muy alto cuando me desperté. Desde la partida de Armand hacia Lille, era la primera vez que me levantaba tan tarde y que estaba sola, triste. ¿Qué iba a hacer con mi día? Adormilada, aterida de frío, al haberse apagado el fuego durante la noche, traje hacia mí la manta de lana gris y permanecí allí un instante, meditando. Era áspera, con algunos agujeros, y olía a orina. Había que aprovechar ese día soleado para lavarla. Me acordé también de la falda y el pañuelo enfangados de Marie que había escondido bajo el jergón. Sin embargo, el cuerpo, fatigado, me pedía permanecer tendida unos minutos más. Tiritando todavía, me acurruqué y decidí obedecerle.

—¡Buenos días! ¿Todavía acostada? ¿Estás enferma?

La voz seca de Victor me hizo sobresaltar. Me levanté de golpe, con las mejillas encendidas. Estaba allí, de nuevo con el rostro severo, con un caldero en una mano y una gavilla en la otra.

—Te traigo un poco más de leña para que estés tranquila durante un tiempo. Y también agua. Puedes quedarte con la olla. Si los enfermos no vuelven, será para ti, para Henri y para mí. Tendría que pedirte un pequeño favor. ¿Podrías arreglar esta camisa?

Sacó de su bolsillo hilo, una aguja y algunos botones de hueso humano que me tendió con un gesto brusco.

—Con mucho gusto —le respondí dulcemente, sin salir todavía de mi sopor.

—Puedes conservar el hilo sobrante para recoser tu manta. Bueno, debo ponerme manos a la obra. Voy a construir mi cabaña justo aquí detrás. Así seremos vecinos y podrás hacerme la comida, ¿no es cierto? —bromeó, ya en el umbral de la puerta.

El teniente no iba a aislarse en el otro extremo de la isla como creían todos. ¿Sentía acaso el deber de cuidar de mí?

—Gracias, Victor. Muchas gracias.

Esas palabras llenas de emoción quedaron suspendidas sin destinatario. Reprimí las ganas de llorar.

La espuma blanca, efervescente de rabia, golpeaba vigorosamente las rocas que, firmes, permanecían impasibles a su furia. El mar de diciembre, de un helado azul verdoso, parecía rebelarse contra el mundo entero. Estaba harto de ser abandonado a su suerte, harto de tener que ir y volver continuamente, constantemente. ¿Acaso no tenía él también derecho a descansar? ¿De pararlo todo, de dejarse ir a una bien merecida letargia? Pero el viento no dejaba de empujarlo.

Estaba cansado, este mar, agotado. Pero no le quedaba más opción que la de luchar todavía y siempre. Luchar, luchar y luchar. Y entonces lloraba, el mar, triste, mojando las rocas con sus amargas lágrimas saladas. Inmóvil frente a esa inmensidad marina, recuperé mis fuerzas. Si él podía, yo también lucharía.

El agua helada mordía mi carne retraída. Yo frotaba con todas mis fuerzas la ropa sucia. Poco a poco las manchas se evaporaban y, con ellas, mis malos pensamientos. Estaba viva, era esto lo único que importaba. El sol me calentaba el rostro y me insuflaba un nuevo ímpetu. Decidí quedarme unos instantes en la playa para aprovechar sus beneficios. Pero había que extender la manta para que se secase bien. Un poco más lejos, en la orilla, una gran roca plana me llamó la atención. Me acerqué a grandes pasos, sin dudar, cuando, de repente, un movimiento detrás de mí me hizo estremecer. Retrocedí, recogí la falda y el pañuelo que había dejado cerca de la orilla y me fui corriendo, asustada. La colada mal escurrida goteaba sobre mi ropa. Sin aliento, atravesé finalmente el Palais-Royal, tranquilizada por la multitud. Gilles me vio y vino a saludarme.

—Buenos días. ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí toda empapada, quieres ponerte enferma? Te acompaño al castillo, si quieres.

Le expliqué que ya no residía en el castillo. Frunció las cejas, me lanzó una mirada inquieta pero no se atrevió a sermonearme.

—De acuerdo, entonces te acompaño a tu casa. Te haré un buen fuego. ¿Has comido alguna cosa?

—No, pero tengo pan en el bolsillo, y algunas habas y pescado seco bien escondidos —lo tranquilicé.

Bajo un gran lentisco pegado detrás de la casa, Henri había cavado un pequeño agujero en el que había introducido una caja de hojalata que protegía mi regalo de aniversario. Tras la marcha de Víctor había añadido en plena noche las provisiones que Rose me había entregado. El joven furriel todavía se ganaba la vida como maestro.

—Ahora tendrás tiempo para aprender a leer realmente. ¿Qué piensas hacer, por otra parte? —preguntó.

Todavía no había pensado en ello. Sabía coser, cocinar y lavar. Descarté el ingrato oficio de lavandera que ya ejercía la vieja Denise. Coser podría ser una buena ocupación y, con nuestros harapos, trabajo no faltaría.

—Puedo coser. Ya tengo una aguja. He de zurcir la camisa de Víctor. Si quieres, ¡puedes hacérselo saber a tus ricos estudiantes! —repliqué riendo.

Gilles también se preocupaba por mí. Ante todas esas muestras de afecto, me costaba reprimir la emoción. ¿Iba a pasarme el día llorando?

Era casi de noche cuando mi amigo se marchó. Habíamos pasado la tarde conversando. Me había enseñado de nuevo las letras del alfabeto y había empezado a leer palabras simples. Recordaba bastante bien nuestras primeras lecciones.

—Muy bien —repitió él satisfecho—. Tienes una memoria excelente.

Me emocioné mucho cuando por fin pude escribir en el suelo polvoriento, con ayuda de un tallo seco, «Héloïse Delage». A partir de ahora, podría firmar con mi nombre. Era tan bonito con sus curvas y todas sus ondulaciones. El poso de tristeza de la mañana se había atenuado. ¿Cómo ocuparía mi tiempo? La solución caía por su propio peso: aprendiendo a leer y escribir, y cosiendo. No había nada más apasionante. Leer, leer. Al fin iba a poder descifrar la Biblia de mi

abuela a mi regreso. Entré la manta secada al sol, así como las prendas de Marie, que doblé cuidadosamente y guardé bajo el jergón. Al inclinarme, el estómago me mandó una señal. Saqué la punta de pan que tenía en mi falda. El pan negro estaba tan duro que era imposible comerlo así. Podía roerse a migas, como hacían algunos. Pero, mojándolo en agua caliente y dejándolo descomponer, obteníamos una mezcla espesa que saciaba ilusoriamente nuestros vientres famélicos. Cucharada a cucharada, saboreaba ese sencillo manjar. Tenía la impresión de padecer menos hambre que los hombres más altos y más fuertes que yo. Además, nunca había tenido un gran apetito. En Francia me ocurría a menudo pasarme el día entero sin comer y sin preocuparme por ello.

El sol había decidido ponerse y la penumbra me impedía coser. Cerré cuidadosamente la estera que me servía de puerta, añadí unos leños al fuego y me tendí en la cama en silencio. La leña, no suficientemente seca, crepitaba. Fuera, el grito gangoso y lastimero de las gaviotas se mezclaba con el silbido de los murciélagos y el trino de los gorriones. Cerré los ojos, relajada. El flaco cuerpo de Armand, cubierto de placas rojas, con la lengua y la nariz ensangrentadas, sacudido por los espasmos, delirando en el suelo nauseabundo de la bodega, vino de pronto a atormentarme. «Armand, mi Armand, ¿por qué me abandonaste sola en esta isla?» La imagen de su cadáver inanimado, arrancado de mis brazos sin contemplaciones y lanzado por encima de la borda como un apestado, permaneció allí, inmóvil. Al borde del llanto, abrí los ojos para ahuyentarla.

La clave era olvidar el pasado. Había que borrar el ayer y vivir solamente el hoy, perderse en los meandros del presente. Mi vida de antes solo había sido una carretera recta, sin curvas ni desviaciones. Aquí, los días eran tan imprevisibles y tan inquietantes... Tomábamos un sendero por la mañana y al día siguiente teníamos que apartarnos de él. Caíamos a menudo, y apenas nos daba tiempo a levantarnos cuando otra piedra nos hacía tropezar.

«Lo mejor es dejarse llevar por la vida y aceptar lo que nos trae», me había aconsejado un día Marie.

Pensar en el futuro era todavía peor. Sí, realmente, valía más concentrarse en el aquí y ahora. Mi jergón, la manta limpia que olía tan bien a mar, el olor acre y familiar del fuego que me calentaba, los delicados ruidos de la noche. Volví a calmarme.

Un crujido de ramitas, un paso, una respiración. Alguien estaba fuera delante de mi puerta. Me agarré a mi manta como una niña desamparada a punto de esconderse.

XIII

La estera tembló. La sombra de una mano grande de hombre la levantó. Aterrorizada, me quedé paralizada en el jergón, con una gran piedra en la mano bajo la manta. La sombría silueta se me acercó.

—Héloïse, ¿estás dormida?

Me estremecí. ¿Qué estaba haciendo ahí, a esa hora de la noche, en mi cabaña? ¿Lo habían visto entrar?

—Acabo de ver a Victor y me ha dicho que habías abandonado el castillo, y quería ver si estabas bien —explicó dulcemente—. Perdona si te he asustado.

Mi boca se negaba a articular ningún sonido. Mi corazón latía hasta romperse de miedo y de emoción a la vez. Estaba acostada y solo llevaba una camisa. La situación era indecente, aquí, en la casa que Henri me había construido. Sus ojos brillaban intensamente con la frágil luz del fuego. ¿Cómo iba a poder resistirme a él? Mi piel pedía su piel. Pero no debía, no aquí. Tenía que deshacerme de él lo antes posible.

—Todo bien. Solo estoy un poco cansada. Me había dormido —mentí levantándome bruscamente.

El collar de enebro resbaló por encima de mi camisa. Louis dio un paso hacia delante, se inclinó y cogió una de las perlas.

—¿Lo llevas siempre puesto? —se dijo a sí mismo, conmovido.

Sentía su respiración en mi cabellera, su olor animal, a mar y a madera a la vez, y cerré los ojos unos segundos para recobrar el sentido. No debía ceder. Él lo aprovechó para rozar mi cuello, y con un dedo levantó mi barbilla. No pude disimular un estremecimiento. En un solo gesto, sus labios se posaron en los míos y mi promesa de fidelidad desapareció bajo el peso de su deseo y del mío.

El montón de paja acogió nuestros dos cuerpos. Las manos rozaban, tocaban y descubrían cada trozo de piel exacerbada. Los labios incendiaban y torturaban cada miembro. La espalda se arqueaba, el pecho se hinchaba, los riñones se hundían, la cabeza giraba. Crecía un ardor imposible de dominar. La carne se abría, recibía, aprisionaba y se abandonaba.

Nos quedamos largo tiempo acurrucados uno contra otro, desnudos bajo la manta yodada, en silencio, en ese bienestar vacío que sigue al éxtasis. Ninguno de los dos se atrevía a moverse, ni a hablar, temiendo que ese momento se evaporara. Sin darme cuenta, acabé por dormirme. El horizonte tenía apenas un color rosa nacarado, el aire era vivo y penetrante, cuando me desperté sola en mi cabaña.

Los días de ese inicio de diciembre pasaron rápidamente, entre lectura, escritura y costura. Mi negocio daba sus frutos gracias a la activa propaganda de Gilles en la plaza del Palais-Royal. Victor se encargaba de proporcionar agua y leña a cambio de platos cocinados y ropa limpia. Cenábamos siempre juntos a la última luz del día, en silencio o evocando a veces el recuerdo de Marie. El antiguo cirujano desaparecía durante el día y no volvía a aparecer hasta la cena. No decía nada sobre sus actividades y yo no me atrevía a preguntarle.

Pero las noches eran largas, divinas, casi irreales. Formaban parte de un mundo paralelo. El paisaje hostil de esa isla descarnada, la delgadez y la palidez de nuestros rostros, la furia del viento y de la lluvia que amenazaba con retrasar la entrega de las provisiones, todo desaparecía en la oscuridad para dar paso únicamente a la suave blancura de la luna y de las estrellas, al cálido olor del hogar y al consuelo del jergón que recibía nuestros cuerpos. Louis aparecía cuando todo el campamento dormía y se iba antes del alba. Noche tras noche, aprendíamos a conocernos y nos contábamos nuestras vidas. A pesar de nuestros orígenes tan alejados —él de una familia de la nobleza provinciana del Languedoc, en el sur de Francia, y yo de una larga descendencia de campesinos de la región de Senlis, en el norte—, teníamos muchas aficiones en común y sobre todo una misma manera de pensar. Nos gustaba la naturaleza, pasearnos en la linde de los campos al caer la noche, en verano, cuando desprenden ese olor especial de paja tibia y de tierra quemada; correr hasta perder el aliento por los prados, para acabar sentados entre los corderos y ver desfilar las nubes. Él también había pasado su infancia en el campo. Recordaba las horas libres que le dejaba su preceptor, cuando recorría sus tierras a pie con los hijos de los criados. Louis Charles Edmond de Saint-Félix también se había divertido aplastando pedos de lobo, esas setas en forma de bola blanca erizada, que explotan proyectando un polvillo negro, para el mayor disfrute de los niños. Se había subido a los árboles vestido con sus hermosos trajes de fino algodón, había nadado en los lagos desnudo como los niños de la granja, había corrido tras las pintadas y las ocas para asustarlas, había cazado conejos a lazo. Su padre, el señor conde, había querido enderezar a ese hijo un poco demasiado asilvestrado y, tan pronto cumplió ocho años, lo había enviado a la escuela real militar del colegio benedictino de Sorèze, en el Tarn. Durante esos cuatro años, interno a unos cuantos kilómetros del castillo familiar, Louis había aprendido el orden y la disciplina, indispensables para el futuro oficial, y los conocimientos necesarios para el buen militar: matemáticas, lógica, ciencias, dibujo, alemán, derecho, esgrima, artillería, ordenanzas militares y teoría de la guerra. Sus recuerdos al aire libre en la casa familiar no eran ya más que una imagen lejana a la que aferrarse los días sombríos. Después de la Revolución, tras el cierre del colegio, su familia había decidido que terminara su formación en la escuela de hidrografía y de matemáticas de Toulon, respetando así su deseo de incorporarse a la marina. El ejemplo del navegante Lapérouse había engendrado una auténtica veneración en el joven adolescente, que ya solo soñaba con océanos, países exóticos y grandes batallas. A los quince años, después de tres años de formación marítima, se embarcó finalmente en la nave Guillaume Tell, y así hizo realidad una parte de sus sueños sirviendo en la campaña de Egipto contra los ingleses. En 1800, después de la derrota de Malta, regresó a Toulon. Luego obtuvo un puesto, ya como insignia, en el navío L'Indomptable que, rápidamente reparado tras la batalla de Algeciras, partió hacia Santo Domingo. El exotismo del Caribe estuvo lejos de coincidir con la dulzura pintoresca de los paisajes de su imaginación. Los guerrilleros masacraron de forma salvaje a muchos de sus compañeros. El calor húmedo de la isla los hacía enfermar a todos. Allí descubrió

por vez primera el verdadero horror de la guerra. Vencido, pero sano y salvo, volvió a Toulon en el dos puentes. Joven, fuerte, alto, leal, fue designado para formar parte de la unidad de élite del emperador, los marinos de la guardia imperial, cuyo campamento estaba en Boulogne. Participó en la campaña de Prusia, que le hizo merecedor del rango de teniente. Después, como yo, tomó el camino de España hasta la fatídica batalla de Bailén. Consiguió evitar los pontones, pero muy pronto fue hecho prisionero y enviado a nuestra espantosa prisión.

Si creía haber vivido mucho para lo joven que era, haber hecho camino y visto mundo, mi recorrido me parecía ridículo frente a la amplitud del de Louis. Tantos mares y océanos atravesados, tantas tierras visitadas y tantos combates realizados me dejaron sin palabras. Me quedaba admirada, cada día un poco más, ante ese hombre nueve años mayor que yo, que había sobrevivido a tan gran cantidad de guerras. Bajo sus aires un poco arrogantes y altaneros a veces —había acabado por creer que nada podría detenerle y no temía a nadie—, descubría a una persona sensible que, a diferencia de muchos de nosotros, no había perdido la esperanza ni la fe en el prójimo. Su rostro masculino, que había conservado un aire juvenil, debido quizás a sus finos cabellos rubios, ocultaba perfectamente su extenso pasado. Todo su ser continuaba desprendiendo una energía que parecía no poder agotarse nunca. Pero también sabía que podía ser duro con los demás y exigente consigo mismo. Su mirada podía cambiar fácilmente del gris perla al gris acero. Y no tardé en experimentarlo.

Como cualquier suboficial, acostumbrado a ser obedecido, confundía sugerencia, consejo y orden. Yo le había hablado de Armand y nombraba en ocasiones a Henri. Él, en cambio, nunca había mencionado una conquista femenina y, cuando un día me arriesgué a preguntarle sobre este tema, la sequedad de su respuesta me cogió desprevenida.

—Esto no te concierne. Queda entre ellas y yo.

Ante mi desconcertada expresión, suavizó el tono.

—Las demás no tienen ninguna importancia. Es cosa del pasado. Ahora solamente cuentas tú.

Sospechaba sin embargo que habían sido muchas. Su profundo conocimiento del cuerpo femenino solo podía ser el fruto de una gran experiencia. Me llevaba a unos abismos de placer que nunca antes había conocido. Poco a poco, delicadamente, bajo su tutela, descubría unos éxtasis que nunca había sospechado y aprendía a procurárselos a él. Nunca quedaba saciado. Convertíamos el acto amoroso en un arte que siempre podíamos perfeccionar. La carne pedía siempre más, la piel parecía drogada, había que ir siempre más lejos, más lejos todavía. Pasábamos horas desnudos, mirándonos simplemente bajo el débil centelleo de las llamas al tiempo que hablábamos de nosotros, tocándonos en silencio después, lentamente, para hacer durar esta voluptuosidad hasta el infinito. Por la mañana, en el lecho frío, mi cuerpo ya temblaba por una ausencia que solamente podían calmar el olor de Louis impregnado en la manta y mucha actividad física. Había recuperado tal energía que trabajaba sin cesar, dormía cada vez menos y me olvidaba a veces de comer. Louis se había dado cuenta y, en repetidas ocasiones, me había aconsejado disminuir el ritmo, tranquilizarme, descansar más tiempo o hacer siestas, y tomarme tiempo para almorzar.

—Cada vez estás más cansada, Héloïse. Tienes que cuidarte, si no, vas a caer enferma.

Una noche, entró, me lanzó una mirada glacial y se dio inmediatamente media vuelta diciendo:

—Ya basta. ¡O cuidas de ti, o no vengo más a verte!

Me hundí en el llanto, sin poder más. ¿Cómo podía dejarme así? ¿Cuando mi cuerpo entero lo reclamaba, cuando mi mente necesitaba su presencia para tranquilizarse! Eché pestes,

maldiciéndolo, golpeé el suelo hasta hacerme daño, completamente fuera de mí. ¿Qué había hecho de mí? ¿En qué me había convertido? Una ramera dependiente, que ya no podía vivir sin sus caricias.

Seguía sollozando cuando alguien empujó con fuerza la estera. Mi cara se iluminó. Volví. Me levanté de golpe, dispuesta a recibirle en mis brazos, pero volví a caer enseguida sobre el jergón, frustrada. Victor me miraba alarmado.

—He oído unos gritos. Vengo a ver qué ocurre. ¿Estás bien?

Me quedé atónita y muda. ¿Qué podía decirle? Tenía los ojos hinchados, el pelo alborotado, las mejillas enrojecidas por la rabia, las manos crispadas en las rodillas. Se sentó a mi lado, me tomó delicadamente en sus brazos y en silencio me meció suavemente contra él. Ese hombre, que siempre mantenía las distancias y permanecía frío en todas las circunstancias, me consolaba ahora como un padre da consuelo a su hijo. Cerré los ojos y respiré profundamente, escuchando atentamente los latidos de mi corazón que poco a poco se calmaban. Pronto dejé de oírlos.

A la mañana siguiente, con la excusa de traerme leña, el cirujano vino a asegurarse de que me encontraba mejor. Al ver que me había recobrado, se mostró discreto con el acontecimiento de la víspera. Sin duda, él mismo se sentía un poco avergonzado por haberse dejado llevar a un gesto tan íntimo. Con el corazón apesadumbrado, incapaz de engullir nada, me fui en dirección al Palais-Royal para entregar a sus propietarios las camisas que había remendado. Después de recoger nuevos pedidos, fui a ver a Gilles para mi clase de lectura. Uno de sus alumnos adinerados había conseguido que el padre Damián le facilitara una Biblia en francés y le había cedido su uso a cambio de unas horas de clase gratuitas. El joven maestro estaba muy orgulloso de mostrármela. Tenía por fin un libro entero, uno de verdad, a pesar de que esta obra estaba en las antípodas de las ideas liberales que él predicaba. Hasta entonces, solo había utilizado unas hojas de papel amarillento, en las que habían escrito de memoria la obra de teatro representada en otoño. Empezamos pues por el Génesis.

—«Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era informe y vacía: las tinieblas cubrían la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía por encima de las aguas» —conseguí leer de una tirada tras muchos ensayos y repeticiones—. Informe y vacía, un poco como nuestra isla —murmuré tristemente para mí misma.

Al ver mi brusco cambio de estado de ánimo y mis ojos todavía hinchados, mi amigo comprendió que algo había pasado.

—Hoy no es tu día. ¿Quieres que lo dejemos? Si necesitas hablar, aquí me tienes.

—No, estoy bien. Solo que he dormido muy mal —logré decir sin hundirme.

—«La fuerza y la gracia son el aderezo de la mujer.» En tu caso, la Biblia no se equivoca —me halagó para arrancarme una sonrisa.

Caía ya la tarde cuando regresé a mi casa. Tenía prisa por volver para hacerle la cena a Victor. Louis seguramente vendría a verme esa misma noche, al menos así lo esperaba. Con las camisas y los pantalones enrollados bajo el brazo, me acercaba a paso ligero, con la mirada pegada al suelo para evitar tropezar con las piedras, cuando el grito agudo de una gaviota me hizo levantar la vista al cielo. Salía humo de mi chimenea. Alguien había encendido un fuego. ¿Acaso Louis había venido a pedirme perdón? ¿A pleno día, estaba loco? Apresuré el paso, corrí casi loca de alegría.

XIV

Entré en tromba, jadeante, enganchándome la ropa con los tallos de la estera. Un desconocido, de espaldas, sentado en un taburete, se calentaba cerca del hogar. Iba limpio, bien vestido, con los cabellos bien cortados en la nuca y olía bien, a jabón. Ignoraba quién era y qué quería de mí. Se levantó y se dio la vuelta. Un Henri apenas reconocible, con unas mejillas regordetas que acentuaban la redondez de su rostro, unos labios carnosos, muy sonriente, recién afeitado, me tendía los brazos. Decepcionada y a la vez contenta de verlo vivo, me lancé hacia él.

—He pensado mucho en ti durante todo este mes —dijo, turbado—. Pero veo que te las has arreglado muy bien. ¡Victor me ha dicho que ahora te han designado costurera del Palais-Royal! Tengo una pequeña sorpresa para ti. Precisamente la noche de Navidad, llega en el buen momento, ¿no te parece?

¿Navidad, pero qué estaba diciendo? ¿Ya era Navidad? Ni Victor ni Louis ni Gilles habían hablado de ello. Habíamos llegado hasta el punto de olvidar una fecha tan importante como el nacimiento del hijo de Dios. Además, ¿por qué celebrarlo si se había olvidado de nosotros? Incluso el padre Damián se había olvidado de sus parroquianos desde hacía más de una semana. Henri sacó de sus bolsillos una veintena de higos secos.

—Son todos para ti. Siempre que he podido, he guardado uno. ¡Y he aquí lo mejor! —Puso en mi mano una hermosa naranja brillante. La acerqué suavemente a mi nariz, olisqueé todos sus efluvios, y acaricié su piel por todas partes.

—Gracias, Henri. La guardaré para esta noche —pronuncié en voz baja, sin atreverme a mirarle, emocionada por su afecto y consumida por un profundo sentimiento de culpa.

—Creo que bien merezco una sonrisita. ¡Es Navidad, a pesar de todo, y estoy aquí!

Estaba tan contento de verme.

—¡Una Navidad sin misa del Gallo! —acabé diciendo con un tono pretendidamente ligero.

—¡Claro que sí! El padre Damián iba conmigo en el barco. El viento era tan fuerte que hemos tenido que esperar dos días antes de hacernos a la mar. Pero finalmente hemos llegado todos con los víveres.

¿Las provisiones habían llegado con retraso? Sin embargo, Victor me había entregado nuestra ración de habas y de aceite en la fecha prevista. Solo había explicado que había habido un problema con el pan y que por eso teníamos doble ración de habas. ¿Dónde se había procurado esos alimentos el excompañero de Marie? ¿Los había comprado para no preocuparme? No le dije nada a Henri. Este me abrazó de nuevo, me besó ardientemente y en unos minutos me tomó allí mismo, vestida como iba. Me dejé hacer, abandoné mi cuerpo reticente, sometida a lo que a partir de ahora ya no sería un placer, sino un deber. Él no se dio cuenta de nada y pronto se echó a mi

lado, satisfecho.

Víctor no había querido acompañarnos a la misa. Así pues, se había quedado en nuestra morada para vigilar nuestra valiosa cena que aún cocía a fuego lento. A causa de los retrasos en la entrega, del hambre y de la miseria que generaban, los robos no dejaban de aumentar. Uno ya no podía fiarse de nadie. Cualquier vecino representaba un peligro. Con uno de los pescados secos, unas cuantas ramitas de romero, sal y una buena ración de habas, había preparado una sopa deliciosa, que había acompañado, como postre, de una especie de crema, más bien una papilla bastante líquida elaborada a partir de tres finas rebanadas de pan cocidas en el jugo de un higo seco cortado en trocitos.

La capilla, ese día del año tan importante, estaba casi desierta. Solamente las primeras filas estaban ocupadas por los habituales, unos pocos soldados desesperados que todavía intentaban hallar en Dios el consuelo necesario para continuar viviendo. Las cantineras estaban prácticamente todas. Pero no veía a Rose. Quizás no sabía que era el 24 de diciembre o había preferido ignorarlo, como la mayoría de los suboficiales. Para la ocasión, me había puesto la falda de Marie y su pañuelo limpio, pero en lo que todo el mundo centraba una mirada de envidia era en el nuevo traje de Henri. Absorbida por la magia de la Natividad, ese momento de recogimiento espiritual que nos devuelve a nosotros mismos y nos transmite de nuevo esa fascinación por la vida, me sorprendí agradeciendo a Dios el estar todavía aquí en la tierra y el permitir a todos los míos permanecer en ella. Siempre había experimentado una sensación de quietud inexplicable en los lugares sagrados, que, incluso en los peores momentos, me devolvían las ganas de vivir.

Llegó el momento de la eucaristía y, para la ocasión, el capellán nos ofreció a cada uno media copa de vino de España como símbolo de la sangre de Cristo, y dos hostias en lugar de una, un pequeño suplemento que, en nuestro estado, fue muy apreciado. Era su manera de ser caritativo en esta santa noche. Apenas había vuelto a mi sitio junto al pasillo central y rezaba de rodillas, con los ojos cerrados, cuando un dedo rozó furtivamente mi hombro. Me di la vuelta y reconocí inmediatamente la espalda imponente de Louis que se dirigía hacia el fondo de la sala, en el extremo derecho de la puerta, en la penumbra. Me sobresalté. ¡Encontrarle allí, con Henri a mi lado! Me esforcé en concentrarme en las palabras del padrenuestro, pero mi cabeza divagaba, mis labios temblaban, sentía pánico. Mi pulso latía todavía a toda velocidad cuando el cura pronunció la despedida «¡Con la paz de Dios!» y entonamos «Ángeles cantando están» como canto final. Tardé en salir de mi fila, dejando pasar primero a todos los hombres que había delante de nosotros. Christine, después Louise y finalmente Sophie me saludaron. Me entretuve con esta última que me hablaba de su compañero mimbrero, escrutando a la vez desesperadamente a todo el mundo, esperando no encontrar entre ellos la cara tan temida. Con gran alivio, crucé el umbral del edificio. Ya estaba tomando la dirección de nuestra choza cuando Henri, que se había rezagado, me llamó.

—Héloïse, espera. Acabo de ver a Louis. Vamos a saludarle.

Me quedé paralizada. Mi compañero estaba ya junto a mi amante, que, súbitamente lívido, había perdido toda su arrogancia. Le explicaba con entusiasmo su experiencia en el hospital de Palma, la suerte que había tenido de no perder más que dos dedos del pie, la seriedad y la amabilidad del personal que le había cuidado, y el respeto con el que se le había tratado.

—Allí los soldados solo desean una cosa: ¡seguir enfermos cuanto más tiempo mejor! —añadió con tono jovial.

Louis le prestaba toda su atención, con una sonrisa forzada en los labios, moviendo la cabeza de vez en cuando e ignorándome totalmente.

—Yo, por el contrario, languidecía. El corazón, querido amigo mío, prevalece a veces sobre la razón. El sufrimiento solo se soporta al lado de aquellos que uno ama.

¿Por qué Henri estaba de repente tan hablador? Pronunció después esas palabras que casi me hicieron desfallecer:

—¿Qué va a hacer ahora? Héloïse nos ha preparado una cena soberbia. ¿Quiere usted unirse a nosotros? También estará Víctor.

Los ojos de Louis se enturbiaron y luego me interrogaron discretamente. Mi expresión le suplicaba que rechazara. Por fin le oí articular:

—Muchas gracias, pero no puedo abandonar a mis compañeros, que han organizado un encuentro para tomar unas copas en el Palais-Royal.

Encontramos junto al fuego a un Víctor triste y taciturno, sumido en sus pensamientos. Yo sabía que pensaba en su mujer o en Marie. Estas fiestas a veces era mejor olvidarlas, ya que podían sumergirnos en una peligrosa melancolía.

—¿Qué, Víctor, está cocida esta sopa? ¿Espero que no te lo habrás comido todo? —le pregunté adoptando un tono alegre.

—No, no —dijo fingiendo buen humor—, ¡solo me he comido la mitad!

Ambos estábamos afligidos, pero nos dejábamos envolver por el sincero entusiasmo de Henri. Este último llevaba toda la conversación. Tenía tanto que contar sobre su experiencia en Mallorca. El excompañero de Marie solo le hizo una pregunta. ¿Había podido averiguar dónde se encontraba Jean-Baptiste? No había sido fácil, pero, a fuerza de insistir, había encontrado a una enfermera que había accedido a hablar. Un bebé francés había sido entregado a las madres capuchinas, que a su vez lo habían confiado a una buena familia mallorquina. No había por qué preocuparse, el hijo de mi amiga estaba vivo y bien alimentado. El viejo marino había añadido una botella de vino a nuestro banquete. Me sentí llena por primera vez desde hacía un año y medio, desde la cena que había precedido el horrible ataque nocturno de Bailén. Esa batalla había querido olvidarla. Ninguno de nosotros la mencionaba nunca.

Después de partir de Toledo el 24 de mayo de 1808, todo había ido a peor. Córdoba había sido tomada y saqueada en pocos días. Pero los andaluces eran tenaces y rencorosos, totalmente decididos a vengar a sus mujeres y a sus hijos. Por lo tanto, tuvimos que retroceder, hasta encontrarnos rodeados por una banda de feroces guerrilleros y una población que nos odiaba. Las tropas del ejército español se habían establecido cerca de allí. Teníamos que marcharnos. Fue al final de esa tarde del 18 de julio que el general Dupont nos había ordenado prepararnos y sobre todo comer mucho, ya que la noche iba a ser larga. Esa noche fue interminable, la más aterradora de mi vida. La batalla no llegó a su fin hasta el mediodía del día siguiente. Fue nuestra última y verdadera comida como hombres y mujeres libres. Prisioneros, en las carreteras de Andalucía apenas nos alimentaban. Y en los pontones de Cádiz, nuestro destino final, las raciones de galletas eran escasas y a menudo se pasaban por alto.

Un minúsculo cuarto de naranja borró de golpe esos siniestros recuerdos y me hizo deslizarse delicadamente en el mundo de la dulzura y la voluptuosidad, el del sabor dulce. En nuestra isla no había más que el sabor acre de lo salado, el aire marino, el agua de mar que nos hacía padecer sed, o el resabio amargo de lo agrio, el tocino rancio, el pan enmohecido. Tras mucho insistir,

Henri y Victor compartieron un fino trocito del fruto, lamiéndose durante un rato los dedos embebidos de jugo, como si fueran niños pequeños. Los miré, satisfecha de verlos tomar parte en mi deleite, y no pude retener una risita ahogada. El resto de la manzana de oro fue degustado el día siguiente y durante los ocho días que siguieron. Su corteza seca sirvió durante mucho tiempo para aromatizar nuestras papillas.

Transcurrió más de un mes, un duro mes de enero, frío, mordaz, despiadado con nuestros cuerpos medio desnudos. Las carnes temblaban, los rostros palidecían, las extremidades perdían sensibilidad, las gargantas tosían y los muertos se acumulaban en los senderos helados, antes incluso de que tuviéramos tiempo de enviarlos a Palma. La desesperanza iba penetrando lentamente bajo los techos. No había ni un solo lugar en el que un hombre agobiado no soplara su insidioso veneno en la debilitada mente de sus compañeros. En adelante ya no había nadie para impedirselo. Nos encerrábamos en nosotros mismos, preservando toda nuestra fuerza únicamente para nuestra propia supervivencia. El altruismo es muy difícil cuando uno sufre. ¿Cómo dedicarse a los demás, cuando apenas podíamos ocuparnos de nosotros? No obstante, todos sabíamos que solo la bondad, la compasión y el amor nos mantenían todavía humanos, a nosotros a quienes habían intentado reducir al estado de bestias. Cada vez más, los hombres, como si de lobos o zorros se tratara, obedeciendo únicamente a su instinto, robaban a sus vecinos, llevándolos así a una muerte certera. El egoísmo se propagaba, inexorable. Fue ese día 14 de febrero de 1810 cuando alcanzó su paroxismo.

Los vientos contrarios y el mar tempestuoso impedían que el barco del pan pudiera fondear en la ensenada habitual al norte de la isla. Así pues, los españoles iban a intentar atracar en una bahía situada más al este. Henri, Victor y todos los suboficiales habían sido movilizados para asistir al reparto. Louis seguramente también participaría en él. No lo había vuelto a ver desde la cena de Navidad. Me evitaba, y su indiferencia me hería tan profundamente que a menudo lloraba a escondidas. ¿No iba a luchar por mí? ¿Iba sencillamente a resignarse?

Ese día, Henri me pidió que le acompañara. Desde lo alto de las rocas dispuestas a modo de anfiteatro alrededor de la pequeña bahía, los hombres hambrientos e impacientes observaban atentamente las maniobras de la tripulación que descargaba los víveres. Apenas había la mitad en la orilla cuando una veintena de hombres subió a bordo por sorpresa y con unos cuantos movimientos se apoderó del barco. Las velas fueron izadas apresuradamente, la evasión estaba en marcha, fuera de la vista de los barcos de guardia británico y español, cuando más de un millar de prisioneros furiosos, vociferando con todas sus fuerzas, empezaron a bombardear a los fugitivos con una lluvia de piedras. El odio desfiguraba la cara de mi compañero y de todos los demás. Sus brazos lanzaban con rabia una granizada de guijarros que no cesaba. Pronto los asaltantes fueron heridos y saltaron al mar para no ser dilapidados, volviendo precipitadamente a la orilla y huyendo lejos de aquellos a los que habían traicionado. La chalupa cañonera no tardó en llegar y lanzó una descarga hacia los secuestradores y los testigos más próximos. Todo ocurrió muy deprisa. Henri me cogió del brazo y me obligó a retroceder para esquivar las balas. Pero el fuego de los mosquetones ya cesaba y el reparto pudo reiniciarse. El capitán de la embarcación estaba nervioso, enfadado. Había que disipar sus inquietudes. Todavía recordábamos las nefastas consecuencias del robo de la barca de agua. Victor, Henri y los demás miembros del consejo se apresuraron a tranquilizarlo:

—Podemos asegurarle que este abordaje no ha sido premeditado, como puede ver usted

mismo. ¡Fíjese en cuán rápidamente han reaccionado los hombres! Puede estar seguro de que esto no volverá a ocurrir. Vamos a tomar todas las medidas necesarias y los culpables serán castigados como es debido. Se lo prometemos.

El oficial español no estaba demasiado convencido y los miraba con aire dubitativo. Preocupada, me volví hacia el pequeño trozo de arena en el que los alimentos habían sido depositados, al pie de las rocas escarpadas. La piedra calcárea abrupta y angulosa despellejaba los pies descalzos. El viento glacial frenaba el avance. Transportar todos los víveres hasta el campamento iba a ser una operación larga y difícil. Así pues, se había decidido que el reparto de las raciones se realizaría allí mismo. Los suboficiales habían informado a sus soldados. Tenía esa extraña sensación de que alguien me estaba mirando fijamente. Sin embargo, en la minúscula playa abarrotada y llena de agitación no había ningún rastro de aquel a quien esperaba ver. En todas las caras vi la misma expresión crispada por un terror profundo: el miedo de comer por última vez.

XV

Ocurrió aquello que todos temíamos. No habíamos podido evitar el rencor de nuestros enemigos. El día previsto para la entrega transcurrió sin que ninguna vela blanca viniera a hendir el azul límpido del mar. Pero intentábamos convencernos todavía de que no era más que un pequeño castigo de los españoles para señalar su descontento y su autoridad. No podían abandonar a cerca de cuatro mil hombres a una muerte lenta y cruel.

Aún me quedaba un pescado seco, diez habas y quince higos, comida suficiente para aguantar dos o tres días compartiéndola con Henri y Victor. Siempre había sido previsora y ahorrativa, lo que me permitía dormir tranquila. La vida me había enseñado, desde bien pequeña, que el mañana podía resultar mucho peor todavía. Esa noche, habría caldo de pescado con cinco habas aplastadas. Tener el estómago lleno nos aseguraría un buen descanso, algo muy importante para mantener nuestras débiles fuerzas. Henri, confiado, conservaba su acostumbrada calma. El barco llegaría a la mañana siguiente o el día después, pero vendría. Victor, por su parte, no estaba tan seguro. Nuestros carceleros eran capaces de todo. ¿Acaso no nos habían obligado a hacer frente a un verano tórrido y sin agua? ¿Y no sabemos que la sed mata más que el hambre? Me dormí en los brazos reconfortantes de Henri intentando olvidarme de todo, imaginándome tendida en la hierba verde bajo un sauce llorón, rodeada por la suavidad de las nubes detrás del follaje. Pero, como cada noche, los ojos de Louis vinieron a obsesionarme. ¿Habría encontrado algo para cenar?

A la mañana siguiente, todavía nada. El día después, el horizonte seguía vacío, a pesar de que el mar estaba en calma y era un día soleado. De cabaña en cabaña, de acantonamiento en acantonamiento, la inquietud general se metamorfoseó en auténtica angustia. Los que no habían comido la víspera empezaron a rastrillar el suelo, a remover las piedras, lentamente pero luego con furor, en busca de hierba fresca que mordían completamente cruda y masticaban largo rato. Había algunos afortunados que encontraban un ramo de tréboles, otros con menos suerte hacían hervir ortigas o una especie de planta marina que tenía el sabor ácido de la acedera. Otros, todavía más desesperados, se precipitaban sobre los cardos, cuyas puntiagudas espinas les ensangrentaban la boca, o sobre las raíces de tubérculos de un insoportable sabor acre, que resultaron ser un auténtico veneno. Ese sucedáneo de patata, apenas más grande que una nuez, provocaba calambres y diarreas mortales. Los lagartos todavía no habían salido de su hibernación. Los ratones y las ratas llevaban tiempo exterminados. El cielo nos agobiaba con sus apetecibles pájaros fuera de nuestro alcance, golondrinas de mar, tordos, gaviotas o cormoranes. Solo quedaba el mar. Sus recursos no eran mucho más numerosos. Al no haber mareas, el Mediterráneo no ofrecía la abundancia del Atlántico.

Para encontrar conchas, crustáceos o moluscos, había que escalar a menudo los peñascos más

escarpados y descender a los precipicios de la orilla del mar. Tanta energía invertida y no siempre recompensada. Algunos intrépidos salían en busca de pulpos. Con ayuda de un largo bastón envuelto con un trapo, picaban en el lugar en que residía el pulpo. Este último enrollaba sus tentáculos alrededor de la rama y ya solamente bastaba con tirarlo al suelo para matarlo. Los más afortunados utilizaban un trozo de hierro en la punta de una pértiga a modo de tridente, como lo había explicado un día Víctor, que había conseguido pescar uno con sus propias manos. Orgulloso, había traído ese día ese extraño monstruo marino de color gris oscuro, de tres o cuatro kilos, con una especie de vejiga situada bajo la ancha cabeza, que expulsaba un líquido negruzco. No era nada apetitoso a primera vista, pero su carne, que enrojecía con la cocción, daba un succulento caldo. Los menos atrevidos tenían que conformarse con algunos minúsculos cangrejos que se encontraban todavía en la orilla entre las rocas, o con dos o tres anchoas que con mucha paciencia acababan por capturar con ayuda de improvisados salabres, confeccionados a partir de un tejido agujereado atado con una hierba seca alrededor de un tallo curvado.

Un simple pequeño pez habría sido suficiente ese miércoles. Pero la tenacidad de Henri y de Víctor no fue recompensada. Regresaron apenados, cabizbajos y congelados, con solo unas pocas algas para cocinar como única cosecha. Yo les había preparado un buen fuego y, como el día anterior, había hecho hervir seis higos en un poco de agua para nuestra cena. Por la mañana había empezado a sentir un insidioso dolor de cabeza, que ya no iba a abandonarme.

Tres días más tarde, me desperté con un dolor extremo. El cuarto día habíamos acabado el último higo y devorado las algas. El quinto, solo había engullido un poco de agua caliente condimentada con romero. Las migrañas se habían acentuado y los vértigos se repetían. Esa mañana, sentada en el suelo y acurrucada, no podía levantarme. Las tripas me atormentaban. Las piernas se aflojaban, los brazos descarnados me abandonaban, mi corazón ralentizaba. Ya ningún miembro me obedecía. Al frente de un cuerpo desarticulado, me quedaba allí, inmóvil, intentando luchar. Si mi cuerpo cedía, mi mente no debía capitular.

Henri me dirigió una mirada afligida y salió de la cabaña con rabia, en busca de algo para aliviarme. Cerré los ojos y respiré largamente para relajarme. Quería vivir, incluso si tenía que ser con hambre, pero vivir. Todos lo deseábamos. La vida revestía un nuevo valor ahora que querían arrebatárnosla. Tenía la boca seca. La lengua hinchada no cesaba de salivar. El aliento fétido me daba náuseas. Mi torturado vientre seguía dándome tirones y gritaba: unos rugidos cada vez más fuertes, cada vez más desgarradores, para hacerse oír claramente por mi cabeza, que parecía ignorarle. Pero mi cabeza lo oía y se llenaba de pánico. Derramaba lágrimas sin cesar. Nada podía impedirlo. Al límite de sus fuerzas, mi cuerpo acabó por desplomarse y me sumergí en un sueño profundo.

Oí vagamente una voz conocida. Mis ojos no tenían todavía la fuerza de abrirse. Ese timbre ronco y cálido, ese acento ligeramente cantarín. Louis. Debía de estar soñando. Louis. De nuevo Louis. Siempre Louis. Mi corazón se encogía. Noté unas pisadas, cerca de mí unos brazos me atendían solícitamente. Sentí algo húmedo en mis labios. Después, nada más, el sopor me invadió de nuevo.

Cuando recobré el conocimiento, divagaba. En mi delirio, me parecía oler aromas de carne asada. La garganta me picaba y me hizo toser. El olor era cada vez más fuerte, tan potente que me hizo salivar. Creí oír unos ligeros burbujeos de cocción. Volví la cara en su dirección y levanté mis pesados párpados.

Delante de mí, sobre el fuego, en la olla de cobre, algo se rehogaba. Por encima, los vapores

que se desprendían llenaban la sala de un aroma que aturdió los sentidos. Al lado, sentados en nuestra pequeña mesa, Henri y Víctor conversaban tranquilamente.

—¿Qué estáis cocinando? —pregunté débilmente.

Se dieron la vuelta, sorprendidos y aliviados al verme finalmente despierta.

—Louis nos deja compartir su conejo con él. Qué amable, ¿verdad? —se apresuró a explicar Víctor con una sonrisa.

Se había encontrado con él por casualidad en la avenida de los Suspiros —así habíamos llamado al camino que llevaba del Palais-Royal a la fuente— cuando regresaba de su expedición en una pequeña isla vecina, a dos kilómetros y medio de la nuestra. El dragón Coutant había descubierto que en esta última, accesible nadando cuando hacía buen tiempo, abundaban los conejos. La noticia dio rápidamente la vuelta en toda Cabrera. Pero teniendo en cuenta las condiciones físicas en las que nos encontrábamos, esa larga distancia a nado era una hazaña. El mar estaba helado, y las corrientes marinas, invisibles y traidoras, se habían llevado a más de uno. Víctor era temerario y buen nadador, pero, a sus cuarenta años, sus fuerzas ya no eran las de su juventud. Louis, en cambio, no tenía miedo a nada y, con sus veintiocho años, podía muy bien intentar desafiar el oleaje. Así pues, no teniendo nada que perder y todo por ganar, se había arriesgado. Mi sombra fantasmagórica, que había visto de lejos recogiendo un poco de romero, le había convencido.

—Va a venir a cenar con nosotros —añadió Henri.

Al oír estas palabras, me puse a temblar. No había vuelto a verlo desde la noche de Navidad, hacía ya dos meses. Pero todo había cambiado desde entonces. Me moría de ganas de volver a verle al menos una vez, solo volver a verle, hablarle, sentir su presencia, rozar su brazo, una última vez antes de que el hambre me hiciera desaparecer para siempre jamás.

Louis había traído su cuenco y ya estaba comiendo, con la nariz inclinada hacia su trozo de caza. Estábamos todos concentrados en saborear la pequeña parte de carne que nos habíamos concedido, en el mayor silencio, como si se tratara de un acto sagrado. Tres cuartas partes del animal habían sido conservadas en previsión de los días siguientes. Masticábamos muy lentamente, manteniendo en la boca cada pedazo de carne filamentosos, que acababa por perder todo su jugo y reducirse a unas simples fibras difíciles de tragar. Yo, de vez en cuando, levantaba la vista y les sonreía a todos. Henri y Víctor tenían el rostro relajado por primera vez desde hacía mucho tiempo. Louis me lanzó una única sonrisa, llena de satisfacción y de ternura. Yo veía que ardía por mirarme, pero no se atrevía. Por el rabillo del ojo, cada vez que levantaba la cabeza, lo observaba discretamente. Verlo allí bastaba para hacerme feliz.

Al séptimo día, eran pocos los que todavía habían conservado la loca esperanza y seguían ascendiendo la colina con los ojos enfebrecidos. ¡Hoy llegaría el barco! ¡Seguro, hoy, sí! Esa esperanza tan ensañada los mantenía vivos. Pero la línea plana seguía siendo continua, nada rasgaba el azul inmutable de esa fría inmensidad. Crecía la desesperanza, unas veces apática, otras, virulenta. Algunos, víctimas de una repentina epilepsia, corrían por lo alto de los acantilados y se precipitaban al abismo aullando. Sus cuerpos esqueléticos y sus huesos frágiles se astillaban contra las rocas. Otros, presas del *spleen*, esa calculada desesperanza que mina la mente, se resignaban a la muerte y la esperaban dormitando sobre una capa de hierbas secas, en una cavidad calentada por el sol, en la que se colocaban lo más cómodamente posible para disfrutar de su último sueño.

Fue en uno de esos rincones aislados, detrás de los raquíuticos matorrales, que distinguí una

cara conocida que me asustó. Allí estaba mi violador, presa de una terrorífica crisis de hipo, con su delgado cuerpo sacudido por espasmos como una marioneta torturada por el diablo y con los ojos inyectados en sangre. No tardó en reconocermé y fijó en mí una mirada de dolor. Parecía implorar todavía mi perdón. Me quedé allí, petrificada. Lentamente, tendió su brazo tembloroso hacia mí. Yo no podía dejarle morir así, con el remordimiento, sin perdonarle. Me acerqué entonces y le cogí la mano, parpadeó suavemente en señal de aprobación. Sonrió tímidamente, aliviado. Tenía las encías completamente ensangrentadas. Mi pecho se encogió. Me hubiera gustado poder ayudarlo. Nadie merecía semejantes sufrimientos. Pero yo no podía hacer nada.

Volví a casa con las manos vacías —mi búsqueda de ortigas fue en vano— y afligida. Cerca de la capilla, una treintena de soldados al límite de sus fuerzas seguían en procesión al padre Damián, quien, con el crucifijo en la mano y el gorro cuadrado en la cabeza, cantaba las letanías de todos los santos para rogar al cielo que se compadeciera de nuestra suerte y nos enviara lo más pronto posible la nave de víveres. Esos fieles habrían sido más numerosos si hubieran sabido que, al final de los cánticos, el capellán, apiadado, distribuiría algunas galletas.

Al cabo del octavo día, el consejo de los prisioneros se vio obligado a actuar. Los hombres habían llegado al extremo de comer hombres. La desesperada locura aniquilaba cualquier humanidad. Había que vivir costara lo que costase. Quien no ha vivido semejante situación no puede comprender el abominable sufrimiento que lleva a este acto innoble. ¿Se puede juzgar cuando se tiene el estómago lleno? ¿Se puede condenar a aquellos que solo han intentado sobrevivir o proteger a los suyos? La cañonera española, que hasta entonces nos vigilaba desde la ensenada, había levado anclas. ¿No era esta la señal de un abandono definitivo?, había subrayado Víctor con rabia. Las discusiones fueron largas y la decisión difícil. Había que alimentar a los soldados y la única solución era sacrificar a nuestro querido asno Robinson. Pero para nosotros era mucho más que un simple animal doméstico indispensable para la comunidad para transportar la leña, el agua y a los más enfermos. Con el transcurso de los meses, se había convertido en nuestro amigo, un amigo afectuoso, comprensivo, entregado. Dócil, siempre tranquilo, sin caprichos, no mordía nunca. Los hombres lo mimaban con hierba fresca, lo acariciaban, lo peinaban, le confiaban sus mayores penas, que él escuchaba atentamente, con las orejas erguidas. Matarlo parecía un crimen terrible, pero ciento cincuenta muertos de inanición en ocho días ya eran suficientes.

Su cadáver fue repartido entre las diferentes unidades. Cada uno de nosotros no recibió más que una veintena de gramos de carne y de grasa para hacer una sopa que procuró un alivio bien efímero. ¿Realmente había valido la pena? Presa de una inexpresable punzada en el corazón, en un primer momento no pude tragar ese caldo. Pero el dolor en la cavidad de mi estómago me llamó al orden y, superado el primer escalofrío, devoré la carne de mi amigo de un tirón, sin pensarlo más. Los dos testigos de mi agresión habían desaparecido el mismo día.

El noveno día, con el resplandor de la aurora, una vela blanca coloreó por fin el paisaje azulado. Solo podía ser un espejismo. ¡Los ojos fatigados nos engañaban! Pero, a medida que pasaban los minutos, el punto blanquecino se impuso incluso a aquellos que no se atrevían a creerlo. La noticia corrió de boca en boca. Se gritaba, se vociferaba: «¡Allí está el barco!». Los que se habían hundido en el vacío de la agonía se volvieron a levantar, repentinamente galvanizados. Macilentos, prácticamente desnudos, con los cabellos y la barba salvajes, la mirada lívida reavivada por el júbilo, llevados por una locura incontrolable, los soldados se abrazaban y se felicitaban.

—¿Veis? ¡Ya os había dicho que no nos iban a abandonar! —no dejaba de repetir Henri, que me tomó en sus brazos y me arrastró a un desenfrenado vals.

Bajamos todos a la playa. Nunca se había juntado tanta gente. Gilles también estaba allí. Él, tan pausado habitualmente, agitaba los brazos hacia el mar, arrebatado por la alegría. Se sentía tan feliz de verme con vida que me estrechó contra él, rompiendo con nuestra cortesía habitual. Empujada por un viento favorable, la nave de abastecimiento se acercó rápidamente, acompañada de la fragata cañonera. Los marinos españoles nos distribuyeron el doble de nuestro lote de raciones habituales. En adelante íbamos a ser alimentados cada cuatro días en vez de cada dos. En las unidades de los marinos de la guardia, de los guardias nacionales y de los dragones, los suboficiales, prudentes, siguieron los consejos de Víctor, de Henri y de todos los cirujanos y repartieron únicamente pequeñas porciones de alimento, con unas horas de intervalo. En el caso de los gendarmes y los demás, la totalidad de los víveres fue repartida de una sola vez y engullida en medio de una frenética euforia de terribles consecuencias. Estos perecieron los días que siguieron a la hambruna, víctimas de su avidez.

Al no querer perturbar la labor de los oficiales, a los que costaba contener el entusiasmo de sus soldados, me había sentado sola sobre una roca apartada. Una mano vino de repente a estrechar la mía.

XVI

Mucho antes de verlo, reconocí su olor. Al sentir su mano, una oleada irreprimible de deseo ascendió a lo largo de mis terminaciones nerviosas. Ninguno de los dos se atrevía a decir una palabra. Cerré los ojos un instante, queriendo hacer abstracción de todo lo que nos rodeaba, y sobre todo de ese abominable sentimiento de culpa que resurgía en mí. Me esforzaba en vano por reprimir ese calor que recorría mi cuerpo. La presión sobre mis dedos se hizo cada vez más fuerte, como si quisiera aplastarlos. Luego, volvió a soltarlos y los acarició.

—¿Qué vas a hacer? Yo te quiero.

Su voz era firme e imperiosa.

—Yo también.

Había contestado incluso antes de que mi cabeza hubiera tenido tiempo de interponerse.

—Sígueme entonces.

Mi mente intentó luchar contra mis sentidos en llamas. Los ojos brillantes de mi amante me imploraban, su mano me apremiaba. Iba a ceder cuando, por el rabillo del ojo, distinguí la silueta de Henri.

—No puedo. No de esta manera. Tengo que hablar antes con Henri. ¿Lo entiendes?

—Entonces, ¡decídetes, por favor! —exclamó con frialdad—. Has de saber lo que quieres. No estás siendo justa ni con uno ni con el otro.

Me dejó sola, atónita.

Transcurrían los días y las semanas, y seguía sin encontrar el valor para hablar con Henri. La tarde del 13 de marzo, tres grandes embarcaciones se acercaron a la isla. Una nueva euforia se había apoderado de los prisioneros. ¿Venían a buscarnos finalmente? Estábamos cenando cuando De Moissac vino a informarnos de la noticia.

—Henri, Victor, ¡venid! Tres fragatas están a punto de llegar junto al barco del pan.

El mar turbulento y el viento contrario habían retrasado la entrega. Hacia medianoche, los navíos acabaron por atracar. Un bergantín de guerra español y dos chalupas cañoneras con numerosas tropas a bordo los acompañaban. A su llegada al puerto, el comandante ordenó alejarse a la multitud de curiosos que se habían reunido. Pero nadie se movió. Las preguntas de los prisioneros se desencadenaban: «¿Quién va en las chalupas?», «¿Los oficiales, de verdad?», «Mi teniente Billon, ¿está usted ahí?», «¿Mi teniente Frossard?», «¿Mi teniente Gérodias?», «¿Mi comandante Duval?». Los hombres chillaban como locos, contentos de volver a encontrarse por fin con sus suboficiales, de saber que estaban vivos. Yo había seguido a los miembros del

consejo, pero me había quedado atrás. Nuestros carceleros, nerviosos al ver una tropa tan grande reunida cerca de sus embarcaciones, que no retrocedía a pesar de las advertencias, acabaron por disparar. Las balas no cesaron de volar. Pero la desgracia había vuelto a los hombres duros e insubordinados. Ya no temían a la muerte y solo se apartaron siguiendo las órdenes de sus propios oficiales.

Una vez en tierra, los recién llegados vieron a sus soldados correr hacia ellos, como unos niños reencontrándose con su padre tras una larga ausencia. A la vista de su compañía de esqueletos ambulantes, pálidos, medio desnudos, reducida en un tercio, su rostro palideció. Los cabos o los sargentos se apresuraron a proponerles un sitio en sus mejores barracones. A cambio, los tenientes cedieron a sus hombres los doscientos gramos de carne y el litro y medio de vino de su ración de cuatro días.

Victor le ofreció su casa para la noche al comandante Duval, el más antiguo oficial superior de esos doscientos cincuenta y cuatro nuevos deportados. Ese viejo capitán de fragata de cincuenta y tres años, que había perdido un brazo en la batalla de Trafalgar y escupía sangre continuamente, no se hizo de rogar. Desmontando la mesa y apartando los taburetes, conseguimos hacerle un pequeño espacio a Victor, que durmió con nosotros a ras de suelo.

El día siguiente, el viejo comandante del navío Pluton nos explicó, con todo detalle, las razones de su traslado a la isla:

—Nuestros compañeros han debido de avanzar mucho en Cataluña y en Valencia, ya que, por lo que me han dicho, los refugiados no dejan de llegar de la península. Eso es lo que ha provocado nuestra desgracia. Han propagado falsos rumores que han conducido al odio y al pánico en Mallorca. Uno de ellos ha hecho correr el rumor de que uno de nuestros soldados había lanzado piedras a unas religiosas desde la ventana de su celda. Esto ha bastado para que una horda armada con cuchillos, hachuelas y sables pidiera masacrarnos a las puertas de nuestra prisión en la Lonja. Podía verse por las ventanas cómo la multitud crecía sin parar. Las piedras volaban en nuestra dirección. A nuestros guardianes les costaba frenar los golpes de sable que se abatían sobre la puerta. Nos pusimos a buscar todo aquello que podía servir como bastones: pies de sillas, de mesas o de bancos destrozados, a los que atábamos navajas de afeitar, cuchillos u hojas de tijeras. Y pronto estuvimos dispuestos a recibir a nuestro enemigo. Aquellos que finalmente habían conseguido hundir la puerta retrocedieron enseguida y, al ver que era imposible vencernos desde dentro, se fueron por las murallas a buscar cañones para derribar la cárcel. Afortunadamente, el gobernador de Palma vino a calmar a la multitud y se apoderó de la artillería con una tropa de cadetes. Ordenó incluso a la guardia que abriera fuego sobre la gente para evacuar la plaza. Pero tiraron con balas de fogueo o al aire, con el único resultado de intensificar la ira de los amotinados. Para apaciguarlos, el gobernador Reding propuso entonces nuestro traslado inmediato a Cabrera. Unas horas más tarde, tres navíos movilizados estaban anclados en los muelles, en las cercanías. Hicieron salir a quince de los nuestros, desarmados, que fueron salvajemente asaltados por el gentío y asesinados a cuchilladas. Hubiéramos querido socorrerles, pero la guardia bloqueaba la entrada con sus bayonetas. Todas las autoridades vinieron a implorar a la gente que se contuviera: el alcalde de la ciudad, el comisario don Desbrull, el juez don Campaner, seguidos por nuevas unidades de la guardia urbana, y el obispo con toda su falange de eclesiásticos exhibiendo imágenes de la Santa Virgen. Esto funcionó durante un rato. Mientras tanto, Reding y Desbrull habían decidido derribar un trozo de pared de la muralla que daba al mar. La mayoría de nosotros consiguió escapar y alcanzar los barcos antes de que el pueblo descubriera el ardid.

Estábamos ya nadando hacia las embarcaciones cuando se dieron cuenta y comenzaron a bombardearnos con piedras. Nadie se ahogó, pero hemos perdido casi todo lo que nos quedaba y muchos de nosotros fueron heridos.

Miré a ese viejo marino que nos contaba su historia con voz suave, sin furia ni rencor, como un patriarca que narra un cuento a sus nietos una noche de invierno. A veces hacía pausas, se aclaraba la garganta, y luego volvía a empezar con un tono igual de tranquilo y desapasionado, como si esta mala experiencia fuera de otro. Apenas había terminado cuando De Moissac y un grupo de nuevos oficiales vinieron a buscarlo para acompañarlo al Palais-Royal. Se había decidido que le correspondía la presidencia del consejo de los prisioneros, debido a su grado y a su edad. Había que volver a ocuparse de la moral de las tropas y reorganizar nuestra comunidad, la cual, según ellos, se había desmandado.

Con la llegada de los oficiales y el arribo de la primavera, los corazones se aligeraron. Los días se alargaban, el paisaje verdecía, el *spleen* y la apatía se fundían bajo el suave calor de los primeros rayos de sol. Una ola de alegría se propagaba por toda la colonia. El cabo Guillemard retomó la actividad teatral que nuestros infortunios del invierno habían suspendido. Una vasta cisterna natural, situada en el flanco abrupto de la colina entre el puerto y el Palais-Royal, fue acondicionada a tal efecto. Gracias a cuatro cubos de cuero comprados por mediación del padre Damián, el suelo cubierto por una espesa capa de barro pronto fue desecado. Se construyó un escenario de piedra cuyas paredes fueron recubiertas con una pintura ocre, y luego decoradas con un ribete rojo, comprado igualmente en Palma. Las representaciones fueron un verdadero éxito. Las obras de Molière, Regnard y Beaumarchais se sucedieron un mes tras otro. Gracias a los nuevos oficiales, que aportaron el talento y los instrumentos necesarios para la formación de una orquesta, se montó incluso una serie de representaciones de ópera, que los oficiales del bergantín de la Royal Navy apreciaron especialmente. Por mucho que fuéramos sus enemigos, su respeto por los oficiales había favorecido su interés, y a veces venían para asistir a los espectáculos. Los ingresos fueron buenos y el comediante Gilles vio como su bolsa se llenaba de nuevo. La tropa pudo adquirir trajes, cortinas de teatro, cuerdas, clavos, un martillo y una hachuela. Mi amigo me confió la confección de los disfraces, lo que me permitió volver a proveer una buena despensa con pescados secos y habas en previsión de malos tiempos.

Con los recién llegados, el dinero volvió a circular en nuestra isla. El negocio florecía. Nuevos productos hicieron su aparición en el Palais-Royal, y las tabernas se llenaron de nuevo. Las condiciones de los hombres se suavizaban; las de las mujeres, por el contrario, empeoraban. Un día que llevaba unas prendas al teatro, me encontré con Rose en la plaza. Llevaba un vestido nuevo y parecía haber engordado, pero su rostro sombrío revelaba una profunda tristeza. Me saludó con aire arrogante. Se había convertido en la compañera del barón de Schaunburg. No sé por qué, a pesar de su frialdad y su distancia, la abracé.

—¡Me alegro tanto de verte con vida! ¡Y estás tan guapa!

Ansiaba tener una amiga, incluso una como ella, con su corazón amargado. Estaba desesperada y me sentía muy sola. Hacía dos meses que ya no dormía, tendida cada noche al lado de Henri, a quien no tenía el valor de decirle que deseaba a otro. No podía confiarme a nadie. Pero ella, que carecía de escrúpulos, quizás comprendería. Con mi gesto, perdió su máscara severa y la emoción le nubló los ojos.

—Yo también estoy contenta de verte. Cuídate mucho y, sobre todo, cuida mucho de Henri. Ya no existen hombres como él en esta isla.

Su comentario me sorprendió. ¿Por qué decía eso? ¿Sabía algo acerca de Louis y de mí? ¿Era una ironía? Ante mi mirada desconcertada, continuó en voz baja:

—Voy a decirte una cosa. No es lo que cuentan, ya sabes. Me vendieron, ¿lo entiendes? Vendida, aunque parezca imposible, a mis espaldas, sin pedir mi opinión. Tú sí que tienes suerte. La única que tiene suerte.

Me escupió toda la rabia que había acumulado últimamente, la suya y la de todas las mujeres de esa isla, que, cada vez más, eran objeto de un comercio infame. Habían sido convertidas en mercancía de lujo que se disputaba al precio más alto. La alemana Sophie lo había consentido por amor, para salvar a su marido que estaba muy débil después de la hambruna. Ella misma había negociado el precio.

—¡Sophie! —repetí.

La miré con asombro, sin comprender cómo había podido estar ciega durante tanto tiempo. Conocía la espantosa situación de las cantineras que vendían vino en las tabernas de la plaza. Había oído una conversación entre Henri y Victor, que se habían indignado por el destino de una joven polaca ofrecida como premio en una lotería, por cuatro chavos el billete. Pero ¡Rose o Sophie! No sabía qué decir. Mi única reacción fue tomar sus manos entre las mías y estrecharlas muy fuerte en señal de consuelo. En cierto sentido, la comprendía perfectamente. Yo también obligaba a mi cuerpo, que se resistía cada vez más, a abrirse a un hombre que no deseaba. Henri creía que mi creciente frigidez era solo una de las secuelas de la hambruna. Pero, en lugar de dejarme tranquila, esperaba todavía que cumpliera con mi deber de mujer. A veces, se molestaba en preparar mi cuerpo para el asalto. En otras ocasiones, llevado por su propio deseo, me obligaba a apretar los dientes y a esperar que pasara. Me había acostumbrado a ello y no podía reprochárselo. Era culpa mía. Me daba cuenta ahora de que yo no valía más que Rose, que era el hazmerreír de toda la comunidad. A su paso, algunos soldados entonaban bajito esta canción que nos deshonraba a todas:

*La cantinière aux beaux bras
est le plaisir des jeunes soldats.
Les jeunes soldats sont militaires
pour embrasser la cantinière.
Gauche, droit, sabre au côté!
La cantinière se laisse baiser.
Et en avant et en avant la cantinière!
La cantinière du régiment.
La cantinière aux belles dents
est le plaisir des jeunes sergents.
La cantinière aux jolis pieds
est le plaisir des officiers...[2]*

Yo también había utilizado a mi compañero. Por cobardía y por miedo, había dejado que me protegiera y me había aprovechado de todos sus privilegios de oficial: una buena ración con su suplemento de carne, beneficios no desdeñables como una botella de vinagre contra los piojos, una bonita casa, una piel de cordero que había conseguido obtener durante su estancia en Palma y que nos había protegido muy bien de la humedad invernal, unas tijeras para cortarme el cabello y

las uñas, un verdadero lujo dentro de nuestra comunidad. Sí, realmente me había mimado. Y yo, durante todo este tiempo, le había mentado respecto a mis sentimientos. Le había dejado creer que había aprendido a amarlo. Lo amaba, es cierto, pero como a un hermano mayor. Una tarde, justo después de la semana de escasez, me había hablado por primera vez de boda como una consecuencia del todo natural de nuestra relación.

—Sé que a mi familia le va a costar aceptarte. Mi madre siempre ha intentado presentarme a jóvenes de buena cuna. Pero tendrá que resignarse. Cuando te vaya conociendo, cambiará de opinión, estoy seguro. Y si mi padre se opone, ¿qué más da? Tengo una buena profesión, podemos instalarnos en cualquier parte. Hoy en día no pueden imponernos nada. La primera gran comida que haremos cuando volvamos a Francia será nuestro banquete de bodas. ¿Qué te parece?

Extremadamente pálida e incómoda, no sabía qué responderle. Henri interpretó mi silencio y mi desconcierto como si fuera una gran emoción que me dejaba sin voz. Me esforcé en sonreírle. Me besó y el tema quedó ahí.

XVII

Pasaron los meses. El verano siguió al invierno y las condiciones mejoraron. Se acabaron la hambruna, la tempestad y los problemas con el agua. Nuestra comunidad había menguado tanto que la fuente ahora nos daba de beber a todos. Las distracciones iban a buen ritmo y todos habíamos recuperado las ganas de vivir. Había terminado de leer la Biblia y Gilles me prestaba los textos de las obras de teatro, que copiaba asiduamente y releía cada mañana para practicar. Henri me había proporcionado papel. Estaba orgulloso de ver que me educaba y hacía todo lo posible para animarme. Quizás se imaginaba que mis esfuerzos tenían como objetivo parecerme al máximo a una mujer de su clase social, y facilitar así que mi integración en su familia fuera más fácil. Me había ido enseñando todas las costumbres y las buenas maneras de una señorita burguesa: cómo caminar con elegancia, sentarse, saludar, bailar, comer, hablar educadamente, corrigiendo mi lenguaje familiar y mi acento de campesina. Y confieso que era una buena alumna. El propio comandante Duval cayó en el engaño. Me tomó realmente por la esposa del cirujano y se sorprendió mucho cuando le dijeron que no era más que una simple cantinera. A veces me encontraba con Rose o con Sophie en el teatro. Nunca hablábamos de nada personal. Comentaban la función, el tiempo o las últimas habladurías sobre tal oficial o tal cantinera. La poca intimidad que Rose había compartido conmigo cuando hablamos en el Palais-Royal se había volatilizado. Ellas se habían transformado en dos muñecas de lujo, con una sonrisa forzada, con su nuevo vestido de algodón y sus cabellos bien peinados. Pero sus ojos delataban un profundo sufrimiento que no engañaba al que se entretenía en mirarlos. Echaba de menos la fuerza y los consejos de Marie. ¿Me habría incitado a obedecer a mi corazón? ¿O me habría convencido para que permaneciera con Henri?

A cada instante temía cruzarme con Louis. Los días en que pensaba en él, tomaba la decisión de contárselo todo a Henri y de ir a reunirme con Louis. Los otros días, cada vez más numerosos con el paso de las semanas, me convencía de que nadie podía ser tan bondadoso conmigo como nuestro cirujano, y que lo mejor era permanecer a su lado. Además, apenas conocía a Louis y ya había experimentado su dureza y su carácter exigente. Probablemente acabaría haciéndome sufrir. Cuanto más tiempo pasaba, más me obligaba a olvidarme de él. Aunque sabía que una sola mirada suya bastaría para trastornarme y volver a ponerlo todo en cuestión.

Desde que los oficiales estaban con nosotros, nuestros carceleros parecían prestarnos más atención, especialmente los ingleses. Una mañana de julio, la tripulación del bergantín de la Royal Navy HMS *Espoir* nos dio una muy feliz noticia: nos entregó mil quinientas prendas, entre camisas, camisetas interiores, chalecos, jérses, pantalones; ropa para vestir íntegramente a quinientos hombres.

Algo más de un hombre de cada tres obtuvo una prenda con que vestirse. Los primeros en ser abastecidos fueron los «alelados», esos soldados desnudos que se habían refugiado en las cuevas de las que ya no salían nunca. Los oficiales se sacrificaron ante la necesidad de sus soldados. Pero rápidamente los más hambrientos vendieron las prendas a cambio de dos o tres raciones de pan. Victor consiguió así un bonito jersey de lana en previsión del invierno y Gilles un pantalón de una gruesa tela azul.

Mi trabajo de costurera no cesaba de aumentar y pronto quedé desbordada. Los hombres querían ajustar sus nuevas adquisiciones. Henri no entendía que me obstinara en trabajar tanto. Pero había pasado tanto miedo con la hambruna que acumulaba habas sin parar. Nunca era suficiente. Me confiaron una nueva misión. El comandante Duval solicitó mis servicios a través de Henri: tenía que acompañarle cada vez que el capitán inglés lord Mitford fuera a visitarle.

—Una compañía femenina es un fuerte atractivo —había argumentado.

Para ello, recibí un magnífico vestido de popelín que solo me ponía en esa ocasión. Mi tarea consistía en ir bien peinada, sonreír, servir el vino con gracia y responder cortésmente si me dirigían la palabra. Muy pronto, mi presencia fue tan apreciada que el mismo lord Mitford me invitó al barco británico para una cena con los miembros del consejo. Le gustaban mi conversación y mi espíritu crítico cuando comentábamos la Biblia o las funciones teatrales.

—Las francesas —decía— siempre son muy ocurrentes. Es algo encantador.

Yo limitaba nuestra discusión a esos dos temas que conocía bien. Gilles me había hablado ampliamente de la vida de Molière, de Beaumarchais o de Regnard y, después de cada conversación con el capitán, lo agobiaba con mis preguntas. Gracias a esas buenas relaciones, conseguí transmitir numerosas cartas de prisioneros a su familia, las cuales, según me aseguraron, serían enviadas a su destino. Incluso yo escribí una, dirigida a la baronesa para la que trabajaba mi madre. Estaba orgullosa del correo redactado con mi propia mano. Mi letra ya no era titubeante, sino flexible y alargada. Permanecí un buen rato sentada ante este pequeño trozo de papel como si admirara una obra de arte, observando el trazo enfatizado de las mayúsculas, las consonantes en forma de bastoncillos inclinados, las vocales bien definidas, las frases regulares y rectas, correctamente centradas en la hoja. Yo, la joven campesina de Senlis, escribía tan bien como un funcionario del registro civil.

El 24 de julio de 1810, una efervescencia sin igual se apoderó de toda la isla. La noticia se propagó rápidamente. Al fin íbamos a abandonar ese horrendo antro. Los españoles nos aconsejaban prepararnos para el traslado. En realidad, no teníamos que organizar nada y ya estábamos listos, puesto que nuestra fortuna se resumía en unos harapos y un puñado de habas para los más afortunados, pero la euforia estaba en su punto álgido. Los miembros del consejo, por su parte, tenían sus reservas. Hasta que no vieran velas blancas en la bahía no se fiarían de esas palabras. Había habido demasiados cambios y acuerdos rotos desde la derrota de Bailén, dos años antes. ¿Acaso el acta de capitulación no prometía la protección y la rápida repatriación de todas las fuerzas francesas? ¿No tenían que dirigirse las tropas hasta los puertos de Sanlúcar y Rota, al oeste de Cádiz, para embarcar en buques de transporte españoles y ser repatriadas al puerto de Rochefort? Se había especificado incluso que los heridos y los enfermos serían atendidos en el hospital, para después ser reenviados separadamente a Francia bajo una buena y segura escolta, y que las cantineras no se considerarían prisioneras y conservarían todos sus derechos, nos recordó el comandante Duval.

—¡Ninguno de los términos ha sido respetado! ¿Y les creéis ahora?

Abrí los ojos asombrada. ¡Se había firmado que nosotras, las cantineras, no debíamos ser tratadas como cautivas! ¿Por qué pues habíamos sido detenidas cinco meses al sur de Sevilla, y luego encerradas durante más de cuatro en los pontones de Cádiz, para acabar en esta isla maldita? Una veintena de mujeres en medio de cinco mil soldados, completamente olvidadas. Pero ¿a quién podía importar la suerte de ese puñado de muchachas de bajo rango? Su vida no valía gran cosa. No eran ni esposas de general ni de coronel ni de capitán ni de teniente. ¿Por qué preocuparse por ellas? La rabia me retorció las entrañas. Sabía que era de baja extracción y que debía conformarme. Pero después de todas esas batallas, todas esas luchas, toda la ayuda que había proporcionado al ejército, no podía resignarme a ser tratada así. Yo tampoco me autorizaba a creer en nuestro traslado. A pesar de que, en el fondo, rezaba para que fuera verdad.

Henri, con su acostumbrado optimismo, participaba del entusiasmo general. Y los hechos le dieron la razón. Dos días más tarde, el 26 de julio, la colonia vio llegar diez navíos de transporte acompañados de las fragatas españolas Lucía y Sebastiana y del bergantín británico HMS Espoir. Los hombres los acogieron con gritos de júbilo y unas demostraciones que rozaban el delirio. Los «¡Viva Napoléon!» retumbaban en la roca más ínfima. Por todas partes se encendieron hogueras de alegría alrededor de las cuales se cantó y se bailó la noche entera. Los soldados agotaron sus raciones y disfrutaron de un auténtico festín.

Según Lord Mitford, íbamos a ser trasladados a Inglaterra, donde los oficiales podrían disfrutar de libertad condicional y vivir dignamente. El capitán inglés sufría al ver a los oficiales y a las mujeres en semejantes circunstancias. Incluso siendo un enemigo, un comandante o un teniente debía ser tratado con el respeto que le era debido. Nuestra pequeña casa festejó también esta última noche en la isla. Victor, que se había encerrado en sí mismo y ya casi no hablaba desde la muerte de Marie, no dejaba de reír bajo el efecto del vino que corría a mares. Se había vuelto muy reservado y más bien nervioso esos últimos meses, saliendo temprano por la mañana sin que nadie supiera adónde iba y no regresando hasta la hora de la cena. Ni Henri ni yo nos habíamos atrevido a preguntarle nada. Mi compañero mostraba una gran sonrisa. Sus ojos brillaban y me observaban con una creciente ternura. Me sentía de repente tan ligera que me parecía poder volar. Cuando Duval nos había dado la noticia, había saltado por los aires como una posea sin poder detenerme, olvidando los buenos modales y volviendo a ser de repente la muchacha que era, lo que había desencadenado una carcajada en él. Victor llenaba mi vaso sin que me diera cuenta. El alcohol me enturbiaba la mente. Habíamos acabado hablando de lo primero que haríamos en tierra inglesa.

—Yo solo sueño con agua dulce y jabón para lavarme bien, y con vestidos limpios y zapatos. Y con libros, sí, con libros también.

—Jabón, vestidos, libros, son ideas de mujer —replicó el viejo marino—. Un buen guisado de pularda, un buen estofado de buey, una pierna de cordero, un puré de patatas y una tortilla al ron, he aquí lo que me hace falta.

Henri permanecía silencioso, pensativo, mirándome fijamente. Victor se dejaba llevar por su lista de platos y de vinos hasta nunca acabar.

—Y un pequeño puro, eso es, de un buen tabaco negro —acabó por añadir.

El rostro relajado del cirujano de los dragones se tensó ligeramente, su barbilla mal afeitada mostró un temblor imperceptible, sus labios se apretaron. Luego, con un tono decidido, declaró:

—Yo, lo primero que quiero hacer es casarme con Héloïse para que nunca nos puedan separar.

Los efectos embriagadores del vino se difuminaron inmediatamente. Iba en serio entonces. En un segundo se me encogió el corazón. Era presa de un malestar incomprensible que debía ocultar. ¿Por qué no estaba loca de alegría? Ese hombre maravilloso, oficial además, quería hacerme el honor de convertirme en su esposa, a mí, la pequeña cantinera. Me esforcé de inmediato por sonreír y darle las gracias con la mayor efusión posible. Me había vuelto una buena comediente. ¿Dónde estaba la auténtica Héloïse, la que había seguido a su Armand por amor, la que obedecía únicamente a su instinto y a su corazón? En ese momento de lucidez, en medio de los efluvios de la ebriedad, comprendí que me engañaba a mí misma y a todos. Pero era demasiado tarde para echarse atrás. ¡Demasiado tarde!

El día siguiente fue una jornada terrible, la peor desde nuestro internamiento en esa isla. Los españoles entregaron al consejo de los prisioneros una lista exacta con los nombres de aquellos que serían evacuados. Solamente los oficiales, las mujeres y los suboficiales, a partir del rango de sargento, embarcarían en las naves aquella tarde. Miles de hombres rompieron a llorar desolados y llenos de cólera: granaderos, *voltigeurs*, fusileros, carabineros, cazadores, tiradores, lanceros, dragones, húsares, coraceros, artilleros, cañoneros, marinos, tambores, simples soldados, caporales o furrieles. Por todas partes, la misma sensación de rabia y de injusticia: ¿por qué ellos y no nosotros? ¡Quieren que dejemos aquí nuestra piel!

Gilles no iba a poder venir a Inglaterra. La noticia me dejó el alma helada. No podía mirar a nadie a la cara: tanta era mi vergüenza por haber sido elegida y abandonarles. Henri, Victor y todos los demás cirujanos y boticarios, incluido De Moissac, que, un año antes, habían elegido permanecer en la isla para cuidar de su tropa, no dudaron un instante en aceptar su plaza en el convoy. La hambruna, la sed, la miseria y el instinto de supervivencia habían barrido el sentido del honor y del deber. Sabían ahora que el encarcelamiento no sería temporal y que la guerra no estaba cerca de su fin. El tratamiento médico de los enfermos en Mallorca había dejado de justificar su presencia en la isla. Al menos de eso intentaba convencerse Henri.

Nuestra casa fue asediada por los soldados, que venían en busca de algún consuelo por parte de mi compañero. El cirujano siempre lo había dado todo por sus hombres, y estos pensaban que todavía podría ayudarles. Para él fue una prueba insoportable. ¿Qué podía decirles para consolarles? A los primeros les ofreció nuestros objetos domésticos, una cuchara, un vaso, un cuenco, el cántaro, la olla, un taburete, la mesa, el jergón, la manta (guardó la piel de cordero) y la leña cortada. Para el decimosexto, el decimoséptimo y el decimoctavo, ya no quedaba nada que darles, salvo nuestra casa propiamente dicha, que así pues les fue asignada al azar a esos prisioneros. Los demás, que habían acudido en gran número, se contentaron con algunas palabras bondadosas. Todos los oficiales, carcomidos por la sombra de la culpa, se mostraron tan generosos como él. Los de mayor rango lograron incluso salvar a uno o dos haciéndoles pasar como su ordenanza. A pesar de la vergüenza, corrí a ver a Gilles para darle toda la comida que me quedaba y despedirme de él. Lo encontré en su casa, acurrucado en su jergón, con la cabeza entre las rodillas, afligido. Me senté a su lado en silencio.

—¿Tú crees que vendrán a buscarnos más adelante? —me preguntó tímidamente.

—Sí, seguro. Sin duda solo es cuestión de unas semanas, o de un mes quizás —le contesté con seguridad.

Tenía muchas ganas de creérmelo. Pero ambos sabíamos en el fondo que no sería así. Gilles me tomó en sus brazos y me estrechó fuertemente contra él.

—Voy a echar de menos nuestras pequeñas sesiones de lectura, ¿sabes? Cuídate mucho. Y

cuando volvamos a Francia, por favor, escíbeme. Voy a darte la dirección de mis padres. Si tuvieras ocasión de hacerles llegar una nota desde Inglaterra para decirles que estoy bien...

Cogió un minúsculo trozo de papel sobre el que, temblando, garabateó dos líneas. La serenidad del cabo se había transformado en una profunda tristeza que me partía el corazón.

—Puedes contar conmigo. Les escribiré. Y vendré a verte a París, me llevarás al teatro. ¡Pero no me hagas beber demasiado! —añadí intentando bromear para arrancarle una sonrisa.

XVIII

El sol brillaba con todo su esplendor al final de esa tarde de julio. Casi un millar de hombres cubiertos de polvo y sudor esperaban pacientemente su turno para embarcar. Se había formado una larga cola respetando los rangos, recta y silenciosa. Los remordimientos, los escrúpulos mataban la alegría. Los soldados fieles habían venido a despedirse de sus oficiales. Los más astutos se ofrecían a llevarles sus objetos personales a bordo, esperando así poder esconderse en algún rincón oscuro del barco. Otros, igual de ingeniosos, se habían puesto el nombre o el uniforme de un sargento o de un teniente fallecido. Todos ocultábamos el engaño. Yo me encontraba junto a Henri y Victor, bastante adelante dentro del primer tercio de la hilera, y contemplaba el mar, tranquilo y liso, dichoso y centelleante con sus reflejos plateados, queriendo ya borrar de mi memoria ese peñasco pelado. Se me hacía un nudo en la garganta. Era tan injusto abandonar allí a Gilles y a todos los demás. Ningún sentimiento es más doloroso que el de saber que uno salva su piel abandonando a su prójimo. Ese gesto provoca una herida profunda que nunca puede volver a cerrarse. Mi amigo fijaba la vista en el suelo, con los ojos llenos de rabia hacia nuestros enemigos y hacia sí mismo. Pero ¿qué más habría podido hacer? ¿Debería haberse quedado? Y además, su deber le obligaba a protegerme. La espera no terminaba nunca. Sin embargo, avanzábamos, aunque no tan deprisa como hubiéramos deseado.

De repente, un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Allí, a unos metros de mí, detrás de cuatro o cinco personas, dos ojos grises se clavaron en los míos. Mis dos compañeros no habían visto a Louis. Victor se entretenía conversando con el cirujano de los guardias de París, y Henri estaba a mi izquierda. Sabía que no debía, pero no podía dejar de mantener esa intensa mirada. Un hilo magnético me encadenaba a ella. La cola se iba haciendo más corta. Yo avanzaba de lado arrastrando los pies sobre la arena ardiente. Mi cabeza se llenaba de ideas confusas. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué seguir con Henri si todo mi ser solo quería a Louis? De todas formas, era demasiado tarde. Demasiado tarde. Había tomado una decisión. No podía volverme atrás. De pronto, la voz imperiosa de un marino español me hizo volver a la realidad: «¡Vamos, vamos, rápido!». El teniente de los guardias de París acababa de subir a la chalupa, seguido de Victor y de Henri que, considerado, se me había adelantado para poder tenderme la mano. Me tocaba a mí. Dudé un instante, presa de un súbito pánico. Con el pecho a punto de estallar, los brazos temblorosos, me levanté la falda para subir al bote cuando una mano caliente tiró de la mía por detrás.

—¡Quédate aquí conmigo! —me sopló Louis con voz apremiante.

Con el rostro en tensión, se calló y me soltó, esperando que yo dijera algo, que hiciera un movimiento. Sus ojos no me abandonaban. Era yo quien tenía que escoger. Miré alternativamente a

un Henri despavorido, con la mano en el vacío, y a un Louis implorante.

—Vamos, ven, ¿a qué esperas?

Mi compañero no había oído al marino de la guardia y no entendía por qué titubeaba. Mi deseo me dictaba un camino que mi razón contradecía. La voluntad a menudo es más fuerte que los sentimientos. Sin embargo, ¿son tan ciegas las emociones? ¿No constituyen la manifestación de una realidad a la que uno preferiría negarse? Respiré profundamente, intentando calmarme. Ya no lograba pensar. Amaba a Louis, a Louis, a nadie más que a Louis. Pero no tenía derecho a hacerle eso a Henri, sobre todo de una manera tan despreciable, sin una palabra.

Mis piernas solo obedecieron a sí mismas. Di un paso atrás, después dos, dejando pasar al oficial al que precedía. La sorpresa y luego el desconcierto desfiguraron la cara de Henri. Esperaba una explicación. Pero ¿qué estaba haciendo su Héloïse? ¿Por qué no subía al barco? ¿Qué ocurría? Las preguntas quedaron sin respuesta. «¡Vamos, vamos, rápido!» Los carceleros apartaron a Henri y le obligaron a sentarse. Un teniente, y luego otro y otro más embarcaron. La chalupa pronto estuvo llena y los españoles, impacientes, no tardaron en soltar amarras.

—Pero, por favor, Héloïse, ¿qué ocurre? Vamos, ¡ven, deprisa! ¡Vamos a partir! —acabó gritando, desesperado—. Respóndeme, al menos. ¿Qué te pasa?

Desamparada, no sabía qué decir.

—Perdón, perdón, perdóname, por favor —acabé murmurando con la voz ahogada por los sollozos—. Me quedo aquí con Louis.

—¿Cómo, con Louis? —Su voz fría y áspera me golpeó en plena cara—. ¿Cómo, con Louis? ¿Por qué? —no cesaba de repetir con una voz desconocida para mí.

—Lo amo.

Las palabras escaparon de mi boca y volaron por encima del mar gris y amargo. Ya estaba dicho. Yo misma me reprochaba mi cobardía y mi falta de honradez. Le había mentado. Iba a detestarme, a odiarme. ¿Llegaría a comprenderlo? No, no comprendería nada y no podría perdonarme. Mi acto era imperdonable. ¿Cómo había podido dejar que las cosas fueran tan lejos? Me juré a mí misma no volver a actuar de ese modo nunca más, a escuchar solo a mi corazón a partir de ahora. Además, ¿había tomado la buena decisión? En el fondo de mí, estaba convencida de ello, pero mi cabeza se deleitaba en torturarme. Un dolor agudo ya no iba a abandonar mis entrañas durante mucho tiempo: el de la culpabilidad.

Louis y yo permanecimos mucho tiempo allí, inmóviles, observando las chalupas que llevaban a los navíos a los últimos oficiales. Acurrucados uno contra el otro, sin hablar, sin movernos. Antes de embarcar, el último sargento de la fila se volvió hacia nosotros interpeándonos con la mirada. Los soldados nos observaban. Esperaban que reaccionáramos. Uno de ellos gritó:

—¡Rápido, van a partir sin ustedes!

Pero no hicimos ningún movimiento. Permanecíamos petrificados como estatuas en una iglesia. Luego, la playa vacía, el silencio, el ligero choque del agua, incesante.

—Ahora eres definitivamente mía —me susurró al oído, abrazándome.

Tres noches y dos días habían transcurrido como si fuera un espejismo. Los ochocientos setenta y seis oficiales, sargentos y mujeres habían zarpado la madrugada del 29 de julio. Los soldados los habían visto alejarse con la mayor tristeza. Ahora estaban abandonados a su propia suerte, sin padre que les guiara, sin un auténtico jefe para dar todas las órdenes, ni un consejo para

mantener buenas relaciones con nuestros enemigos y obtener algunos humildes favores, que, en el estado en que nos encontrábamos, no eran desdeñables. Las tabernas se habían vaciado. Los conejos, las ratas y los pescados secos se hacían cada vez más difíciles de vender. Ya no había nadie para comprarlos. Su precio había bajado enormemente. El dinero había prácticamente desaparecido y la cantidad de habas se vio reducida de manera significativa. Los portadores de agua, los lavanderos y los cortadores de leña habían perdido a sus clientes. La tropa de teatro se volvió a quedar sin director y con un gran número de actores menos. El padre Damián se convirtió poco a poco en el gobernador de la isla, el único que podía organizar y defender los intereses de su rebaño, y su capilla nunca fue tan frecuentada. Los prisioneros ya no esperaban nada y solo actuaban espoleados por los intolerables agujones de sus necesidades primarias. Morir hoy o morir mañana, cuando solo quedaba sufrir, cuanto antes mejor. Solo los marinos de la guardia, motivados por un Louis feliz e impregnado de una nueva energía, parecían todavía dispuestos a luchar. Descubrí a un hombre más fuerte y más emprendedor de lo que creía, siempre en acción, determinado a pesar de nuestro deplorable estado físico. Se levantaba temprano para ir a nadar. Yo le seguía a veces, pero mis débiles fuerzas habían convertido ese antiguo placer en un esfuerzo casi insuperable. Él me animaba:

—¡Vamos, ven, unas brazadas más! ¡Vamos, no te detengas! Verás como después te encontrarás mejor.

Tenía razón. Poco a poco, mis músculos mejoraron, y acabé por recobrar un cierto bienestar físico y moral. Sin su estímulo, me hubiera quedado encerrada en nuestra casa durante todo el día, destrozada por los tormentos de la melancolía. La sombra tenaz de la culpabilidad no me dejaba ser feliz, y la idea de tener que resistir ni que fuera un mes más en esa isla me desesperaba. Estaba demasiado sola. Todas las demás mujeres se habían ido. Ya no me quedaban amigos a los que confiarme, solo Louis, que me dejaba abandonaba demasiadas horas a lo largo del día. Él, por el contrario, corría aquí y allá, hablaba con uno y otro de un proyecto que mantenía en secreto. Una noche, me arriesgué a preguntarle acerca de sus actividades, pero su respuesta fue de lo más vaga.

—Es una sorpresa. Ya lo verás. Un asunto de hombres.

Su actitud me recordaba la de Víctor. Decididamente, esos dos marinos tenían numerosos puntos en común. ¿Víctor había sido como Louis en su juventud, antes de que su mujer y su hija desaparecieran? ¿Duro y cariñoso a la vez, tierno en la intimidad, pero estricto y exigente en sociedad? Yo no salía nunca de nuestro campamento. Los hombres habían acabado por despreciarme. Para ellos, no era más que la cantinera de la canción, la que pasa de unos brazos a otros sin miramientos. Todos ellos apreciaban al bueno y amable de Henri. Yo era la que lo había traicionado. Una mujer no podía escoger su destino de esa manera. Ya no existía la cantinera valiente y honesta, aquella que les había cuidado, que había escuchado pacientemente sus penas o sus furias. Un solo gesto lo había borrado todo. No me sentía con fuerzas para afrontar sus injurias. Por el momento, lo mejor era esconderse y dejar de pensar. Como Louis era el único oficial de la isla, le habían cedido una de las hermosas casas de piedra al pie del promontorio del castillo, en el campamento de los marinos de la guardia. Esa situación, lejos del gentío del Palais-Royal, no me disgustaba, al menos hasta que las habladurías que se propagaban acerca de mí se calmaran un poco. Sin embargo, poco a poco, espoleada por mi compañero, que no soportaba mi *spleen* y mi falta de actividad, había reanudado la costura para los hombres del regimiento, a cambio de una cantidad cada vez más reducida de habas.

Una mañana, mientras cosía en nuestra casa, a salvo de un sol de plomo, alguien llamó a la

puerta y gritó mi nombre. Era Gilles. La vergüenza me había impedido ir a verle, a pesar de que me moría de ganas. Él también había dudado durante mucho tiempo. Pero ese día no tenía elección: uno de sus compañeros se había herido cortando leña y necesitaba auxilio inmediato. Como todavía había que esperar tres días para que el barco del pan lo llevara a Mallorca, había pensado en mí. Era la única en la isla que tenía algunos conocimientos básicos de medicina. Nuestro reencuentro fue cálido y nuestra amistad se reanudó como antes. Nunca me cuestionó y aceptó mi nueva situación sin juzgarme ni hacerme reproche alguno.

La herida en la pantorrilla del lancero era profunda, pero no había alcanzado el hueso. Envié a Gilles a buscar agua de mar para lavar la herida y con mi mano apreté con fuerza la pierna para detener la hemorragia. Los soldados, a mi alrededor, me miraban fríamente, en silencio. Me sentí incómoda y mantuve la vista fija en el paciente, que había quedado inconsciente debido a la pérdida de sangre. El tiempo que pasó hasta el regreso del cabo me pareció una eternidad. Después de haber limpiado el corte y mi aguja, como había visto que hacía Henri, volví a cerrar cuidadosamente la herida que había dejado de sangrar. Mi mano temblaba ligeramente. Era la primera vez que operaba en carne humana, pero me guardé bien de mostrarlo. Gilles me dio efusivamente las gracias y todos los hombres me sonrieron en señal de gratitud. Había recuperado mi función, mi utilidad en esa isla, y un cierto respeto.

Recuperé el ánimo. Me despertaba cada mañana con ganas de ayudar a los míos. Día tras día, el recuerdo de Henri y el malestar que provocaba se atenuaron. Gracias al padre Damián conseguí un frasco de quina, otro de ácido sulfúrico, unas tijeras, un pequeño escalpelo y algunos paños limpios para los apósitos. Nuestra casa se transformó rápidamente en un consultorio, donde los soldados de toda la isla venían a buscarme desde primera hora de la mañana. No solo intentaba curarlos, sino que mi intención era transmitirles mi saber sobre las plantas, para que ellos mismos pudieran elaborar sus remedios: cómo hacer tisanas de agujas y corteza de pino contra el escorbuto; tisanas de romero contra los resfriados, bronquitis y dolores de cabeza, y sobre todo esa tos persistente que resonaba por todas partes, incluso en pleno verano; tisanas de hojas de lentisco contra los dolores de vientre y las terribles diarreas, presagios de una muerte segura; infusiones de flores de jara o de hojas de olivo para ayudar al cuerpo a luchar y volver a darle energía; infusiones de hojas de madroño contra la disentería y las infecciones urinarias; infusiones de hojas de higuera contra el simple dolor de garganta; decocciones de hojas de boj para bajar rápidamente la fiebre; decocciones digestivas de granos de hinojo que, aplicadas en los párpados, calmaban asimismo nuestros problemas oculares; o también cataplasmas de hojas de olivo, trituradas con un poco de aceite, para tratar las heridas profundas y prevenir la gangrena, como me había enseñado el capellán.

Gilles, al ver que los enfermos satisfechos no dejaban de aumentar en mi puerta, tuvo la idea de hacerme escribir todas las propiedades de la flora del entorno en diversas hojas de papel, para que una copia manuscrita fuera entregada a cada representante de los distintos regimientos. Sin darme cuenta, había adquirido, en el transcurso de ese último año, toda la sabiduría de los boticarios y algo del conocimiento de los cirujanos. Louis estaba especialmente orgulloso de mí. Lo había oído ensalzar mis virtudes ante los hombres:

—¡Héloïse sabe más que una hija de baronesa! Sabe coser, leer y escribir, y también ejerce de boticaria. ¡Es increíble!

Este énfasis me incomodaba terriblemente. Mi nuevo compañero mostraba a veces una actitud de una arrogancia y una superioridad que me molestaban. Es cierto que era el único oficial en la

isla, y que poseía uno de los bienes más preciados: una mujer. Poco a poco, se convirtió en el comandante de la colonia. Yo echaba en falta la bondad y la humildad de Henri ante los prisioneros. Los marinos de la guardia, esos soldados de carrera que, para mi gran sorpresa, no eran todos marinos, a pesar del nombre, mantenían entre ellos una solidaridad ejemplar, pero también una feroz disciplina y una respetuosa distancia respecto a su superior, cuya opinión jamás era contestada. A medida que avanzaba el cautiverio, los dragones, a los que yo pertenecía, habían olvidado ciertas reglas militares, y el propio Henri había acabado por aproximarse a esos hombres y por tratarlos en pie de igualdad.

Louis había decidido, en parte para provocar, festejar San Napoleón el 15 de agosto. Quería sobre todo subir los ánimos de sus tropas y pensaba que un día de festividad solo podía sentarles bien. Los hombres, fieles admiradores de su emperador, atrevidos y llenos de resentimiento hacia sus carceleros, acogieron la idea con entusiasmo. Dejaron de lado para el gran día una parte de las raciones diarias. La glorieta, en la que se reunían para conversar durante las horas más cálidas del día, fue decorada con guirnaldas de hojas. Sobre un simulacro de mesa, burdo ensamblaje de tablas de madera carcomidas, humeaba la olla de habas. Los soldados recién afeitados, lavados en agua de mar, erguidos y mundanos con sus harapos bien limpios, se dejaban servir haciendo ademanes como si se tratara de un banquete de gala. Comían alegremente y hablaban con entusiasmo del emperador, de París, del desfile del carrusel, de los ciento un cañonazos, de la iluminación de las antorchas, de los fuegos de artificio, de los bailes, del reparto de distinciones y de los espectáculos gratuitos. Ataviada con mi hermoso vestido de popelín de algodón, me dejaba invadir por su alborozo. Un tamborilero se levantó gritando:

—¡A la salud del emperador!

—¡A la salud del emperador! —repetieron todos al unísono.

Los vasos se llenaron con agua dulce reservada para la ocasión. Con una mano en la frente en señal de respeto, los brazos se tendieron para brindar en honor de Napoleón. Los ojos se nublaron, unas lágrimas se deslizaron discretamente por las mejillas. Necesitaron algún tiempo para recuperarse de la emoción. Louis recobró inmediatamente el control. Un oficial no debía mostrar sus sentimientos.

—Bueno, ahora, ¿quién quiere empezar a comer el asado?

El plato de carne consistía en un pobre gato que había tenido la mala fortuna de escaparse de una de las fragatas y venir a nuestro encuentro. Las raciones fueron mínimas, pero era exquisito. Serví otro pequeño vaso lleno de agua a guisa de champán, y mi compañero levantó de nuevo su cubilete para rendir homenaje a Su Majestad. Como si estuviéramos borrachos, nos daban ataques de risa, las conversaciones se animaban, cantábamos. Nuestros corazones volaban hacia la patria, lejos de ese maldito peñasco.

Nos fuimos a acostar satisfechos. Louis me desnudó lentamente, en silencio, como para un ritual sagrado. Cerré los ojos y me abandoné al placer de sus caricias. Me sentía tan feliz que me eché a llorar.

XIX

Estábamos a mediados de septiembre. Todos temíamos la llegada del otoño con sus terribles tempestades y sus inundaciones. Louis estaba cada vez más nervioso y desaparecía a cualquier hora del día sin decir nada. No tardé en adivinar su propósito, el único que nos mantenía vivos: huir. Huir, ese verbo a todos nos daba vueltas en la cabeza a cada instante. Morir o huir. Estábamos al acecho de la mínima posibilidad: tomar por asalto un barco de pesca que se acerca negligentemente a la costa, lejos de la protección de las cañoneras; recoger durante meses la madera y el material necesarios para construir una barca, bien escondida al fondo de una cueva en el otro extremo de la isla; o sobornar a los comerciantes españoles para los que trabajábamos. Desgraciadamente, pocas funcionaban, pero bastaba para dar esperanzas a los hombres. Gilles, al que veía a menudo y que me había ayudado mucho para la redacción de mis hojas medicinales, había recobrado un repentino entusiasmo y un gran optimismo. Insistió en devolverme las habas que le había dado antes de mi traslado fallido.

—¿Podrías necesitarlas muy pronto! —había subrayado, enigmático.

A la caída de una tarde, cuando volvía del Palais-Royal adonde había ido para coser la mano de un joven prisionero suizo que se había herido esculpiendo una madona de madera, encontré a mi amigo muy sonriente y caminando a paso ligero.

—Sí que estás en forma. Dime, ¿qué te pasa?

Llevado por el entusiasmo, me respondió inmediatamente sin pararse a pensar:

—¿Al fin hemos conseguido reunir toda la tela necesaria!

—¿Qué tela? ¿Para el barco? —le pregunté sobre la marcha, aprovechando la ocasión para comprobar por fin si mis sospechas eran fundadas.

Louis, resuelto y firme, siempre había evitado el tema.

—Sí, la chalupa. Llevamos meses trabajando en ella. ¿Estás al corriente? ¿Louis te lo comentó finalmente? Estaba deseoso de mantener el secreto para darte la sorpresa. Nos hizo jurar no decirte nada. Y ahora, ¡es él quien se va de la lengua!

Confusa, no sabía qué decir.

—En realidad, no es así exactamente. Lo adiviné yo sola. Él no sabe que lo sé.

La cara de Gilles cambió de color, acababa de darse cuenta de su metedura de pata.

—De todas formas, preferiría que esto quedara entre nosotros, si se entera de que soy yo quien te lo ha dicho...

A base de insistir, acabé por conseguir hacerle hablar. Hacía meses que Gilles y Louis buscaban la manera de evadirse. De entrada, habían pensado apoderarse de una de esas barcas de

pesca mallorquinas que, si bien tenían prohibido atracar, a veces se acercaban peligrosamente a nuestra isla. Para ello, habían tomado prestado un rezón del capellán y habían forjado una cadena de hierro a partir de una vieja bala de cañón, que habían alargado con una cuerda. La idea era lanzar esa ancla sobre el puente de la embarcación, al caer la noche, y tirar suavemente del barco hacia la orilla para poder abordarlo por sorpresa. Esto suponía una vigilancia continua de los lugares de pesca más frecuentados. El minucioso plan había sido pacientemente elaborado. Todo estaba listo, finalmente, cuando un viejo granadero envidioso había vendido el fruto de esos largos meses de trabajo al comandante de la fragata española por unas pocas habas. Este había amenazado entonces con las penas más severas a cualquier mallorquín que viniese a pescar en las inmediaciones de la isla. Gilles había derramado lágrimas de rabia, después se había resignado, pero Louis no se había dado por vencido. Le tomaban por loco, pero todo gran acto comporta una parte de locura. Cuando había informado a sus compañeros de huida que pensaba apoderarse de la chalupa amarrada a los flancos de la fragata española, todos se habían mostrado contrarios a esa idea por considerarla demasiado temeraria. Un gendarme ya había muerto ahogado por haberlo intentado. Pero el teniente, tan seguro de sus capacidades, había empezado a entrenarse, nadando cada vez más lejos cada mañana, aprendiendo a hacer pausas y a relajarse en medio del esfuerzo para ahorrar energía.

Una noche muy oscura, con un oleaje suficientemente fuerte para ocultar los chapoteos del nadador, se había lanzado. El balance había sido lamentable, pero no desesperante: todos los aparejos —los dos mástiles y sus velas, el timón, los remos y las cuerdas— habían sido arrancados, pero la chalupa estaba atada con un grueso cable alquitranado y no por una cadena que hubiera sido imposible de cortar. Gilles, prudente y razonable, seguía encontrando la empresa muy peligrosa e irrealizable. En esa isla en la que no había nada, ¿cómo procurarse velas y, sobre todo, cordajes? Pero, poco a poco, los otros aspirantes a fugitivos habían encontrado inesperados recursos. Cinco de ellos habían ofrecido sus servicios a los marineros españoles que cardaban viejas cuerdas, reducidas a estopa, para calafatear las embarcaciones. Así habían podido hurtar el cáñamo necesario para fabricar los cabos. Como las cantidades desviadas eran ínfimas, otros nueve trabajadores dignos de confianza habían tenido que asociarse al proyecto. La sogá de doscientas ochenta brazas, la distancia medida por Louis al realizar la travesía, fue difícil de elaborar.

A Gilles, por su parte, le habían encargado que se ocupara de las velas. Enseguida había pensado en los jergones que en otro tiempo se habían utilizado en el hospital y habían sido repartidos aleatoriamente entre los soldados. A cada muerte cambiaban de propietario y, en función de las necesidades del nuevo comprador, podían ser vendidos a buen precio. Gilles acababa precisamente de conseguir el cuarto, asegurando así el velamen. La construcción de los mástiles, del timón y de los remos había sido más fácil. Con el pretexto de ampliar la casa de cuatro hombres implicados, la madera indispensable fue cortada y luego guardada y trabajada en la cabaña, a salvo de la mirada de los traidores. Louis lo dirigía todo, con la mayor precisión posible, para asegurarse de que la embarcación pudiera ser manejada, pero debía aceptar cierta incertidumbre: las medidas que había tomado solo eran más o menos exactas.

Yo no dejaba de sonreír a Gilles, animándole así a contármelo todo, muy agradecida por haberme revelado al fin el secreto. El haberme mantenido apartada me exasperaba. Sabía que Louis no me había dicho nada para protegerme. Las represalias de nuestros guardianes eran duras y había querido preservarme de ellas. Pero los silencios, lo no dicho, me costaba soportarlos.

Quizás porque yo misma había usado y abusado mucho de ellos con Henri. Armand también se lo guardaba todo para él: las deudas que no conseguía pagar, una maldita helada que mataba el trigo y el centeno de raíz, una ola de frío en mayo que hacía caer los frutos de los árboles, una tempestad de verano que mojaba las mieses aún no cosechadas, o un lobo que se llevaba un cordero recién nacido... de todo ello, ni una palabra, solo unos labios apretados, una frente fruncida y un malestar latente que acababa por contaminarme. Una duda, una inquietud o una desgracia compartidas son mucho más fáciles de afrontar. De ahora en adelante quería un amor franco, honesto, abierto, en el que dominaría la palabra.

Esa noche, esperé a que Louis me tomara en sus brazos para soltarle lo más naturalmente posible:

—¿Sabes? Si quieres, puedo ayudaros a coser esa vela.

Su cuerpo se tensó, su voz enronqueció:

—¿Qué dices, qué vela?

—La vela, Louis, sabes muy bien de lo que hablo.

Por primera vez me atreví a hacerle frente. Deshizo su abrazo, se dio la vuelta y se calló.

Ese silencio me desconcertó un breve instante. Luego me preguntó con dureza:

—¿Quién te ha hablado de ello? ¿Quién me ha traicionado? ¿Quién, eh?

Noté cómo se iba enfureciendo, pero no me daba miedo.

—Nadie, lo he adivinado yo sola.

Intentaba mantener un tono que fuera tranquilo y neutro.

—¿Cómo que nadie? ¿Me has seguido? ¿Alguien te ha visto?

Empezaba a sentir pánico.

—No, no es eso, puedes estar tranquilo. Nadie te ha seguido.

Mi quietud parecía ponerle todavía más nervioso.

—¿Entonces, es tu amiguito, el cabo, quien no ha podido morderse la lengua! Y tú, testaruda como eres, has debido de insistir. ¡No puedes quedarte en tu sitio!

Nunca lo había visto tan enfurecido conmigo. Su reacción me parecía desproporcionada y ofensiva. ¿Qué pretendía? ¿Una mujer que le obedeciera sin rechistar, como sus soldados? Desgraciadamente, yo ya no era la joven inocente que se había casado con Armand. Los últimos años habían forjado mi carácter y me había acostumbrado al respeto que me había mostrado Henri y a la igualdad con la que me había tratado. Antes que optar por el silencio, decidí apaciguar las cosas.

—No vamos a enfadarnos por esto. Cálmate. De todas maneras, habría terminado por saberlo un día u otro. Hace tiempo que sospecho algo. ¿No es mejor así? ¿Que compartamos el secreto, los dos juntos?

Se levantó violentamente y salió. Me hice un ovillo en el jergón, con los ojos inundados de lágrimas. Henri nunca me había hablado a gritos. Louis no era fácil y yo había cambiado. Era nuestra primera disputa y no sería la última. Por suerte, duró poco.

En unas semanas habíamos reunido suficiente agua y alimentos para resistir varios días en el mar. Todos los aparejos, listos para ser utilizados, habían sido escondidos en una cueva al este de la isla, lejos de los campamentos y fuera del alcance de la fragata española que nos vigilaba. Su difícil entrada, en una roca al borde del mar, y su completa oscuridad la preservaban de cualquier visita no deseada. Los remos y el timón habían sido disimulados entre las rocas, cerca del lugar

donde debía ser llevada la chalupa. Ya solo quedaba esperar una noche de luna nueva, cuya negrura nos protegería de los centinelas de la fragata y de la cañonera. Más que de alegría, temblaba de miedo solo con pensar en esa evasión. ¡La empresa era tan arriesgada! Si nuestros guardianes se daban cuenta, no dudarían en disparar. Dormía poco y mal. La tensión me producía dolores de cabeza. No conseguía hacer como si no pasara nada.

Los días parecían interminables. Vivíamos en la espera, ni aquí ni todavía allá. Octubre, con sus lluvias torrenciales y su, en otro tiempo, tan temido viento del norte ahora era esperado con impaciencia. La humedad que penetraba en nuestra carne y maltrataba nuestros huesos, el viento helado que nos hacía tiritar y toser, todo esto ya no era un tormento tan grande. Cuarto menguante de luna, luego última luna creciente. Al fin llegó la luna nueva. En esa noche del 28 de octubre, una tempestad agitó el mar. No se veía nada a más de un metro de distancia. Hacia las diez de la noche, Louis vino a buscarme.

—¿Estás lista?

Me puse mi hermoso vestido de algodón bajo mi camisa y mi falda, al haber utilizado la de Marie para hacer la vela más grande. Cogí rápidamente el pescado seco, las habas y el pan que nos quedaban y, sin ruido, abandoné nuestra casa. Quince hombres estaban ya en la punta desde la cual Louis y un cabo de los marinos de la guardia debían tirarse al agua. Cuatro soldados habían ido a buscar los remos y el timón y otros doce habían sido enviados a la cueva para llevar hasta la orilla los objetos que habíamos depositado en ella. El cabo ataría la cuerda a la chalupa mientras que Louis cortaría el cable que la amarraba y, cuando todo estuviera listo, para que los hombres en tierra empezaran a tirar, se enviaría una señal transmitiendo un fuerte movimiento a la soga. Yo no podía desviar la mirada de las olas, que adivinaba más que veía. Mi corazón latía a toda velocidad. ¡Era una pura locura! Era imposible nadar una distancia tan grande en semejantes condiciones.

—¡Louis! ¡No! ¡Espera! —grité.

Pero era demasiado tarde, su cuerpo desnudo volaba ya por encima del agua salada. El ruido del oleaje ahogó su zambullida. Los hombres hablaban en voz baja, felices y confiados. Pronto iban a abandonar esa maldita isla y ya pensaban en Francia y en su familia. Me mantuve aparte, nerviosa, mirando fijamente esas olas fuertes y profundas que se estrellaban con estrépito.

Transcurrió media hora, luego tres cuartos de hora. El oleaje hacía vibrar la cuerda, pero seguíamos sin ninguna señal. Los soldados no parecían preocuparse. Yo estaba paralizada. Tenía tanto miedo que ya no conseguía razonar. Una hora, todavía nada. El pánico crecía en el fondo de mis entrañas, iba a asfixiarme. «¡Señor, por favor, que esté vivo, por favor, que esté vivo!» Tenía ganas de gritar. «¡Louis! ¡Louis! ¡Louis!» Pero no podía, no había que alertar a los guardias. Mis lágrimas se mezclaban con la lluvia que me mojaba el rostro.

—¡Tirad de una vez! ¡Qué estáis esperando, por Dios, tirad! ¡La cuerda está atada desde hace lustros!

Louis, exasperado, salió de repente del agua.

—¿Y Rosier, dónde está? —preguntó.

El cabo había desaparecido. Louis no lo había visto y él no había regresado a la orilla. En pocos segundos la tensión abandonó mi cuerpo. Estallé en sollozos de alegría. Los veinte hombres tiraron con todas sus fuerzas. El viento contrario hacía difícil la maniobra. La chalupa se acercaba lentamente tambaleándose violentamente. Muy pronto estuvo al alcance de nuestra vista. Los fatigados brazos de los hombres realizaron un último esfuerzo. Pero la soga se rompió. Louis,

todavía desnudo, se tiró inmediatamente al mar, con la cuerda atada alrededor del pecho, y consiguió volver a anudar los cabos.

Embarcamos sin esperar.

—¿Y Rosier? —se preocupó de nuevo uno de sus compañeros.

—Nos tenemos que ir —replicó Louis con frialdad.

El cáñamo, enredado alrededor de la aguja de la embarcación, impedía colocar el timón. Dieciséis remeros nos sacaron rápidamente del golfo. Fuera de la vista de los barcos enemigos, Louis se lanzó por tercera vez al agua para cortar y liberar los trozos de cuerda, después tomó el timón. La violencia de las olas agotaba los débiles brazos, pero la esperanza nos daba energía. Desembarcamos finalmente cerca de la cueva. Nuestros compañeros no habían conseguido encender la yesca que habían cogido. A tientas, tras muchas caídas y lamentaciones, habían logrado, pasándoselas de mano en mano, sacar el agua y las provisiones, que fueron cargadas a bordo con presteza. Pero las velas y los mástiles, que habían sido cuidadosamente escondidos al fondo de la caverna, no habían podido ser extraídos. Se intentó una y otra vez golpear el pedernal con una navaja. El tiempo pasaba, la noche se acortaba, pronto llegaría el alba. Acabó por saltar una chispa y la yesca se encendió. Las varillas de madera preparadas para el efecto iluminaron la cueva. Dos ágiles soldados recuperaron las velas mientras los demás se dedicaban a montar los mástiles, que ajustaron con cuñas de madera. Los hombres volvieron a ocupar su puesto y se pusieron a remar vigorosamente. Sentada entre dos remeros, delante de Louis que llevaba el timón, observé las velas hinchadas que habíamos podido izar y tensar gracias al deteriorado cordaje utilizado para el secuestro del barco. El viento impetuoso, que hasta entonces nos había ido en contra, se convirtió en nuestro mayor aliado. La costa se alejaba, nuestros corazones se aliviaban.

Pero el mar estaba tan agitado que la chalupa acabó por llenarse de agua. Me puse a achicar tanto como podía con una jarra, pero no era suficiente. El agua subía peligrosamente.

—Gilles, hay que serrar una barrica. Necesitamos cubos. ¡Deprisa! —ordenó secamente Louis.

—Pero, Louis, ¡estás loco! Necesitamos esta agua dulce.

—¡Haz ahora lo que te digo! ¿Me entiendes? ¡Ahora!

Al amanecer, el fondo de la bodega estaba seco, las olas ya no zarandeaban tanto nuestra frágil embarcación, y la isla no era más que una espesa niebla en la lejanía.

Un joven soldado se puso a cantar:

*Adieu rochers, adieu montagnes,
grottes, déserts, antres affreux.
Nous laissons vos tristes campagnes,
pour revoir un séjour heureux.
Nous pouvons chanter à la ronde,
que la chaloupe nous ressuscita
car on revient de l'autre monde
quand on revient de Cabrera!*[\[3\]](#)

Los demás le siguieron alegremente. Y las sonrisas iluminaron todos esos rostros exhaustos.

Me dejé llevar por esa ola de felicidad. Louis me rodeó la cintura con el brazo, tiró suavemente de mí y me besó ligeramente en el cuello. El mar era hermoso, centelleante, plateado. El cielo apaciguado se reflejaba en él. Estábamos a salvo.

UNOS APUNTES HISTÓRICOS

Me parece importante presentar al lector el contexto histórico de esta novela. El Primer Imperio y las guerras napoleónicas es un periodo que todos conocemos, pero del que a menudo solo conservamos vagos recuerdos, impresiones, prejuicios especialmente en torno a la figura de Napoleón I, que es objeto a veces de una leyenda negra, otras dorada. Este relato toma como punto de partida una de las consecuencias de un acontecimiento mayor que la guerra de España, la primera derrota importante del Ejército Imperial: la batalla de Bailén, el 22 de julio de 1808.

Proclamado emperador de los franceses el 2 de diciembre de 1804, Napoleón Bonaparte, convertido en Napoleón I, impone poco a poco su hegemonía en toda Europa con feroces campañas militares que empiezan después de la declaración de guerra del Reino Unido a Francia en 1803, declaración que rompía el tratado de paz de Amiens firmado en 1802. Si el dominio de los mares sigue estando en manos de los británicos, como lo demuestra la derrota de Trafalgar en 1805, el continente, por su parte, se convierte en el lugar privilegiado de la expansión napoleónica. Después de Bélgica (ya anexionada durante la Revolución), Holanda, Suiza, el reino de Italia, el reino de Nápoles, el reino de Westfalia (parte de la Alemania actual), la confederación del Rin (independiente pero fiel al Imperio), el gran ducado de Varsovia (parte de la Polonia actual), el Imperio, que domina más de la mitad del continente europeo, dirige su mirada hacia el sur de Europa, España y Portugal.

Fortalecido por victorias como Austerlitz en Austria (1805), Jena en Prusia (1806), Eylau en Prusia oriental (1807) y Friedland en Polonia (1807), el Gran Ejército se siente invencible. Aunque el bloqueo continental, instaurado por los decretos de Berlín (1806) y de Milán (1807), prohíbe a todo navío británico fondear en los puertos del territorio imperial o de sus aliados, con el objetivo de agotar económicamente al enemigo, Lisboa mantiene todavía un intenso tráfico comercial con el Reino Unido. El emperador se ve, por lo tanto, obligado a atacar Portugal, que había permanecido neutral. Después de una conminación que no recibe ninguna respuesta, el ejército francés invade Portugal en 1807 y se instala igualmente en España como país aliado.

Las disputas de palacio de la monarquía española, el conflicto que enfrenta al rey Carlos IV con su hijo Fernando, quien, tras el alzamiento de Aranjuez en marzo de 1808, hace abdicar en su provecho a su incompetente padre, permiten a Napoleón imponerse como árbitro y obtener la abdicación completa de la familia de los Borbones (padre e hijo) en Bayona, en mayo de 1808. El emperador coloca entonces a su hermano José, un jefe de estado débil, en el trono de España, provocando así la sublevación de la población española y el inicio de una guerra de independencia que durará seis años y debilitará enormemente las fuerzas napoleónicas. El propio

Napoleón reconocerá más tarde que la campaña de España fue una gran equivocación: «Esa desafortunada guerra provocó mi perdición, todas las circunstancias de mis desastres van ligadas a ese nudo fatal. Agravó mis dificultades, dividió mis fuerzas, destruyó mi ética en Europa»[4]. La primera gran derrota de ese ejército invicto hasta entonces acontece pues durante la batalla de Bailén en julio de 1808.

El general Pierre-Antoine Dupont de l'Étang, que había luchado valientemente en Ulm (1805), Lübeck (1806) y Friedland (1807), había sido elegido por Napoleón I para dirigirse a Cádiz y liberar lo que quedaba de la flota francesa del almirante Rosily, devolviendo de esta manera la calma en esa Andalucía que se había rebelado peligrosamente. Habiendo salido de Toledo el 24 de mayo de 1808, y después de haber atravesado las áridas llanuras de la Mancha, sus tropas llegan a Andújar, en el Guadalquivir, el 2 de junio. Al enterarse de que el almirante Rosily había sido obligado a rendirse, y constatando que bandas armadas, tropas regulares y campesinos se reúnen en torno a él, informa a Murat y se dirige hacia Córdoba. Después de haber vencido a los españoles en el puente de Alcolea, las tropas hambrientas, muertas de sed, como represalia frente a los actos de crueldad perpetrados por los guerrilleros sobre sus compañeros de armas saquean la ciudad de Córdoba. El general español Francisco Javier Castaños reúne entonces un ejército de treinta y seis mil hombres y Dupont, temiendo por la seguridad de sus líneas de comunicación, decide abandonar la ciudad y regresar a Andújar, donde ha recibido la orden de permanecer a la espera de la llegada de la división Vedel y Gobert. Dupont, desprovisto de medios para alimentar a sus hombres extenuados por el calor y la sed, se ve reducido a la inactividad. El 16 de julio, después de haber dejado a la división Gobert en Bailén, el general Dominique de Vedel toma posiciones en Mengíbar, al sudeste de Andújar. El mismo día, el general español Castaños y el general suizo Théodore de Reding de Biberegg intentan atravesar en vano el Guadalquivir a la altura de Andújar y Mengíbar. Creyendo que tenía pocos efectivos enemigos frente a él, Dupont pide refuerzos a Vedel. Este último comete el grave error de abandonar su posición para reunirse con su jefe. Reding atraviesa entonces el Guadalquivir y ocupa Mengíbar. Gobert, que solo tenía tres mil hombres, abandona Bailén para detener a Reding, pero es herido mortalmente. Dupont, que solo había pedido algunos batallones y no toda la tropa, vuelve a enviar a Vedel a Bailén para restablecer la situación y le da la orden de regresar después a Andújar. Vedel, al no encontrar a nadie en Bailén, se dirige hacia el norte, donde cree que han acudido las tropas de Reding. Los españoles lo aprovechan para tomar posiciones en las colinas que dominan Bailén, cortando así en dos al ejército francés. Dupont aplaza un día su marcha hacia Bailén, con sus quinientos carros de bueyes cargados de heridos y del botín acumulado, avanzando lentamente en medio de una columna de diez kilómetros. El 19 de julio, cuando sus diez mil soldados agotados por la fatiga, el hambre y la sed llegan a la sobrecalentada hondonada, dieciséis mil enemigos los esperan en las alturas y los atacan sin darles tiempo a tomar posición. La derrota es terrible: dos mil seiscientos muertos. Castaños exige entonces la capitulación pura y dura de las tropas de Dupont y de Vedel, que se firma en Andújar el 22 de julio de 1808.

Según los términos del tratado de la capitulación, dieciséis mil prisioneros franceses deben ser «embarcados en navíos de tripulación española y trasladados a Francia al puerto de Rochefort» (artículo 6), repatriados y protegidos por el ejército español «contra cualquier operación hostil» (artículo 7). Pero esos dos artículos son inmediatamente violados por la junta central de Sevilla y el almirantazgo inglés, que van a transformar el cautiverio de las tropas francesas en un innoble calvario hasta el final de la guerra (1814).

Los prisioneros, desperdigados primero por las pequeñas poblaciones del oeste de Andalucía, víctimas de la furia creciente de los habitantes, son conducidos hasta Cádiz en el mes de diciembre. La marcha es larga, todos aquellos que, exhaustos, caen al borde de la carretera están a merced del cuchillo de los campesinos andaluces. En Cádiz, mientras ellos creen embarcar en los navíos que los trasladarán a Francia, los cautivos son internados en pontones, restos de barcos de línea que sobrevivieron a la batalla de Trafalgar, sin mástiles, con portas cerradas y con rejas, en los que se amontonan hasta mil ochocientos individuos, sin higiene, con alimentos y agua apenas suficientes para garantizar su subsistencia. En esos tugurios flotantes, verdaderos antros para moribundos, se desencadenan las epidemias y las veintenas de cuerpos tirados a diario por la borda desde cada barco amenazan a la población.

A finales de invierno, el gobierno local de Cádiz procede a limpiar y desinfectar mediante fumigación las áreas de los cautivos y los enfermos en los pontones, cambiando su ropa y proporcionándoles camas de campaña. Durante dos meses, se envían a la junta central de Sevilla peticiones del pueblo andaluz solicitando la marcha de los prisioneros debido al riesgo de contagio.

Tras un complejo pulso diplomático entre la junta central y el gobierno británico, a finales del mes de marzo de 1809 se anuncia a los prisioneros que van a ser embarcados en dos convoyes marítimos, uno con destino a las Canarias, y el otro, a las Baleares. Al acercarse los ejércitos franceses, se acelera la partida de esos cautivos fácilmente redimibles. La mañana del 3 de abril, la flota de los prisioneros (dieciséis embarcaciones) escoltada por cuatro navíos de línea de la Royal Navy (HMS Bombay, Grasshopper, Norge, Ambuscade) y por la fragata española Cornelia salen de Cádiz hacia las Baleares, un archipiélago situado al oeste del Mediterráneo, a unos centenares de kilómetros de la península ibérica. La mitad de los prisioneros es abandonada en los pontones. Aunque la idea inicial de la junta central de Sevilla era repartir a los cautivos entre las diferentes islas del archipiélago, incluyendo Cabrera, ante las reticencias del gobierno de la junta superior de Mallorca, una ordenanza oficial propone su desembarco en Cabrera, una isla minúscula y desértica (15,69 kilómetros cuadrados), a treinta y cinco kilómetros al sur de Palma de Mallorca, si se detectan enfermedades contagiosas a bordo de los barcos. El 21 de abril, el convoy iza las velas hacia las aguas de Menorca, donde permanece inmovilizado hasta el 5 de mayo. Bajo la presión del almirante británico Collingwood, la junta local abandona la idea inicial de intercambiar prisioneros en Barcelona y decide encarcelar a los oficiales a partir del rango de capitán en Palma y enviar al resto de cautivos a la isla de Cabrera.

Noventa y nueve oficiales superiores, dos mujeres de oficial y un puñado de sirvientes son desembarcados en Palma y puestos en estricto cautiverio. El resto es mandado a Cabrera en tres convoyes, el 5 de mayo, el 8 de mayo y el 11 de mayo. En total, entre cuatro mil quinientos y cinco mil soldados franceses, belgas, suizos, polacos, italianos y alemanes son llevados a «ese desierto de piedras en aguas infinitas» entre abruptos acantilados, áridas playas y matorrales. Entre ellos veintiuna mujeres, cantineras en su mayoría, olvidadas en las listas oficiales pero bien presentes en la correspondencia del capellán mallorquín, Damián Estelrich, con el comisario de Cabrera, don Antonio Desbrull, o en las memorias publicadas por los supervivientes.[5]

No serán liberados hasta mayo de 1814. Durante esos cinco largos años, de un total de alrededor de once mil ochocientos prisioneros detenidos a lo largo de los años, entre tres mil quinientos y cinco mil habrían muerto en el peñasco, o sea, el cuarenta por ciento según el historiador Denis Smith. Si ese «campo de concentración»[6] antes de tiempo está lejos de las

aterradoras cifras de las guerras del siglo xx, la tasa de mortalidad no resulta menos impresionante.

El ejército napoleónico no es de ningún modo un ejército profesional como los que conocemos hoy. Efectivamente, aunque determinadas unidades están constituidas por veteranos y soldados de carrera alistados voluntariamente, como la guardia imperial y la marina de la guardia imperial, el resto está compuesto por una gran cantidad de reclutas, esos desgraciados jóvenes de veinte años, solteros o viudos sin hijos (de dieciocho años a partir de 1808), que, tras un sorteo, deben realizar el servicio militar durante cinco años e incorporarse al ejército en campaña.

En 1807, según Jean Tulard, en la ciudad de París fueron reclamados el 43,72 por ciento de los parisinos llegados a la edad de reclutamiento. En 1807, el senadoconsulto del 7 de abril de 1807 y el decreto del 18 de abril de 1807 llamaron a filas a ochenta mil reclutas. Bajo el Imperio, según Alain Pigéard, un total de 2 432 335 hombres fueron llamados para servir en el ejército. Los ejércitos que parten en campaña durante muchos años van acompañados por un servicio sanitario, cirujanos, ayudantes de cirujano, enfermeros, boticarios, veterinarios, ambulancias, personal de ingeniería civil, pontoneros (constructores de puentes), zapadores y proveedores civiles del ejército francés, centenares de comerciantes, cocineros, cantineras, lavanderas, esposas, aprendices e hijos, que forman en las carreteras auténticas ciudades ambulantes. Según los términos de la capitulación de Bailén, este personal logístico no debía ser considerado como prisionero y se suponía que conservaba todos sus derechos.

Entre ese personal de servicio, hay mujeres, cuatro como máximo por batallón, vivanderas (llamadas también cantineras —a partir de 1793, la palabra *cantinera* reemplazará a *vivandadera* en el lenguaje común—) y lavanderas. El decreto n.º 804 del 3 de mayo de 1793 establece que las lavanderas debían ser autorizadas para realizar ese servicio mediante una carta del jefe del cuerpo visada por el comisario de guerra y que las cantineras debían recibir del general de división una licencia como tal, con la cual se comprometían a obedecer los reglamentos militares, a ir provistas de productos de primera necesidad (entendiéndose así papel de carta, botones, lazos, vinagre...), víveres (queso, salchichas...) y bebidas (aguardiente, vino) de buena calidad y a venderlos a un precio razonable bajo pena de confiscación. Ese personal militar no combatiente tiene que llevar una medalla reglamentaria, pero no recibe ningún sueldo, posee una tarjeta de seguridad expedida por las autoridades militares, tiene derecho al hospital militar en tiempos de guerra, está autorizado a tener un coche de dos caballos entre la columna y la retaguardia y debe estar presente a requerimiento del comandante de la columna.

Según un decreto del 27 de julio de 1800 referente a los hijos de soldado y a las mujeres que siguen al ejército, esas mujeres deben ser ciudadanas de buenos modales, «casadas con soldados o suboficiales actualmente en servicio activo», «reconocidas como las más activas, las más útiles para las tropas», y «cuya conducta y costumbres son las más rectas» (artículo XIV).

Con esta novela he querido devolverles su mérito a esas mujeres olvidadas de la memoria colectiva y deshacer sobre todo los prejuicios a menudo tan presentes en los escritos de los prisioneros y de determinados historiadores contemporáneos, el de la mujer fácil sin escrúpulos, la ramera del ejército, para unirme a las benévolas palabras del soldado Sébastien Boulerot: «Había mujeres entre nosotros; ¡fueron unos ángeles! ¡Qué abnegación! ¡Qué actividad! Pues a

pesar de ser el blanco de los agravios y de las vejaciones de nuestros verdugos, estaban en mejor estado. Estaban en perpetuo movimiento para prestar cuidados a unos y a otros, y el movimiento era el remedio que necesitábamos».[7]

Les he presentado pues aquí las memorias noveladas de una de esas cantineras, como tantos otros recuerdos de guerra escritos por los supervivientes, los afortunados, a menudo oficiales o fugitivos, pocas veces simples soldados, que en la época romántica inundarán el mundo de la edición. Con Héloïse Delage he intentado hacerles vivir el cautiverio desde el interior. Esa muchacha de dieciocho años les ha revelado su vida diaria, sus emociones, sus momentos de duda, de miedo, de desesperación, pero también sus pequeños momentos de felicidad, de ternura, de amistad y de amor, así como sus esperanzas. Espero que los haya arrastrado dentro del torbellino de su vida, igual que me ha atrapado a mí. Los hechos presentados en la isla intentaban mantenerse fieles a la realidad histórica (aunque a veces, en beneficio de la narración, han sido algo simplificados o modificados). En cambio, los personajes y su historia personal son pura invención. Para aquellos que deseen una más amplia información sobre la formación y la organización de los diferentes cuerpos del ejército, o el sistema de sanidad del ejército napoleónico, las estrategias militares en el desarrollo de la batalla de Bailén, o también las diferentes razones políticas que llevaron a ese encarcelamiento en Cabrera, entre otros, he añadido a continuación una bibliografía de interés que me ha resultado extremadamente útil para la elaboración de esta novela.

BIBLIOGRAFÍA

Relatos de los prisioneros

Billon, capitán François-Frédéric, *Souvenirs 1804-1815*, presentados y anotados por Christophe Bourachot, París, La Boutique de l'Histoire éditions, 2006.

Dubuc, *Relation de la situation des prisonniers français détenus dans l'île de Cabrera, depuis le 5 mai 1809 jusqu'au 7 juin 1814*, [Firmado: Dubuc], Burdeos, Impr. de Ve J.-B. Cavazza, 1823.

Ducor, Henry, *Aventures d'un marin de la garde impériale, prisonnier de guerre sur les pontons espagnols, dans l'isle de Cabrera et en Russie pour faire suite à l'histoire de la campagne de 1812 par Henry Ducor, soldat de la Grande Armée*, París, Ambroise Dupont, 1833.

Froger, Gabriel, *Souvenirs de l'Empire. Les Cabrériens. Épisode de la guerre d'Espagne*, París, Amyot, 1849 (trad. cast.: *Cuando el padre nos olvida: los prisioneros de Cabrera en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Palma de Mallorca, Leonard Muntaner Editor, 2010).

Frossard, Charles, «Prisonnier des Espagnols: mémoires du capitaine Charles Frossard (1 et 2)», *Historama*, n.º 306, págs. 61-70.

Gille, Louis François, *Les prisonniers de Cabrera; mémoires d'un conscrit de 1808 recueillis et publiés par Philippe Gille*, París, Victor-Havard Éditeur, 1892 (trad. cast.: *Memorias de un recluta de 1808: reunidas y publicadas por Philippe Gille*, Valencina de la Concepción (Sevilla), Editorial Renacimiento, 2010).

Guillemard, Robert, *Mémoires de Robert Guillemard, sergent en retraite, suivis de documents historiques la plupart inédits, de 1805 à 1823*, tomo primero, París, Delaforest, Bossange, Baudouin, 1826.

Masson, Bernard, *L'évasion et enlèvements de prisonniers français de l'île de Cabrera*, Marsella, Nicolas, 1839.

Méry, C. de, *Mémoires d'un officier français prisonnier en Espagne, ou relation circonstanciée de la captivité du corps de l'armée française sous les ordres du lieutenant-général Dupont dans l'Andalousie et sur les pontons en rade de Cadix en 1808 par un officier de la Garde Royale*, París, Chez Auguste Boulland Libraire, 1823.

Molin, Jean-Baptiste-Louis, «Souvenirs de Cabrera (1808-1810)», *Le Carnet de la Sabretache*, París, J. Leroy, 1935, págs. 288-302.

Quantin, Joseph, *Trois ans de séjour en Espagne, dans l'intérieur du pays, sur les pontons, à Cadix, et dans l'île de Cabrera. Tome II / accompagnés d'une relation intéressante et inédite du*

sort des prisonniers français, pendant leur détention à Cadix et dans l'île de Cabrera, par J. Quantin; et suivis d'un Mémoire sur le sort des prisonniers français à bord des pontons anglais depuis 1793 jusqu'en 1814, par M. P. Saint-Aubin, Paris, J. Brianchon, 1823.

Turquet, C., *Cinq ans de captivité à Cabrera ou soirées d'un prisonnier en Espagne par l'abbé C. T. du diocèse d'Amiens*, Lille, L. Lefort Imprimeur-Libraire, 1853.

Wagré, Louis-Joseph, *Les prisonniers de Cabrera. Souvenirs d'un caporal de grenadiers (1808-1809). Publiés par le comte Fleury*, Paris, Émile Paul Éditeur, 1902.

Sobre el cautiverio en Cabrera (1809-1814)

Archivo municipal de Palma de Mallorca, Fons Desbrull, XXXVI, Legajo 1,1; 2,1; 2,2; 3,1; 3,2; Comissió de Cabrera, XVIII, Cáfeta 52.

Amengual, Pep; Frontera, Miquel; Martínez, Javier (dir.), *Oblidats a Cabrera, El captiveri napoleònic 1809-1814*, Palma, Promomallorca Edicions, 2009.

Bennásar Alomar, Míguel, *Cabrera: La junta gubernativa de Mallorca y los prisioneros del ejército napoleónico*, Palma de Mallorca, Ajuntament de Palma, 1988.

Bes Hoghton, Isabelle, «Cabrera, de l'île paradis à l'île enfer», *Anales de filología francesa*, vol. 16, 2008, págs. 25-38.

Bover, Joaquín María, *Cabrera: sucesos de su historia que tienen relación con la Francia*, Palma de Mallorca, Imprenta de D. Felipe Guasp, 1847.

Garau, Jaime L., «Noticias históricas del cautiverio de los franceses en la isla de Cabrera», en Estelrich, P., *La Isla de Cabrera*, Palma de Mallorca, Establecimiento tipográfico de Rotger, 1906, págs. 179-356.

Geisendorf-Des Gouttes, Théophile, *Les prisonniers de guerre sous le premier empire. Les Archipels enchanteurs et farouches, Baléares et Canaries*, vol. 2, Paris, Labor Genève, 1937.

Pellissier, Pierre; Phéliepeau, Jérôme, *Los Franceses de Cabrera (Les grognards de Cabrera) 1809- 1814*. Trad. Carlos Garrido. Palma de Mallorca, Aucadena, 1980.

Smith, Denis, *Les soldats oubliés de Napoléon. Prisonniers sur l'île de Cabrera, 1809-1814*, Paris, Éditions Autrement, 2005.

Sobre el Ejército Imperial

Baldet, Marcel, *La vie quotidienne dans les armées de Napoléon*, Paris, Hachette, 1964.

Blaze, Elzéar, *La vie militaire sous l'Empire ou mœurs de la garnison, du bivouac et de la caserne*, tomo primero, Paris, Au bureau de l'album des théâtres, Moutardier, Desforges, 1837.

Boudon, Jacques-Olivier, *Armée, guerre et société à l'époque napoléonienne*. Actas del coloquio organizado por el Institut Napoléon y la Bibliothèque Marmottan, los días 15 y 16 de octubre de 2000. Paris, SPM, Collection de l'Institut Napoléon n.º 3, 2004.

Lomier, Eugène, Docteur, *Le bataillon des marins de la garde 1803-1815*, Saint-Valéry-sur-Somme, Imprimerie E. Lefebvre, 1905. En línea, consultado el 10 de noviembre de 2016, https://archive.org/stream/bataillondesmari00lomi/bataillondesmari-00lomi_djvu.txt

Pigeard, Alain, *Dictionnaire de la Grande Armée*, Paris, Tallandier, 2002.

Pigeard, Alain, *L'Armée de Napoléon: organisation et vie quotidienne*, Paris, Tallandier,

2000.

Pigeard, Alain, «La conscription sous le Premier Empire», *Revue du souvenir napoléonien*, 1998, págs. 3-20. En línea, consultado el 14 de junio de 2017. <https://www.napoleon.org/histoire-des-2-empires/articles/la-conscription-sous-le-premier-empire>

Sobre las cantineras

Bes Houghton, Isabelle, «Las mujeres prisioneras en Cabrera», en Amengual, Pep; Frontera, Miquel; Martínez, Javier (dir.), *Oblidats a Cabrera, El captiveri napoleònic 1809-1814*, Palma, Promomallorca Edicions, 2009, págs. 231-246.

Mihaely, Gil, «L'effacement de la cantinière ou la virilisation de l'armée française au xix^e siècle», *Revue d'histoire du XIX^e siècle*. En línea, 30, 2005, en línea el 28 de marzo de 2008, consultado el 26 de enero de 2017. <http://rh19.revues.org/1008>; DOI: 10.4000/rh19.1008

Vuchot, Jean-Claude, *Les femmes dans les armées de Napoléon*, conferencia del 4 de marzo de 2010 en Valencia. En línea, consultada el 10 de mayo de 2016, http://bonaparte-a-valence.fr/les_femmes_dans_larmee.htm

Les femmes dans la Grande Armée de Napoléon. En línea el 24 de enero de 2014, consultado el 10 de mayo de 2016, <http://www.histoire-pour-tous.fr/histoire-de-france/4744-les-femmes-dans-la-grande-armee-de-napoleon.html>

Sobre el siglo XIX y el Primer Imperio

Corbin, Alain, «Le grand siècle du linge», *Le Temps, le Désir et l'Horreur. Essais sur le XIX^e siècle*, París, Librairie Flammarion, 1991, págs. 23-52.

Jacob, Marie, «L'École royale militaire: un modèle selon l'Encyclopédie?». *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*. En línea, 43 | octubre de 2008, págs. 105-126, en línea el 29 de octubre de 2010, consultado el 11 de enero de 2017, <https://rde.revues.org/3552>; DOI:10.4000/rde.3552

Tulard, Jean, *Nouvelle histoire de Paris. Le Consulat et l'Empire (1800-1815)*, París, Hachette, 1970.

Tulard, Jean, *La vie quotidienne des Français sous Napoléon*, París, Hachette, 1978.

Association sorézienne. *Sorèze, son histoire de douze siècles*. En línea, consultado el 11 de diciembre de 2016, <http://soreze.online.fr/histoire.htm#lacor>

Les compagnons du matelot Lomier 1809-1815, 5^{ème} équipage des marins de la garde. En línea, consultado el 11 de diciembre de 2016, <http://marindelagarde.free.fr/index04.htm>

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría visto la luz sin la inestimable ayuda de mi editora y de numerosos amigos.

De entrada, quiero dar las gracias al equipo de Mazarine/Fayard y especialmente a Alexandrine Duhin, así como a Manon Malais y Agathe Mathéus. Su confianza y su mirada crítica han sido indispensables para mí como autora de mi primera novela.

No quiero olvidar tampoco el equipo de Roca Editorial, a Carol París entre otros, y a las traductoras, Marta Bertran Alcázar y Rosa Bertran Alcázar, por su magnífico trabajo.

Le debo mucho a Miquel Frontera Serra, que aceptó incorporarme a su equipo de investigación para la exposición del bicentenario del cautiverio napoleónico en Cabrera (Fundación CaixaForum, Palma de Mallorca, 2009) y el magnífico trabajo que resultó de la misma, *Oblidats a Cabrera. El captiveri napoleònic 1809-1814*. Ante cada duda histórica, respondió siempre a mis interminables consultas con la misma amabilidad y la misma generosidad.

Unas gracias enormes a mis primeras lectoras, Isabelle Arnaudé, la primera en leerme y en creer en mi escritura; Carina Pàmies Valls, cuyo continuo apoyo me permitió continuar; Àngels Santa Bañeres, Gwenola Lebon y Alia Llordén, por su benévola crítica, su sinceridad y su sensibilidad; Fanette Boureux, por su minuciosa relectura formal; Émile y Gisèle Farenc y Claudine Sulitzer por sus consejos y sus ánimos; Karine Raffin, por su atención a los detalles y Gabriel Alomar Garau, por nuestras tan fructíferas conversaciones nocturnas.

Finalmente, si he conseguido llevar a término la redacción de esta primera novela, es gracias al amor, al apoyo y a la paciencia de mi familia, especialmente de mi marido y de mis hijos.

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

NOTAS

[1] La batalla de Bailén, primera derrota importante de los ejércitos napoleónicos, tuvo lugar el 19 de julio de 1808. Enfrentó, en tierras andaluzas, los ejércitos de los generales franceses Pierre Antoine Dupont de l'Étang y Dominique de Vedel a las tropas del general español Francisco Javier Castaños y del general suizo Théodore de Reding de Biberegg. (*Nota de la autora.*)

[2] La cantinera de hermosos brazos / es el placer de los jóvenes soldados. / Los jóvenes soldados son militares / para besar a la cantinera. / ¡Izquierda, derecha, sable al costado! / La cantinera se deja besar. / ¡Y adelante, adelante, cantinera! / La cantinera del regimiento. / La cantinera de hermosos dientes / es el placer de los jóvenes sargentos. / La cantinera de hermosos pies / es el placer de los oficiales... (*Nota de las traductoras.*)

[3] Adiós peñascos, adiós montañas, / cuevas, desiertos, horrendos antros. / Abandonamos vuestros tristes campos / para recuperar una estancia feliz. / Podemos cantar en corro / que la chalupa nos resucitó, / pues ¡uno viene del otro mundo / cuando vuelve de Cabrera! (*Nota de las traductoras.*)

[4] Emmanuel de Las Cases, *Mémorial de Sainte-Hélène. Tome II. D'avril 1816 à juin 1816*, París, Éditions Ligarán, 2015 (*Nota de la autora.*)

[5] Encontrarán las referencias de esas memorias en la bibliografía (*Nota de la autora.*)

[6] Utilizo aquí este término, como muchos otros historiadores, periodistas o escritores franceses o españoles lo han hecho con anterioridad, según su primera definición: «Campo en el que son reunidas, bajo la vigilancia del ejército o de la policía, bien poblaciones civiles de nacionalidad enemiga, bien minorías étnicas o religiosas, bien prisioneros de derecho común o detenidos políticos» (Larousse, 2018). (*Nota de la autora.*)

[7] Gabriel Froger, *Souvenirs de l'Empire. Les Cabrériens. Épisode de la guerre d'Espagne*, París, Amyot, 1849, pág. 110. (*Nota de la autora.*)